



Waltraud Herbstrith

El verdadero rostro  
de Edith Stein

Encuentro  
Ediciones E

Waltraud Herbstrith

# El verdadero rostro de Edith Stein

Encuentro  
Ediciones

**Título original**  
**Das wahre Gesicht Edith Steins**

© 1987

**Verlagsgesellschaft Gerhard Kaffke mbH,**  
**Aschaffenburg**

© 1990

**Ediciones Encuentro, Madrid**

**Traducción**  
**Melchor Sánchez de Toca**

*Lo que no está en mis planes,  
está en los planes de Dios.*

**EDITH STEIN**

Para obtener información sobre las obras publicadas o en programa y  
para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Cedaceros, 3, 2º - 28014 Madrid - Tels. 532 26 06 y 532 26 07

En memoria de la hermana  
Teresia Renata Posselt

## Prólogo a la sexta edición

El papa Juan Pablo II beatificó en Colonia el 1 de mayo de 1987 a Edith Stein. Expresaba con ello la esperanza de muchos devotos y amigos de Edith Stein en Alemania y en el extranjero.

Con tal ocasión puede aparecer la presente biografía, con ayuda del arzobispado de Colonia, en su sexta edición corregida. La autora y el editor esperan que la beatificación de Edith Stein haga aún más eficaz su testimonio en favor de la paz y la reconciliación.

Carmelo Edith Stein, Tubinga,  
Fiesta de la Epifanía, 6 de Enero de 1987  
Waltraud Herbstrith

## Prólogo a la quinta edición

El 9 de Agosto de 1982 celebramos el cuadragésimo aniversario de la muerte de Edith Stein. En emisiones televisivas y radiofónicas, en libros, periódicos y revistas, así como en actos de culto, se conmemoró a la gran filósofa judía. En Enero de 1983, los correos alemanes emitieron un sello especial con la imagen de Edith Stein como carmelita. Constituye un motivo de satisfacción el que, en Alemania, amplios sectores reconozcan en Edith Stein una personalidad señera y que escuelas, instituciones, bibliotecas, comunidades, residencias de universitarias, calles y plazas lleven su nombre.

«Edith Stein es una de las mujeres alemanas más significativas de nuestro tiempo. Hombres de todas las profesiones y confesiones, de todas las partes del mundo, han reconocido en Edith Stein, como judía y como cristiana, como intelectual y como mujer trabajadora, y, finalmente, como víctima de

la violencia, a una seguidora de Jesús. Su meta fue colaborar en la formación de las personas que saben mantener su vida como creyentes cristianos. Especialmente quiso, con su campaña en favor de la plena igualdad de derechos, hacer conscientes a las mujeres de las tareas que se les han encomendado en la Iglesia y en la sociedad»<sup>1</sup>.

El 14 de Enero de 1983, con ocasión de la visita *ad limina* de los obispos de la región meridional-occidente de Alemania, el obispo Dr. Georg Moser habló con Juan Pablo II sobre Edith Stein. Juan Pablo II demostró ser un excelente conocedor de la vida y el destino de Edith Stein, y expresó su satisfacción por el hecho de que en Tubinga, diócesis de Rottenburg-Stuttgart, se hubiera fundado un carmelito con el nombre de Edith Stein.

Alentada por múltiples intereses puede ahora aparecer esta biografía, *El verdadero rostro de Edith Stein*, en su quinta edición nuevamente revisada y documentada. La bibliografía que aparece al final del libro ofrece un elenco representativo de las actuales investigaciones y publicaciones sobre Edith Stein, especialmente en el ámbito de la lengua alemana.

Agradezco al Profesor Dr. Jan H. Nota SJ su amabilidad al enriquecer este libro con una presentación sobre sus recuerdos de Edith Stein. Doy las gracias a mis hermanas Celine Mansutti y Gabriele Dick por su ayuda en la preparación y revisión del libro. Asimismo quiero dar las gracias al profesor

---

<sup>1</sup> Emisión especial Edith Stein, en: *Deutsche Tagespost*, n. 9 p. 6, 21/22, Ene. 1983.

Dr. F. G. Friedmann, de Munich, y a la Sra. Wöllfert-Herold, de Friburgo, por sus sugerencias y mejoras.

Carmelo Edith Stein,  
Tubinga, 15 de Abril de 1983  
Waltraud Herbstrith

## Presentación

Es para mí una satisfacción poder escribir unas líneas de presentación para la quinta edición del libro *El verdadero rostro de Edith Stein*.

Conocí a Edith Stein en Echt, Holanda, en noviembre de 1941. La conocí como una persona que también en el Carmelo seguía siendo una gran filósofa. La filosofía formaba parte de su ser, y la filosofía fue la razón de nuestro primer encuentro.

Edith Stein había hallado en Echt su nuevo hogar desde la noche de fin de año de 1938, ya que había abandonado su Carmelo de Colonia tras la «noche de los cristales rotos», a causa de la persecución nacionalsocialista. La casa de los jesuitas en Maastricht había sido incautada tras la ocupación de Holanda en 1940 por los nazis. Los jesuitas holandeses se trasladaron entonces a la residencia de los jesuitas alemanes en Valkenburg, Holanda. Yo estaba en Valkenburg como junior, y me había

doctorado por aquel entonces precisamente sobre Max Scheler. La editorial Borgmeyer había enviado en 1936 a imprenta la obra filosófica de Edith Stein *Ser finito, ser eterno*, a la que los profesores Alexander Koyré y Alois Dempf habían calificado como la obra de su vida. Las leyes antijudías alemanas impidieron, sin embargo, la publicación del libro y las planchas de la composición se fundieron. Las superiores de Echt preguntaron en Valkenburg si en Holanda o Bélgica sería posible imprimirlo y si alguno de los padres podría ayudar a Edith Stein.

El P. Hirschmann, una destacada personalidad del catolicismo alemán, sobre todo después del Concilio Vaticano II, se hallaba en los años 40 en Valkenburg. En 1941 me recomendó al carmelo de Echt. Así surgió una breve pero profunda amistad entre Edith Stein y yo.

Las superiores de Edith Stein me urgieron la edición de la obra *Ser finito, ser eterno*, pero Edith Stein era realista. Sabía que en la Holanda ocupada ya no era posible publicar el libro de una judía. Conversando, me decía tranquila: «Yo pienso que será una obra póstuma». Sus palabras no tenían amargura, eran tranquilas, casi alegres. Me pareció que Edith Stein no se hacía ilusiones respecto a la situación política y que estaba preparada para lo peor.

A Edith Stein no le preocupaba sólo su verdad particular, sino la verdad como tal. En el trato con los demás quería escuchar la verdad, aun a costa de su propia persona. Tenía también el valor de decir la verdad a los demás. Se exagera cuando se afirma

que jamás dijo nada peyorativo de alguien ausente. Recuerdo que cuando se valoraba a Martin Heidegger nunca estuvo de acuerdo con su oportunismo en su relación con Edmund Husserl durante la época hitleriana. Tras la muerte de Husserl Edith Stein escribió al profesor Vierneisel: «¿Han dicho algo sobre la muerte de Husserl los periódicos de Baden? Hoy me ha llegado una breve noticia del diario hamburgués "Fremdenblatt", de una frialdad increíble. No le podrá afectar ya al querido maestro. Estaba ya desprendido de todo lo terrestre cuando marchó a la casa del Padre»<sup>1</sup>. La opinión pública alemana se había apartado de Husserl a causa de su ascendencia judía.

El rasgo más atractivo de la personalidad de Edith Stein, ver las debilidades propias y ajenas sin juzgar a nadie, en mi opinión, no fue nunca comprendido. Tengo la impresión de que en los ambientes cristianos su conciencia judía, su amor y su compromiso con el judaísmo no siempre fueron valorados correctamente. Edith Stein me contaba que ya de joven se resistía a dejarse dominar por la opinión común sobre los papeles del hombre y de la mujer. A ella le preocupaba sencillamente la búsqueda de la verdad, que se ha encomendado a ambos sexos por igual. Lo fascinante para mí en Edith Stein era que para ella la verdad no era algo abstracto, sino encarnado en las personas y, por ello, inconcebible sin amor. Adrienne von Speyr lo

<sup>1</sup> EDITH STEIN, *Selbstbildnis in Briefen*, II parte, 1934-1942, Obras de Edith Stein, T. IX, De Maas und Waler, Drueten-Herder, Freiburg-Basel-Wien, 1977, carta 260, p. 103 (en lo sucesivo abreviado: E. STEIN, *Briefe II*).

ha apuntado certeramente cuando dice que la conversión de Edith Stein a la Iglesia católica fue un «insertarse *en* la Iglesia». Edith Stein no hizo separación entre Cristo y su cuerpo, entre Cristo y su pueblo. Como fenomenóloga había reconocido en su experiencia religiosa a Cristo tal y como se revela en su Iglesia, y no como a menudo lo interpretan los racionalistas. Para Edith Stein Cristo era judío, y ella estaba orgullosa de pertenecer al pueblo de Jesucristo.

Edith Stein fue una de las pocas personas que ya antes de 1933 adivinó la tormenta de males que amenazaba a su pueblo judío. Su petición al papa Pío XI de una encíclica para proteger a los judíos no fue correspondida por falta de medios, pero conviene saber que el Papa no olvidó este ruego, y que encargó posteriormente a los jesuitas PP La Farge y Grundlach preparar un documento sobre la persecución racial. A causa del inicio de la II Guerra Mundial y de la muerte del Papa, estos trabajos quedaron detenidos, pero en las alocuciones de Pío XII se introdujeron algunos de ellos<sup>2</sup>.

En el deseo de Edith Stein de ofrecerse por la paz del mundo y la salvación del pueblo judío, yo no veo nada malo. Edith Stein no pretendía ofrecerse por ofrecerse. Una búsqueda del sufrimiento o una pasividad inhumana le eran muy ajenas. En una ocasión dijo que filosofar es un recorrido permanente

---

<sup>2</sup> JAN NOTA SJ, *Edith Stein und der Entwurf für eine Enzyklika gegen Rassismus und Atheismus*, Freiburger Rundbrief, Beiträge zur christlich-jüdischen Begegnung, serie XXVI, 1974, nr. 97/100. Publicado también en: *Internationale Kathol. Zeitschrift Communio*, Colonia, 5, 1976, pp. 154-166.

al borde del abismo. También en el Carmelo sabía que vivía «al borde del abismo», pero había comprendido el sentido de la vida y del sufrimiento humanos mirando a Cristo. Edith Stein era una persona que vivía de la esperanza cristiana, que trasciende todo pesimismo y optimismo. Un plan muy querido para ella era el traslado al Carmelo de Belén en Israel, pero ya de antemano intuyó el fracaso del proyecto.

Visité por última vez a Edith Stein el 16 de Julio de 1942. Ese día se celebraba en el Carmelo la fiesta principal de la Orden, Nuestra Señora del Carmen, conmemorando que en el siglo XIII los primeros monjes carmelitas iniciaron en los montes de Haifa, en Israel, una vida de oración. Edith Stein me pidió una plática para una meditación. Yo no estaba seguro, porque después de mi ordenación sacerdotal aún no había predicado en público. Edith Stein me enseñó en el locutorio unos textos preciosos. Me facilitó la preparación y casi me hizo la plática. Ella lo hacía de un modo sencillo, alegre, contenta de que aceptara su colaboración. Me llamó la atención que las dotes intelectuales de Edith Stein en modo alguno habían embotado su feminidad. Se preocupó mucho de que no me faltara lo más necesario de comida y bebida para el viaje de vuelta. Le encantaba enseñarme fotos de su familia, de Edmund Husserl y de Max Scheler. Antes de su repentina muerte, Max Scheler habló en sus últimas lecciones de Colonia sobre el tema de la «empatía»\*. Scheler entendió filosóficamente a

---

\* Empatía o endopatía (al.: «Einführung»), significa corrientemente



Edith Stein y la consideró mucho. En una de sus últimas lecciones llegó a hablar varias veces del trabajo fenomenológico de Edith Stein, sobre todo de su tesis doctoral, que llevaba por título *Sobre el problema de la empatía*. En su obra *Wesen und Formen der Sympathie* (Esencia y formas de la simpatía) Scheler cita con frecuencia a Edith Stein.

Cuando me despedí de Edith Stein el 16 de Julio de 1942, no pensé que sería el último día que pudiese hacer algo por ella. Después me he reprochado no haberme encargado de que pudiera marcharse a Suiza más rápidamente. Pero creo que no podría haberla ayudado. Todos nosotros vivíamos de un día para otro. Edith Stein vislumbró las proporciones de la estrategia de aniquilación de los nazis antes que nosotros. Diez días después de mi visita a Echt se leyó en las iglesias holandesas la carta de protesta de los obispos católicos contra la persecución de los judíos. Como acto de venganza contra la Iglesia, Edith Stein, junto con otros muchos católicos judíos, fue apresada por la SS el 2 de Agosto de 1942.

Edith Stein siguió la voz de su conciencia por caminos insospechados. También hoy el pueblo judío está de nuevo solo. En la confusión de nuestro tiempo, el destino y el testimonio de vida de Edith Stein nos señalan la perdurable elección de su pueblo. Edith Stein era una mujer, una persona plenamente fiel a la tierra, pero consciente de que

---

la capacidad de sufrir, sentir, gozar, etc., desde el otro, o *en* el otro. En el lenguaje propio de la escuela fenomenológica, posee un significado técnico mucho más preciso, al que Edith Stein dedicó su tesis doctoral (*Ndr*).

estaba de paso junto con los demás seres humanos hacia Dios. Edith Stein hizo considerables aportaciones en filosofía, y realizó traducciones magistrales. Con todas estas capacidades era una mujer de gran humildad y modestia, tan sencilla que muchos a su alrededor no sospechaban esa grandeza. Y la humildad es la condición previa para hallar la verdad, sea en filosofía sea en religión.

En el 40 aniversario de la muerte de Edith Stein, el 9 de Agosto de 1982, celebraba yo con las hermanas del carmelo Edith Stein, en Tubinga, un acto litúrgico conmemorativo. Igualmente, en varias celebraciones, en la parroquia de San Juan, en Tubinga, he podido hablar sobre mis recuerdos de Edith Stein. Al destino de Edith Stein dedico especialmente las palabras que figuran en la sala memorial Yad Vashem, en Jerusalén: «El secreto de la salvación está en el recuerdo». En 1977 me invitaron un trimestre a Jerusalén. Quedé conmovido cuando visité Yad Vashem. Es un lugar no' muy frecuentado por peregrinos y turistas. Cada mañana a las 11 hay una oración por las víctimas del nacionalsocialismo. Es impresionante el mosaico que hay en una sala tenuemente iluminada, con los nombres y símbolos de 22 campos de concentración: Auschwitz, Bergen-Belsen, Dachau, Mauthausen y otros. Una llama eterna arde junto a una urna que contiene las cenizas de los mártires. «El secreto de la salvación está en el recuerdo». Por eso se la llama también «la sala del recuerdo», de la memoria: «Remember and do not forget; recuerda y no olvides».

Edith Stein es uno de los seis millones de judíos

que fueron aniquilados de modo inhumano. Estemos alerta y vigilemos con temor para que semejantes aberraciones no vuelvan a amenazar a los pueblos.

También en Canadá y en los Estados Unidos comienza a crecer el interés por la figura señera de Edith Stein y su obra científica. En conferencias y simposios he tenido a menudo la oportunidad de hablar sobre ella y su obra.

Fue impresionante para mí la conversación mantenida en el Carmelo Edith Stein, el 9 de Agosto de 1982, con algunas personas que habían conocido a Edith. Eran tres alumnas de Edith Stein de los tiempos de Espira, que después se hicieron maestras, así como una colega suya, la pintora Uta Baroness von Bodmann, que durante años convivió junto a Edith Stein en las dominicas de Espira. Las cuatro describieron a Edith Stein como una mujer de gran cultura y profunda formación interior. Podía dar una clase sin tener que recurrir a medidas severas. Baroness von Bodmann informó que Edith Stein, en 1930, cuando la ocupación de Renania por las tropas alemanas, no se sentía feliz, y que dijo: «Primero vendrá una persecución judía en Alemania, y después también perseguirán a la Iglesia.» Edith Stein decía a menudo que Dios ha creado a los hombres iguales y que rechaza todas las diferencias sociales y de clase<sup>3</sup>.

Yo desearía que los escritos de Edith Stein llegaran aún más, en ediciones manuales, a los

estudiantes e interesados. Sólo un estudio profundo de la vida y la obra de Edith Stein puede revelarnos lo que ella entendió por ser persona y cómo podemos vivir nuestra condición humana plena y fraternalmente en el amenazado mundo de hoy.

Jan H. Nota SJ

Profesor de filosofía y fenomenología  
Universidad McMaster, Ontario, Canadá

---

<sup>3</sup> WALTRAUD HERBSTTRITH, «Zum 40. Todestag Edith Steins», en: *Treffpunkt, Kontaktblatt des Teresianischen Karmel in Deutschland*, año 12, nr. 5, oct 1982, pp. 135-138.

La Dra. Erna Biberstein, la hermana de Edith Stein fallecida en 1978 en los Estados Unidos, escribió a propósito del libro *El verdadero rostro de Edith Stein*: «Me parece que esta biografía de mi hermana es una de las mejores; y no sólo porque en ella su vida está descrita con gran cariño, sino también porque muestra un perfecto conocimiento de su desarrollo en conexión con la filosofía y, ulteriormente, con su conversión al catolicismo. Estas páginas revelan un profundo conocimiento filosófico y fenomenológico. Como carmelita, la hermana Teresa puede seguir especialmente bien el desarrollo de Edith también desde el punto de vista religioso y de la vida conventual. Aunque no conocí personalmente a Edith, ha logrado, según creo, trazar una imagen veraz de la vida de mi hermana».

La vida de Edith Stein y el interés de muchas

personas, jóvenes y mayores, por su destino nos llenan de esperanza. Su búsqueda de la verdad, la justicia y la paz, la compartió con hombres de las más diversas ideologías. El contacto con el cristianismo la abrió, años antes de su conversión, al misterio de la Cruz y la Resurrección. Esta experiencia, provocada en ella por el encuentro con cristianos, no la condujo inmediatamente a una comunidad cristiana. La filósofa sentía cada vez con más fuerza que los problemas esenciales del hombre no pueden resolverse sólo con el pensamiento y la ciencia, sino a través del amor, que exige la entrega a un tú y, precisamente por ello, conduce a uno mismo.

Edith Stein era una pensadora honrada y seria. Afanosamente se abría paso hacia la verdad y, cuando la verdad le salió al encuentro, la recibió como un regalo inesperado. Lo que para los de fuera, y también para su familia judía, aparecía como trágico o inexplicable, se venía gestando en Edith Stein ya desde tiempo atrás.

Aproximadamente a los 13 años se apartó interiormente de la familia y la tradición judías, lo que se manifestó en un abandono consciente de la oración. Sus encuentros con cristianos durante su época de estudiante restaron seguridad a su ateísmo. En 1922, para asombro de algunos amigos, la discípula de Husserl se hizo bautizar. Inmediatamente dejó el trabajo científico y se puso a trabajar como profesora en el colegio de las dominicas de Espira. El P. Erich Przywara SJ la ganó de nuevo para la investigación científica. Esta actividad proporcionó a Edith Stein una nueva dedicación al

mundo y a los hombres a la luz de la fe. A partir de 1927 fue invitada a dar numerosas conferencias en Alemania, Austria y Suiza sobre la educación y la cualificación profesional de la mujer.

En 1932 Edith Stein obtuvo un cargo docente en el Instituto Alemán de Pedagogía de Münster. Después de un año de fecunda actividad, perdió su plaza, como muchos otros judíos, a causa de la ley de los no-arios. Ahora estaba libre para realizar el deseo, que desde hacía tiempo abrigaba, de entrar en el Carmelo. Tras la noche de los cristales rotos, en 1938, huyó a Holanda, al Carmelo de Echt. En 1940 los nazis ocuparon Holanda. Con ello Edith Stein se vio entregada de nuevo a la persecución judía. Con su carácter despierto y sensible adivinó que se le iba a pedir lo último. Poseemos varios documentos de ofrecimiento escritos por ella, en los que pide a Dios que acepte la ofrenda de su vida por la paz del mundo. Con el mismo espíritu redactó su testamento.

Las premoniciones de Edith Stein se cumplieron. Ya antes se había identificado con la figura de la reina Ester del Antiguo Testamento. También ella buscó, como Ester, la salvación para su pueblo. Ester fue escuchada inmediatamente en su oración: «Señor, mi Dios y mi Rey, Dios de Abraham, perdona a tu pueblo, cuando ponen en nosotros los ojos para nuestra perdición con el ansia de destruir tu antigua heredad. No echés en olvido esta tu porción... escucha mi plegaria y muéstrate propicio a tu heredad; vuelve nuestro duelo en alegría para que vivamos y alabemos tu nombre, Señor» (Est 4,17 ss).

Edith Stein, sin embargo, tuvo que sufrir una muerte violenta, como Cristo. Por los últimos testimonios sobre ella, sabemos que se enfrentó a esta aniquilación serena y tranquila, aunque no sin miedo.

El obispo auxiliar de Hildesheim, Mons. Pachowiak, expresó estos recuerdos con las siguientes palabras: «Edith Stein opuso a todo sufrimiento una infinita paciencia y un derroche de amor. Ella tomó para sí toda la brutalidad y crueldad de sus verdugos unida a los sufrimientos de Cristo como expiación. Estaba profundamente convencida de que todo el odio del mundo sólo podía superarse verdaderamente con un amor igual. Cuando otros dudaron, se amargaron o sucumbieron al odio, ella dio consuelos y ánimos, y prestó a los niños, enfermos y moribundos hasta los más mínimos servicios»<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> W. HERBSTTRITH, *Bilder des Lebens-Edith Stein*, Kaffke, 1982, p. 82.

## I. Infancia y pérdida de la fe

Edith Stein nació en Breslau el 12 de Octubre de 1891; era la más pequeña de los once hijos de una familia judía creyente. Sus antepasados procedían de Posnania y la Alta Silesia. Eran comerciantes hábiles y ambiciosos, que habían inculcado a sus familias, siempre numerosas, el espíritu de los salmos y la devoción al Dios de Israel en la oración y los actos de culto. Los momentos religiosos más importantes del año eran las fiestas del Año Nuevo, de la Pascua, y el día del *Yom-Kippur* en otoño. Una fuerte conciencia comunitaria animaba esta tradición judía, en la que la madre ocupaba un lugar preeminente, respetado por el padre y los hijos. El bisabuelo de Edith Stein por parte de madre era cantor y dirigía la oración en un oratorio propio. La bisabuela, una «mujer fuerte», encendía la tarde del viernes las luces sabáticas y enseñaba las oraciones tradicionales a sus nietos: «Señor, no

nos mandes más de lo que podamos soportar». El sufrimiento y la fatiga de una vida cotidiana llena de trabajos, se aceptaba con paciente confianza en la ayuda de Dios. Los niños aprendían de los padres el amor a los pobres, el antiguo precepto bíblico sobre las primicias y el respeto a la religión de los demás.

La abuela de Edith Stein fue una importante mujer. Su rostro delicado y gracioso fascinaba a Edith Stein. Era consejera de muchos necesitados de ayuda, y entre la nobleza se consideraba un honor tenerla como amiga.

Sobre este trasfondo se destaca la fuerte personalidad de la madre de Edith Stein. La señora Auguste Stein estaba acostumbrada desde joven al trabajo. Esta mujer inteligente y enérgica, legó profundas huellas de su carácter a la menor de sus hijas. Ella fue el elemento fundamental que configuró el desarrollo de Edith Stein, el centro neurálgico que le proporcionó fuerza y calor en su crecimiento. La señora Stein tuvo que vencer dificultades, pero sobrellevaba todo en unión con Dios. En sus primeros años de matrimonio perdió cuatro hijos, y a ello se sumaron las preocupaciones de una floreciente maderería en Lublinitz. Tras los éxitos iniciales, la familia se vio obligada a trasladarse a Breslau por necesidades económicas. Eso significaba dejar el hogar y prescindir de la cercanía de los parientes. Apenas se habían instalado en Breslau cuando la repentina muerte del padre en un viaje de negocios, a sus 48 años, ocasionó nuevos sufrimientos a la familia. La señora Stein se quedó sola con sus siete hijos y un negocio cargado de

deudas. Edith Stein tenía entonces un año y ocho meses.

En medio de esta tribulación se abrió paso la energía de la madre. La señora Stein rechazó los bienintencionados consejos de los parientes y no dejó el negocio, sino que se puso a trabajar confiando en Dios para asegurar la existencia de sus hijos. Edith Stein era para su madre el último legado del padre. Nunca olvidó cómo la niña había llamado a su padre antes de que se marchara. En la factoría del bosque sufrió una insolación. Además, Edith Stein había nacido el día de la Reconciliación (*Yom-Kippur*). En sus memorias nos dice: «Mi madre daba gran valor a este hecho, y creo que esto contribuyó más que todo lo demás a que tuviera un especial cariño hacia su niña pequeña... La fiesta judía más importante es la fiesta de la Reconciliación, el día en que antiguamente el Sumo Sacerdote entraba en el *Sancta Sanctorum* y ofrecía el sacrificio de reconciliación por él y por todo el pueblo, después que el chivo expiatorio sobre el que se habían cargado todos los pecados del pueblo había sido retirado al desierto»<sup>1</sup>. Madre e hija se alegraban de esta elección, sin sospechar cuán doloroso iba a ser el sacrificio de reconciliación en sus vidas.

El exceso de trabajo de *Frau* Stein en la maderería y en su casa, hizo que las más pequeñas de sus hijas, Erna y Edith, fueran inseparables. La

---

<sup>1</sup> EDITH STEIN, *Aus dem Leben einer jüdischen Familie. Kindheit und Jugend* (trad. esp.: Estrellas Amarillas), Edith Steins Werke, t. VII, Nauwelaerts-Louvain/Herder-Freiburg, 1965, p. 41 (en lo sucesivo abreviado: E. STEIN, *Jüdische Familie*).

hermana mayor, Elsa, ayudaba a su madre en la educación, cosa que no siempre era fácil. Sobre todo Edith, a pesar de su carácter dependiente, no se dejaba guiar fácilmente. Edith Stein describió más tarde con gracia aquellos años. Cuando no salía todo a su gusto, se desahogaba en estallidos de ira. Encerrarla en un cuarto era inútil, porque los golpes que daba a la puerta con los puños molestaban a los de la casa. Se metía en las conversaciones de los mayores y les sorprendía con sus ocurrencias. Una amiga de la infancia de Edith Stein dice: «El que fuera precoz, siendo la más pequeña de un montón de hermanos, no era de extrañar; el que leyera mucho y recibiera de sus hermanos estímulos para ello, era muy deseable; pero el que desarrollara un orgullo tan indomable, cuya tensión podía estallar en lágrimas de rabia cuando no conseguía lo que quería, o no quedaba por encima, eso era menos adorable»<sup>2</sup>. La niña Edith Stein mostraba rasgos temperamentales e independientes. Su inteligencia precoz y la capacidad para memorizar con facilidad relatos y poesías, la convertían en una especie de niña prodigio. «Pero—escribe Edith Stein—en mi interior había aún un mundo oculto... Lo que yo veía u oía durante el día, lo asimilaba por la noche»<sup>3</sup>.

Sin causa aparente se produjo en la niña un cambio a los 7 años. Aquella niña vivaracha se convirtió en una muchachita callada y soñadora.

---

<sup>2</sup> TERESIA RENATA POSSELT, *Edith Stein. Eine grosse Frau unseres Jahrhunderts*, Herder, Freiburg-Basel-Wien, 1963, p. 10 (en lo sucesivo abreviado: POSSELT).

<sup>3</sup> E. STEIN, *Jüdische Familie*, p. 43.

Aunque Edith Stein dependía de su hermana mayor Elsa, y a pesar de lo unida que estaba a su madre, cuya primera visita después de cerrar el negocio la llevaba siempre a la cama de la niña, su despierta inteligencia experimentaba una profunda soledad. Su interior era un mundo dentro del mundo, y la atracción de este mundo interior era tan fuerte, que las impresiones externas sólo le proporcionaban materia para construir a escondidas un nuevo mundo. Esta tendencia hacia el interior y este aislamiento sensible significaban sufrimiento y soledad en medio de la alegre vida familiar. «A pesar de esta íntima unión, mi madre no era mi confidente, y los demás, menos aún. Desde mi niñez estuve llevando una curiosa doble vida y experimentaba cambios incomprensibles y caprichosos para quien me observara desde fuera»<sup>4</sup>.

Esta doble vida trajo consigo algunos cambios. El periodo de extraños ataques de ira se resolvió en una etapa de temores espirituales y de una excesiva susceptibilidad. La niña se veía entregada sin defensa a las impresiones exteriores. La visión de un borracho en la calle o una palabra incorrecta pronunciada descuidadamente a su alrededor, le causaban a Edith un gran sufrimiento. Su excitada fantasía, que no podía vencer sola todo lo que veía y oía, le provocaba ataques de fiebre. «De todas las cosas de las que secretamente padecía no decía a nadie una palabra. Nunca se me ocurrió que pudiera hablar sobre algo así»<sup>5</sup>.

Con especial fuerza se le grabó a Edith Stein una vivencia, con ocasión de un baile, que descubrió su sensibilidad y precocidad. En una de las grandes fiestas familiares, hacía de pareja de baile con su hermana Erna. Como las niñas estaban poco entrenadas, la profesora francesa de ballet las colocó a las dos en la parte de atrás. Estaba sorprendida por la agilidad de Edith, que ejecutaba sus indicaciones con gran elegancia. Edith se convirtió en el número estrella de la tarde y se vio abrumada con felicitaciones y distinciones. La profesora de ballet le propuso entrar en el ballet, pero Edith Stein no consideró que la propuesta mereciera una "respuesta seria". En casa sus hermanas censuraron a la pequeña bailarina por su mirada coqueta en el baile. «Desde mi más temprana infancia—escribe Edith Stein—, en el círculo de mis parientes, yo me caracterizaba principalmente por dos cualidades: se me tachaba (con bastante razón) de ambiciosa y me llamaban con el apelativo de Edith «la lista». Ambas cosas me dolfan bastante. Lo segundo, porque yo creía escuchar que me engrería con mi inteligencia, cuando sabía, ya desde mis primeros años, que era mucho más importante ser buena que ser lista»<sup>6</sup>.

La piedad de la madre, las prácticas de oración en familia, impresionaban poco a Edith Stein. Ella experimentaba a Dios a través del amor de su madre. Este conocimiento de Dios no disipaba sin embargo las sombras de su mundo interior. Son significativas las razones que determinaron a Edith

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 42.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 43.

---

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 86.

Stein a domar su vivo temperamento para hacerlo dócil y tranquilo. Bien sabían los niños la aversión de la madre hacia todo lo que significara pecado y no hubieran cometido jamás algo que la contrariase. Pero fue aún más decisivo en la autoeducación de Edith el miedo a perder «la propia libertad de espíritu y la dignidad humana» a causa de la dejadez. Muy bien comprendió la niña la degradación que subyace en la falta de libertad de las pasiones desenfrenadas. La libertad de espíritu era para Edith Stein tan preciada, que por causa de ella desarrolló una admirable firmeza de carácter. «Adquirí pronto un autodomínio tal que casi sin lucha podía mantener una ponderada tranquilidad»<sup>7</sup>, escribe de aquella época. La firmeza de carácter y la orientación hacia lo que había reconocido como verdadero, conformaron su futura personalidad. De ahí que sea comprensible que los hermanos Stein juzgaran tan distintas a las dos pequeñas de la familia. A Erna la veían «transparente como agua clara»; Edith era en cambio para los mayores «un libro con siete sellos».

Los miedos de aquella niña precoz se transformaron con el desarrollo de su propia conciencia en brillantes sueños de futuro. Edith Stein se sentía llamada a algo grande. Su espíritu despierto quería hacer saltar las cadenas de su exuberante fantasía y anhelaba libertad y reconocimiento. Edith Stein sentía como una humillación el ser pequeña en la intimidad familiar de unos adultos faltos de comprensión. Suspiraba por la ciencia y el conocimiento.

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 44.

Es por ello natural que quisiera ir al colegio. Mirando al pasado escribe ella: «En el colegio me tomaban en serio»<sup>8</sup>. La escuela era el lugar que ofrecía a la niña aquella libertad que anhelaba. Con increíble terquedad consiguió a los seis años obtener la aceptación en la Escuela Victoria de Breslau, antes del ingreso normal.

Había rechazado enérgicamente el jardín de infancia porque estaba por debajo de su dignidad. Al cumplir seis años Edith Stein renunció a todos sus regalos con tal de obtener la autorización para el colegio. Elsa Stein, que era profesora en la Escuela Victoria, consiguió que aceptaran a Edith a mitad del curso escolar. En medio año alcanzó a los del primer curso y ocupó a partir de entonces uno de los primeros puestos. En sus palabras puede verse cuánto necesitaba su vivo temperamento de la formación escolar: «En nuestra niñez la escuela desempeñaba un importante papel. Yo creo que me sentía más a gusto allí que en casa»<sup>9</sup>. Si se piensa en los fuertes lazos familiares de Edith Stein, esta confesión resulta sorprendente.

La escuela, el viejo palacio Schaffgott de la Ritterplatz de Breslau, se convirtió en el segundo hogar de Edith Stein. Según los relatos de sus hermanos, todo le era familiar y se acostumbró con facilidad al nuevo ritmo de trabajo. Lo que hasta entonces había vivido en «sus profundidades», se convertía ahora en una figura de firmes trazos. La colegiala estaba contenta de poder expresar su

---

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 47.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 35.



mundo interior en las redacciones y ejercicios de clase sin que los mayores se sonrieran condescendentemente. «Devoraba ávidamente» los libros de clase, especialmente los de historia y los de alemán. No dejaba de leer ni siquiera cuando la peinaban, mientras que por las tareas sencillas de la casa mostraba escaso interés. Este desarrollo tan unilateral lo lamentaría Edith Stein más tarde. Lo que sobre otros niños actuaba como arribismo y ambición, en ella era a menudo el apremio de proporcionar alimento suficiente a su inquieto espíritu. Nos dice de sí misma: «Poco a poco también mi mundo interior se fue volviendo más claro y luminoso»<sup>10</sup>. Sus facultades anímicas se orientaron hacia el infinito y su fantasía levantaba castillos en el aire con la lectura y las vivencias. Erna contaba de Edith: «Como entonces no era usual comenzar las clases en otoño, estuvo en el nivel más bajo sólo medio año. A pesar de ello, en Navidades era ya una de las mejores. Estaba muy bien dotada y además era aplicada y tenía una voluntad de hierro. Pero no fue nunca una ambiciosa en sentido negativo, sino una buena y muy servicial compañera»<sup>11</sup>.

Tanto más sorprendió por ello que una jovencita voluntariosa y bien dotada como Edith declarase a los 13 años que quería dejar los estudios. Quizá su delicada constitución y el agotamiento anímico-espiritual que de ello se derivaba, tuvieron que ver con esta inesperada decisión; quizá también el

desmoronamiento de la fe judía de su infancia. Edith Stein reconoció posteriormente que desde los 15 a los 21 años no pudo creer en la existencia de un Dios personal. De la impresión que su nuevo deseo produjo en la familia, dan testimonio las palabras de Erna: «Edith obtuvo durante todo el periodo escolar unos brillantes resultados, y todos suponíamos como algo evidente que después de acabar la escuela haría los cursos del *Gymnasio* en la Escuela Victoria para poder ir a la Universidad. Sin embargo nos sorprendió con su decisión de dejar la escuela. Como siempre había sido pequeña y delicadita, mi madre se mostró de acuerdo»<sup>12</sup>. Edith Stein fue enviada a Hamburgo a casa de su hermana Elsa, que se alegró de recibir una ayuda para sus tres niños pequeños. Erna Stein sigue diciendo: «Allí se quedó ocho meses y cumplió con su deber, aunque no le gustaban los trabajos caseros»<sup>13</sup>. Fueron apareciendo los rasgos del carácter de Edith Stein: una aguda inteligencia, una voluntad férrea, su conciencia del deber, su cariñosa servicialidad. Aunque en aquel tiempo se la veía silenciosa y taciturna, «encarcelada en su propio mundo interior», era capaz sin embargo de realizar a conciencia tareas manuales. Cuando la señora Stein la visitó en Hamburgo, Edith estaba hecha una espléndida muchachita. El trabajo práctico le había ayudado a superar la crisis. A pesar de ello la inseguridad espiritual prosiguió en Breslau. Edith Stein tanteaba un nuevo sentido para la vida. La

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>11</sup> POSSELT p. 14.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 14.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 14.

madre vino en su ayuda y le sugirió que reanudara los estudios; Edith accedió.

La nueva fuerza vital le devolvió la alegría por el mundo espiritual. Con tesón se sumergió en el estudio de las matemáticas y aspiró, ya desde aquel momento, a la docencia. «Aquel medio año de trabajo incansable ha quedado siempre en mi recuerdo como la primera época verdaderamente feliz de mi vida. En gran parte se debía a que por primera vez todas mis facultades anímicas estaban totalmente empeñadas en una tarea en consonancia con ellas. Cuando me quedaba sola en la habitación que me habían asignado para trabajar y me sentaba a la mesa, el resto del mundo ya no me interesaba. Después de cada problema de matemáticas que resolvía, silbaba un par de compases en son de triunfo. Nunca me planteé estudiar matemáticas... No había nacido para ellas. Con el latín era en cambio totalmente distinto. Aprender lenguas modernas no me había proporcionado ni con mucho tanta satisfacción. Aquella gramática con sus reglas tan estrictas me encantaba. Era como si tuviera que aprender mi lengua materna. Aún no podía suponer que era la lengua de la Iglesia y que más tarde yo rezaría en ella»<sup>14</sup>. Tras una breve preparación, Edith Stein aprobó las pruebas de acceso para la *Obersekunda*.

Edith volvía a estar en su elemento. Había ganado con aquel corto periodo de descanso. Y su natural vivacidad, aquella impertinente sabiondez de sus años de infancia, se fue atemperando en una

modestia tranquila y serena que, a partir de este momento, se convirtió en el rasgo principal de su capacidad de resistencia. Una compañera de clase escribe: «Era muy trabajadora, sin ser una ambiciosa. Ya entonces poseía una gran modestia... Hasta hoy he creído siempre que nos sobrepasaba no sólo en conocimientos, sino también en edad, simplemente porque era más madura y más seria que las demás. La recuerdo como una persona callada y profundamente interior, y, además, muy agradable»<sup>15</sup>. El retorno a los estudios significó para Edith Stein el retorno a un mundo sin Dios. Había superado su abatimiento sin abandonar la pregunta por el último fundamento de la existencia. En el lugar de la fe de la infancia, apareció la búsqueda de la verdad. El modelo religioso de su madre, sus largas oraciones en la sinagoga, su amor desinteresado por los niños, su severa mortificación en los ayunos de 24 horas en la fiesta del *Yom-Kippur*, todo ello lo trasladó Edith Stein a su comportamiento moral.

Aunque la colegiala se alegraba con la entrega anual de premios, le disgustaba mucho llamar la atención externamente o hablar de sus resultados. Las «brillantes esperanzas para el futuro» se convirtieron en resultados objetivos y concretos. Edith Stein sorprendía a una compañera con estas palabras: «El traductor debe ser como un cristal que deja pasar toda la luz sin ser él visto»<sup>16</sup>. ¡Qué distancia entre estas palabras y la niña testaruda de antaño! Edith Stein era para sus compañeras una

<sup>15</sup> POSSELT, p. 15.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>14</sup> E. STEIN, *Jüdische Familie*, p. 97.

buen amiga. A sus esfuerzos académicos unía una atractiva sensibilidad. Era querida por su alegría, su discreción y su buen juicio. Erna Stein cuenta: «Además de la escuela, participaba de buen grado en actos sociales; nunca era una aguafiestas. Se le podían confiar todos los problemas y confidencias. Siempre estaba dispuesta a dar consejos o a ayudar, y acogía todo de buen grado»<sup>17</sup>.

Su predilección por las ciencias abstractas no era óbice para su interés por la vida. La futura fenomenóloga poseía un apasionado amor a las manifestaciones de la naturaleza. Para una niña de ciudad como ella era una alegría poder pasar sus vacaciones en el campo. Edith Stein relata entusiasmada sus paseos por los campos y los prados, la expansión de su interior en la naturaleza. Si Erna y ella pasaban ante un arroyuelo de aguas limpias, cogía los peces vivos en sus manos. Igual gozo proporcionaban a las niñas las visitas a casa de los parientes de Lublinitz en vacaciones. La próspera ciudad provinciana era un fecundo campo para los intereses de Edith Stein. Los misteriosos negocios de su tío, las benévolas amonestaciones de su atenta tía, las conversaciones al final de la jornada, los alegres juegos con los primos y las primas, todo lo recibía con despierta inteligencia y con humor.

Rose Bluhm, una de sus amigas, escribe: «Yo conocí a Edith Stein en los últimos años de la Escuela Victoria, a la que asistíamos juntas. La conocía bien, porque íbamos juntas a clases particulares de literatura alemana con una encantadora

señora ciega. Recuerdo que Edith era una chica muy atractiva, cariñosa, risueña y con un formidable sentido del humor. Cuando se reía, le brillaban sus hermosos ojos grises y se le hacía un delicado hoyuelo en la barbilla que a todos nos encantaba»<sup>18</sup>.

A pesar de la cordial unión de la familia —Frau Stein aún seguía considerando Lublinitz como su hogar—, las relaciones con los parientes se debilitaron por razones ideológicas. La señora Stein experimentaba una repulsión por el espíritu liberal de la época que cada vez se propagaba más en torno a ella. La austeridad de sus hijas se consideraba en la moral social de amplios círculos como ajena al mundo y como un extravagante idealismo. Así acabó resultando natural que Frau Stein donde mejor se sentía era en su propia casa.

En medio de la austera vida de aquel hogar sin padre, nadie cuestionaba el que Edith y Erna siguieran una carrera tras su bachillerato. Mientras que los hermanos mayores participaban en el mundo de los negocios, la universidad estaba abierta para las pequeñas. Para aquellos tiempos era un poco inusual y sólo mujeres muy capacitadas tenían acceso a este privilegio. Edith Stein quería ser maestra. Lo que en un principio era únicamente emulación de su hermana Elsa, se había convertido con el paso del tiempo en una necesidad interna. A los 17 años dio clases particulares a algunas compañeras sólo por el gusto de enseñar. Edith Stein poseía todas las cualidades de un buen educador: tacto, autoridad, paciencia, gusto por la

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>18</sup> Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.

materia y don de gentes, especialmente con los niños. Antes de trasladarse a la universidad, Edith Stein aún tuvo que superar una prueba. Su tío David de Chemnitz, un acomodado boticario, tenía grandes planes para sus brillantes sobrinas. Quería construir un sanatorio y soñaba con ver a Erna y a Edith trabajando como médicos. Las futuras doctoras eran invitadas con frecuencia a las regatas y a las carreras automovilísticas. La elegante mujer del boticario hacía todo lo posible para presentar a sus simpáticas sobrinitas en sociedad. Las dos estudiantes se sentían a gusto en casa de aquellos boticarios sin hijos, pero Edith Stein no se dejó deslumbrar por los planes del tío David. Y así como siendo niña había hecho enfadar a una prima pequeña con su imperturbable tranquilidad, y ésta le había dicho: «¡Déjame también a mí tener razón alguna vez!»<sup>19</sup>, permaneció ahora también firme ante su tío. Las técnicas persuasivas de su tío resultaron inútiles. Se había equivocado con su dulce y cariñosa sobrina. «No podía actuar mientras no hubiera un impulso interior. Las decisiones brotaban de una profundidad desconocida incluso para mí misma; pero una vez que éstas habían aparecido ante la claridad de la conciencia y tomado una forma conceptual, ya no me dejaba detener por nada; para mí era como un entretenimiento deportivo obtener lo aparentemente imposible»<sup>20</sup>. Cuando Edith Stein se dio cuenta de que Erna no le hacía ascos a la carrera de medicina, le dijo: «Haz lo que tú misma consideres conveniente». A su tío le explicó que el hombre tenía el

<sup>19</sup> E. STEIN, *Jüdische Familie*, p. 36 s.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 94.

deber de escoger su profesión según sus propias aptitudes e inclinaciones. El tío no veía claras aún estas ideas modernas, pero sentía respeto ante las opiniones tan propias de Edith Stein. Con Erna tuvo más suerte. A pesar de su preferencia por las lenguas accedió a las propuestas de aquél. Y aunque no surgió ningún sanatorio en común, Erna Stein se convirtió más tarde en una competente doctora.

Cuando a los 20 años Edith Stein aprobó su bachillerato, era ya una persona con un carácter firme que sabía lo que quería. De su *Abitur* comenta: «De los grandes sentimientos de felicidad que había esperado para después del examen, no había nada, sino más bien un gran vacío. Una parte de mi vida, entrañable y familiar, acababa de pasar para siempre. ¿Qué vendría ahora? Consideré las tácitas objeciones de mi buen tío contra mi elección profesional. ¿Había tomado realmente la decisión correcta? Estamos en el mundo para servir a los hombres... Y la mejor forma de servir a los hombres es hacer aquello para lo cual se posee las aptitudes adecuadas... Así pues, la decisión me parecía irrefutable»<sup>21</sup>.

Edith Stein tomó parte activa en las revoluciones espirituales de un mundo industrializado que condicionaron y conformaron esencialmente el destino de la mujer. Descubrió los nuevos problemas y quiso trabajar activamente para su resolución. La profesión no era sólo un asunto de ganar dinero o de posición social, sino el efecto de una legalidad interna a la que el individuo está obligado.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 114.

## II. De la Psicología a la Filosofía

Cuando en Marzo de 1911 Edith Stein ingresó en la universidad de su ciudad natal, Breslau, nada cambió aparentemente en su vida. Seguía unida a su familia, a sus parientes y amigos. Como se había decidido por el magisterio, se matriculó en Germanística e Historia. Pero más que esta formación específica, a la joven atea le interesaba otra cosa. Asistía también a clase de Psicología porque quería investigar los fundamentos y la unidad de sentido de la existencia humana. El alma como centro de la persona humana era el problema fundamental alrededor del cual giraban sus pensamientos. Creía poder acercarse un paso más a la verdad a través de la psicología experimental. Asistía a las lecciones de los profesores Hönigswald y Stern, y preparaba ponencias sobre psicología mental para las sesiones del seminario. Lo que halló fue decepcionante. Se encontró con un método científico-natural, mecanicista, que pretendía demostrar que no hay alma.

Se hablaba de una «psicología sin alma». «Espíritu, sentido y vida» fueron eliminados del curso de la vida del alma, y se dejaba a la libertad del individuo el que quisiera concebir o no una unidad espiritual más allá de las sensaciones de los sentidos. El mundo del alma era algo irracional, mitológico, sobre el que el escéptico pasaba sonriendo. Edith Stein no estaba satisfecha con ello. En sus trabajos de seminario topó con un libro que provocó una revolución en la que había sido hasta entonces su vida espiritual: las *Investigaciones Lógicas* del fenomenólogo Edmund Husserl. En esta obra, que entonces hizo época, encontró ante todo respuesta a sus preguntas en unos conceptos fundamentales clarificadores. Husserl estaba empeñado en un redescubrimiento del espíritu, en una ciencia pura, que, sin aparato conceptual, a través de un esencial conocimiento interno, quería descubrir el ser de las cosas. Edith Stein estaba entusiasmada. Sorprendió a sus profesores con sus conocimientos fenomenológicos y en las sesiones del seminario le pedían consejo.

A partir de este momento tuvo el deseo de dejar Breslau y proseguir sus estudios con Husserl en Gotinga. En su diario anotó: «En mi cuarto semestre empecé a comprender que Breslau ya no tenía nada más que ofrecerme y que necesitaba nuevos estímulos... Me repelía... No sabía... de nadie que me pudiera aconsejar. Y así me decidí a buscar el camino por mi cuenta»<sup>1</sup>.

Como con un oculto temor ante lo que se

<sup>1</sup> E. STEIN, *Jüdische Familie*, pp. 146 y 143.

avecinaba, solicitó al profesor Stern tema para una tesis doctoral. Al presentarle éste el tema «La investigación del pensamiento infantil mediante experimentos con cuestionarios», vio claro que el insuficiente método de investigación de la psicología de entonces no merecía su consideración. Enérgicamente se decía: «Toda mi carrera de psicología me había llevado únicamente al convencimiento de que aquella ciencia aún estaba en mantillas, de que precisaba del necesario fundamento de elementales conceptos clarificadores y de que por sí misma no era capaz de proporcionárselos. Y lo que hasta entonces conocía de la fenomenología, me atraía tanto precisamente porque consistía propiamente en esa tarea clarificadora, y porque aquí uno mismo se forjaba desde el principio las herramientas que necesitaba»<sup>2</sup>. Así como a Edith Stein cuando era niña le gustaba ir en sus paseos «a donde nadie había estado antes», le seducían ahora el seguro proceder del método fenomenológico y la novedad del ámbito de sus investigaciones.

El deseo de Edith Stein cogió a su familia por sorpresa. Si antes, en otra ocasión, la poética Heidelberg había atraído a Erna y a Edith, se acabó abandonando la idea por razones prácticas. Erna Stein estaba en puertas del examen de Estado y la austera vida de la numerosa familia no favorecía el traslado de Edith Stein. Tanto más sorprendente fue por ello el consentimiento de Frau Stein, que sólo a duras penas pudo separarse de la más pequeña. Edith Stein cuenta: «Mi madre dijo: "Si es

necesario para tu carrera, no quiero ser yo un obstáculo en tu camino. Haz lo que consideres conveniente. Tú lo sabrás mejor que nadie". Pero estaba triste, mucho más triste de lo que correspondía a la separación de un breve semestre de verano»<sup>3</sup>. Sin poder vigilar la evolución espiritual de su hija, la madre adivinaba el inminente desgarrón ideológico. Frau Stein se había percatado de que Edith se había apartado del Dios de los Padres. A pesar de la piedad de la madre, ciertas concepciones liberales influían en los usos y tradiciones familiares. Aún permanecía la veneración que los hijos mostraban hacia su madre. Edith Stein la acompañaba fielmente a la sinagoga, pero «allí se edificaba más con la contemplación de su madre, totalmente sumida en Dios, que con la celebración litúrgica»<sup>4</sup>.

A pesar de su pasión intelectual, Edith intuía el significado de la próxima separación. «En lo más profundo del corazón, intuía secretamente que aquella despedida era profundamente decisiva»<sup>5</sup>. Dejar su Breslau natal era dejar el mundo judío. Pero Edith Stein estaba firmemente decidida. «Entonces, como más tarde en la vida, pude quitarme las aparentemente irrompibles cadenas con un ligero movimiento y echar a volar, como el pajarillo que se escapa de la trampa»<sup>6</sup>.

Hugo Hermsen, el fundador de un grupo pedagógico al que también pertenecía Edith Stein, le

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 123 y 147.

<sup>3</sup> POSSELT, p. 16.

<sup>4</sup> E. STEIN, *Jüdische Familie*, p. 149.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 146.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 150.

dijo a ésta al despedirse: «Sólo le deseo que encuentre en Gotinga personas que le convengan»<sup>7</sup>. Estas palabras golpearon a Edith y la dejaron intranquila. «Yo no estaba acostumbrada ya a ninguna corrección; mis amigas dependían de mí con cariño y admiración. Así vivía yo con la ingenua ilusión de que en mí todo era correcto, como a menudo pasa con personas no creyentes con un ideal ético muy exigente. Como uno está estusiasmado por el bien, cree que él mismo es bueno. Siempre había creído que tenía derecho a husmear sin miramientos en todo aquello que me llamaba la atención, a menudo con tono de burla e ironía. Había gente que me encontraba "deliciosamente mala". Así que estas graves palabras de despedida de una persona a quien yo quería y apreciaba mucho, no podían menos que afectarme muy dolorosamente. No estaba resentida con él por ello; *ni tampoco me las sacudí como un reproche* injustificado. Fueron como un serio aldabonazo que me hizo pensar»<sup>8</sup>.

En Gotinga Edith Stein pronto estableció contactos y entró llena de esperanza en un mundo nuevo. «Tenía 21 años y estaba llena de expectación por lo que vendría... ¡La querida y antigua Gotinga; Creo que sólo quien haya estudiado allí entre 1905 y 1914, el breve apogeo de la escuela fenomenológica de Gotinga, puede calibrar lo que para nosotros se esconde en ese nombre»<sup>9</sup>. Las anotaciones de su diario nos transmiten el encanto que halló Edith

Stein en la antigua ciudad universitaria de Gotinga. Al desenfado y a una despreocupada libertad en el trato amistoso con sus compañeros de estudio, unía Edith Stein gozosos descubrimientos en la naturaleza y el entorno. Sabe hablar con humor de los tranquilos gotingueses y de su cuidada ciudad, rica en tradiciones. Nada escapaba a su agudo poder de observación. Muy pronto se ganó su nuevo ambiente y se convirtió, con su activa participación, en una fenomenóloga nata. Rosa Bluhm-Gurtmann escribe de aquellos tiempos: «Pasamos un magnífico semestre juntas en Gotinga, donde yo hacía matemáticas y filosofía, y Edith además historia. Eramos amigas inseparables en la universidad, pues una antigua íntima amiga mía, Lili Berg-Platau, estudiaba medicina y se había hecho muy amiga de Erna Stein, mientras que Edith y yo estábamos matriculadas en la sección de filosofía. Eramos desde luego *muy trabajadoras, pero también hacíamos muchas cosas propias de los jóvenes*. Hacíamos maravillosas excursiones a la montaña, bailábamos y hacíamos veladas musicales muy bonitas, y conciertos para fiestas de fin de año. Las cuatro (Lili, Erna, Edith y yo) pasábamos todas las vacaciones juntas; Lili y Erna compartían un cuarto, y Edith y yo otro. No sólo discutíamos hasta bien entrada la noche, sino que leíamos muchas cosas juntas, especialmente filosofía, en la que ambas estábamos muy interesadas. Hacíamos con frecuencia unas estupendas excursiones al Harz y a Turingia, y a menudo nos veíamos el fin de semana con la mochila a la espalda en *Weserbergen*. Estábamos juntas en todos los seminarios de pedagogía y filosofía, y trabajábamos para

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 130.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 130.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 165.

el Partido Demócrata (aún no teníamos derecho a voto); y nos interesaban mucho todas las cuestiones que afectaban a la mujer profesional. Compartíamos una casita encantadora; un dormitorio, un despacho, y si no recuerdo mal, una cocinita. Hacíamos las comidas principales fuera, pero las otras nos las hacíamos nosotras mismas. Edith cocinaba y lavaba tan bien como yo. Era la mujer mejor dotada que he hallado en mi vida —y he conocido muchas mujeres extraordinarias— y nosotras estábamos, desde luego, entre las primeras mujeres que tuvieron acceso a la universidad, y entre ellas éramos una buena muestra: Edith poseía un profundo amor a la verdad. Tenía una inteligencia firme e investigaba cada problema hasta que la verdad se iluminaba»<sup>10</sup>. Esta noticia da una viva imagen de la vida académica, alegre y seria a un tiempo, de Edith Stein.

La falta de orientación religiosa había llevado a Edith Stein a Gotinga para ir durante largo tiempo a la escuela de Edmund Husserl y recibir nuevos impulsos espirituales. La personalidad del maestro, autor del revolucionario método de investigación fenomenológico, era el imán que la atraía. Había advertido que Husserl señalaba una dirección que ella buscaba sin éxito en la filosofía: la orientación hacia la verdad del ser.

La decepción de Edith Stein con la psicología, que por sí misma no era capaz de mostrar un mundo espiritual, la empujó a buscar la verdad en el ámbito de la filosofía: en la vuelta de Husserl a

los fenómenos, a los modos de aparición del ser. Husserl volvió a poner en boga el antiguo y denostado nombre de la Ontología en una época en la que la llamada «Filosofía cristiana» despertaba lentamente de su letargo<sup>11</sup>. Con su postulado de un conocimiento apriorístico de las esencias, arremetió contra el empirismo, el escepticismo y el relativismo. Jóvenes y entusiastas realistas se agruparon en torno a él en la llamada Escuela de Gotinga.

Cuando Edith Stein llegó a Gotinga la época de esplendor de la Escuela de Gotinga había pasado. Sus más significativos representantes: Adolf Reinach, Hedwig Conrad-Martius, Alexander Koyré, Dietrich von Hildebrand y Johannes Hering, ya habían opositado a cátedra o se habían independizado. Pero el espíritu de Husserl aún marcaba el ambiente, incluso en la calle se hablaba de «fenómenos». Edith Stein estaba impresionada por la personalidad de Husserl. Sus alumnos le llamaban "Maestro", cosa que no le agradaba oír. Muy pronto se rompió el hielo en la primera presentación, cuando Edith Stein explicó a Husserl que había leído el segundo tomo completo de sus *Investigaciones Lógicas*. «¿El segundo tomo entero? ¡Vaya, eso sí que es una proeza!»<sup>12</sup>, contestó Husserl sonriendo, y con ello Edith Stein fue admitida en su círculo de alumnos.

La estudiante se entregó con tesón al trabajo.

<sup>11</sup> EDITH STEIN, *Endliches und Ewiges Sein. Versuch eines Aufstiegs zum Sinn des Seins*, Edith Steins Werke, t. II, Nauwelaerts-Louvain Herder-Friburg, 1962, p. 6 (en lo sucesivo abreviado: E. STEIN, *Endliches und Ewiges Sein*).

<sup>12</sup> E. STEIN, *Jüdische Familie*, p. 174.

<sup>10</sup> Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.



Con su estilo resuelto, se ofreció para hacerse cargo de las difíciles actas de las sesiones del seminario, y sorprendió a sus compañeros por su activa participación y su agudeza espiritual en las discusiones. Se introdujo con auténtica pasión en el pensamiento de Husserl y pronto se convirtió en la alumna que mejor le comprendía.

Edith buscaba la verdad. A Husserl le oía decir: «La ciencia (*scientia*) viene, como su nombre indica, de conocer (*scire*). En el conocimiento poseemos la verdad»<sup>13</sup>. Por verdad Husserl entendía «la luminosa certeza» de aquello que es o no es, y así halló una rigurosa separación contra todo puro opinar o ciego estar convencido. Quería superar el escepticismo mediante la elaboración de un estado de cosas puro. En la filosofía, como ciencia estricta, creía haberse acercado a la verdad. Husserl tenía una sensibilidad para la tarea pasiva del entendimiento, para captar la verdad de las cosas. Con ello parecía acercarse a la escolástica y su método fenomenológico tuvo una gran resonancia.

Husserl procuraba educar a sus alumnos para que eliminasen sus prejuicios, para que prescindiesen de sus esquemas racionalistas. La libertad y movilidad de su método crearon una atmósfera que hizo posible la amistad espiritual. Así, sin quererlo, se convirtió en el iniciador de un movimiento espiritual que llevó a muchos de sus alumnos al Cristianismo.

Hedwig Conrad-Martius, amiga de Edith Stein,

contaba la revolución que la cosmovisión de Husserl supuso para muchos: «El común estilo de pensar e investigar establecía... una relación entre los alumnos de Husserl que yo no puedo calificar sino como un nacimiento natural a partir de un espíritu común... No teníamos ningún lenguaje profesional, ningún sistema común. Era sólo la mirada abierta a la accesibilidad espiritual del ser en todas sus imágenes posibles meramente pensables... lo que nos unía... Era el ethos de la claridad y limpieza objetivas... Eso tenía naturalmente que trascender el carácter, los sentimientos, el modo de vida. Era lógico pues que entre nosotrosuviésemos amistad, sin importar cuál era el origen, la raza o la religión a la que pertenecíamos. Edith Stein era una fenomenóloga nata. Su espíritu sobrio, claro, objetivo, su penetrante mirada y su absoluta objetividad la predestinaban a ello»<sup>14</sup>.

Además de la filosofía, Edith Stein se dedicaba al estudio de la historia. El estudio de ésta ampliaba su horizonte y constituyó para ella un campo de acción donde desarrollar sus aptitudes fenomenológicas y formar su conciencia. «El amor a la historia no era para mí una pura inmersión romántica en épocas pasadas, sino que implicaba una apasionada participación en los acontecimientos políticos del presente, en la historia viva. Ambas cosas daban lugar a una conciencia de responsabilidad social

<sup>13</sup> EDMUND HUSSERL, *Logische Untersuchungen* t. I, Verlag Niemeyer, Halle, 1913, p. 12. (Investigaciones Lógicas trad. esp. de José Gaos y Manuel Morente, Alianza Editorial, Madrid, 21985, 2 vols.)

<sup>14</sup> Hedwig Conrad-Martius en: EDITH STEIN, *Briefe an Hedwig Conrad-Martius*. Kösel Verlag, Munich, 1960, pp. 62-65 (en lo sucesivo abreviado: Hedwig Conrad-Martius., en: E. STEIN, *Briefe an H. Conrad-M.*).

inusualmente fuerte, a un sentimiento de solidaridad con la humanidad y también con comunidades más pequeñas. Cuanto más rechazaba un nacionalismo darwinista, tanto más estaba convencida del sentido y la necesidad connatural de estados particulares y de pueblos y naciones de diversa índole.

Por eso las concepciones socialistas y otras tentativas internacionálistas no podían ejercer nunca influencia alguna sobre mí. Cada vez más me liberaba también de las ideas liberales con las que había crecido, llegando a una concepción positiva del Estado, cercana a la conservadora, aunque siempre me mantuve al margen del especial carácter del conservadurismo prusiano. A estas consideraciones puramente teóricas se añadió, como un motivo personal, un profundo agradecimiento hacia el Estado, que me concedía el derecho a la enseñanza, y con ello, libre acceso a las ciencias del espíritu humano... Me indignaba la indolencia con que la mayoría de mis compañeros abordaban las cuestiones más fundamentales: una parte asistía el primer semestre sólo por diversión; otros estaban angustiados pensando en acumular los conocimientos necesarios para el examen y asegurarse más tarde "el cocido". Desde este fuerte sentimiento de responsabilidad social, luché decididamente por el derecho al voto de la mujer, que en aquel entonces aún no estaba totalmente claro dentro del movimiento cívico de mujeres. La Liga Prusiana para el Derecho al Voto de la Mujer, a la que me afilié con mis amigas porque reivindicaba la plena igualdad de los derechos políticos, estaba integrada mayoritariamente por socialistas... Todas éramos, además,

miembros de la Liga para la Reforma Escolar y asistíamos juntas a sus reuniones»<sup>15</sup>.

Edith Stein escuchaba con entusiasmo a Max Lehmann, discípulo de Ranke, y se alegraba de «pensar en europeo, a su estilo». Estaba orgullosa de ser, gracias a él, «nieta» académica del historiador Ranke. Pero ella aspiraba a la justicia. Las ocasionales indirectas contra el prusianismo de Max Lehmann, que prefería el imperialismo inglés, reafirmaron a Edith Stein en su predilección por el prusianismo.

Su meta era el conocimiento de la unidad de la persona humana. Estas palabras muestran la profundidad de sus aspiraciones histórico-espirituales: «Sólo quien se experimenta a sí mismo como persona, como un todo pleno de sentido, puede comprender a los otros. Y comprendemos igualmente por qué Ranke quería eliminar su individualidad, para ver las cosas tal como han sido... La individualidad es la estructura de la vivencia individual. En ella ha sabido reconocer el gran maestro de la comprensión la fuente de errores cuyo peligro nos amenaza. Si la aceptamos como medida entonces nos encerramos en la prisión de nuestra particularidad; los demás se convierten para nosotros en un enigma o, lo que es peor, los modelamos según nuestra imagen, falseando así la verdad histórica»<sup>16</sup>.

La pasión que dominaba a Edith Stein era su aspiración a la «Maestría de la comprensión».

<sup>15</sup> E. STEIN, *Jüdische Familie*, pp. 125, 126 y 127.

<sup>16</sup> EDITH STEIN, *Zum Problem der Einfühlung, Inaugural-Dissertation*, Halle, 1917, reimpr. Kaffke, Munich, 1980, p. 129. (En lo sucesivo abreviado: E. STEIN, *Einfühlung*).

Desde una represión de su yo, quería alcanzar mediante un ofrecimiento comprensivo y espiritual una escala objetiva de valores. Como tema de doctorado escogió *Sobre el problema de la empatía*. Decidió proponerle el tema al profesor Husserl y pensó en dejar el Examen de Estado para más adelante. Vio claro que no podía dejar Gotinga. Había venido para un semestre, pero ¡cuánto había cambiado en ella desde entonces; «Cuanto más se acercaba el final del semestre, tanto más impensable era para mí la idea de tener que irme entonces y no volver. Esos meses que quedaban atrás no eran un episodio aislado, sino el inicio de una nueva etapa en mi vida»<sup>17</sup>. ¿Cómo explicaría Edith Stein la nueva situación a su familia? ¿No había hecho su madre suficiente esfuerzo para ese semestre en Gotinga? Inesperadamente vino en su ayuda el profesor Lehmann. Su trabajo para el seminario de historia le había gustado tanto que le propuso adaptar su ponencia como trabajo para el Examen de Estado. Edith Stein no podía rechazar esta oferta. Ciertamente alteraba todos sus planes precedentes, pero ahora sería más fácil convencer a la familia de que tenía que permanecer en Gotinga.

Husserl se sorprendió cuando Edith Stein le solicitó el tema de doctorado. «¿Tan avanzada está usted ya?», le preguntó. Husserl estaba acostumbrado a largos períodos de trabajo con sus doctorandos. Inexorablemente exigía previamente el Examen de Estado. Le parecía indispensable para la filosofía una sólida familiaridad con los métodos de las otras

---

<sup>17</sup> E. STEIN, *Jüdische Familie*, p. 198.

ciencias. Esto le costó a Edith, pero se propuso enfrentarse primero con su Promoción. Lo principal era que debía permanecer en Gotinga y así proyectó sus próximos planes. En su diario leemos: «Si tenía que hacer el Examen de Estado antes del doctorado, quería quitármelo cuanto antes de encima. Tenía ahora cinco semestres hechos. Con esto no podía inscribirme aún para el examen. El mínimo exigido era de seis, pero procedía de tiempos antiguos, cuando aún no había tanta materia que dominar. Ahora la mayoría de la gente se tomaba un tiempo de ocho a diez semestres. En mi caso no podía ser así. Mi decisión estaba tomada: el invierno siguiente debía estar listo el proyecto del trabajo sobre la empatía, y debía avanzar con la preparación de la prueba oral de tal modo que al final del semestre pudiera inscribirme para el examen»<sup>18</sup>.

---

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 191.

### III. ¿Qué es la verdad?

En 1913 Husserl publicó sus *Ideas sobre una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. Edith Stein escribe: «Las *Investigaciones lógicas* dieron ante todo la impresión de que aparecían como un alejamiento radical del idealismo crítico de corte kantiano y neokantiano. En ellas se vio una "nueva escolástica", porque la mirada se apartaba del sujeto para dirigirse a las cosas: el conocimiento parecía ser de nuevo un recibir que obtenía sus leyes de las cosas y no, como en el criticismo, una determinación que imponía a las cosas sus leyes. Todos los jóvenes fenomenólogos eran realistas convencidos. Las *Ideas*, empero, contenían algunas reorientaciones, como si el maestro quisiera volver al idealismo. Lo que nos dijo de palabra como aclaración, no podía apaciguar los pensamientos. Era el inicio de una evolución que conducía a Husserl cada vez más, en lo que él llamaba

idealismo trascendental, ... a vislumbrar el auténtico núcleo de su filosofía y a emplear todas las energías en su fundamentación; un camino por el que sus antiguos alumnos de Gotinga, a pesar suyo y de él mismo, no podían seguirle»<sup>1</sup>.

Edith Stein se preguntaba si esta filosofía seguía constituyendo un camino para ella. Su idealismo fenomenológico fue sacudido, como antes lo fue su predilección por la psicología experimental. Edith Stein tuvo que comprender que «la filosofía como ciencia estricta» no satisfacía sus exigencias ideales. Seguía siendo en su «estado actual... un fragmento, y a él correspondían todos los errores, rodeos y deformaciones en los que el espíritu humano ha incurrido con sus esfuerzos»<sup>2</sup>. En aquel conocimiento que se abría paso lentamente, fue para Edith Stein de incalculable importancia el encuentro con dos personas.

En Gotinga conoció al fenomenólogo Max Scheler. Su «filosofía visionaria» dejó en ella una profunda huella. Scheler venía de Munich, era judío converso, y en la época en que Edith Stein asistía a sus lecciones estaba imbuido de la belleza del mundo de la fe católica. Su obra *El formalismo en la ética y la ética material de los valores* influyó en la vida del espíritu más profundamente aún que las *Ideas* de Husserl. Los jóvenes fenomenólogos se apiñaban alrededor de él. En comparación con la objetividad de Husserl, él tenía algo de fascinante. «Nunca después —escribe Edith Stein— he vuelto a

<sup>1</sup> E. STEIN, *Jüdische Familie*, p. 174.

<sup>2</sup> E. STEIN, *Endliches und Ewiges Sein*, pp. 16 y 17.

encontrar el “fenómeno de la genialidad” tan claramente. Sus grandes ojos azules brillaban con el resplandor de un mundo superior. Su rostro era hermoso y de facciones nobles, pero la vida había dejado en él huellas devastadoras»<sup>3</sup>. La apasionada intuición de Scheler, su «sentido de los valores», que dinamita todos los sistemas, conceptos y aprioris<sup>4</sup> para revelar la plenitud del ser «a los ojos que miran y al corazón capaz de sentir comprensivamente», puso a Edith Stein en contacto con un mundo desconocido para ella.

El redescubrimiento scheleriano de lo cristiano colocó a nuestra fenomenóloga ante hechos que exigían una respuesta. Una conocida de Edith Stein cuenta: «El fenomenólogo de Munich [Scheler] daba entonces en Gotinga unas conferencias vespertinas sobre cuestiones religiosas, p.e. acerca de la esencia de lo santo. Fueron todo un acontecimiento en la pequeña ciudad universitaria, y supusieron un impulso para el movimiento católico que entonces atravesaba inconfundiblemente los círculos de alumnos de Husserl y Reinach. Eso nos impresionó mucho, aunque éramos todavía unas niñas. No hablamos nunca entre nosotras de la conversión y sin embargo, para mí y para ella, esto supuso desde luego un primer impulso hacia el camino de la conversión»<sup>5</sup>.

Con genial insistencia Scheler mostró a Edith

<sup>3</sup> E. STEIN, *Jüdische Familie*, p. 182.

<sup>4</sup> ERICH PRZYWARA SJ, *Edith Stein*, en: In und Gegen, Verlag Glock und Lutz, Nürnberg, 1955, p. 49 (en lo sucesivo abreviado: E. PRZYWARA, *Edith Stein*).

<sup>5</sup> POSSELT, p. 47.

que sólo la religión convertía a la persona en persona. La humildad era para él el fundamento de la aspiración moral, que no tenía otra misión sino conducir al hombre a un abandonarse en Dios, a una nueva resurrección.

Nadie había hablado así a Edith Stein hasta entonces. No se dejó deslumbrar por la fascinante y poderosa vehemencia de Scheler, pero el contenido de verdad de sus expresiones la impresionó profundamente. «Era mi primer contacto con un mundo hasta entonces totalmente desconocido para mí. Aún no me llevó a la fe. Pero me descubrió un ámbito de “fenómenos” que en lo sucesivo ya no podían seguir pasando desapercibidos para mí»<sup>6</sup>. La confrontación con el mundo cristiano le descubrió las exigencias de su corazón, la pregunta por lo eterno que brilla en las cosas.

En Gotinga Edith Stein hizo amistad con Eduard Metis, un judío ortodoxo y fiel cumplidor de la ley. Cursaban juntos la asignatura de alemán y leyeron el texto de los Evangelios de Ulfila. Edith Stein cuenta de aquella época: «Cuando más tarde, en Gotinga, comencé a ocuparme de cuestiones religiosas, le pregunté en cierta ocasión a Metis por su idea de Dios; si creía en un Dios personal. El contestó escuetamente: “Dios es espíritu. Sobre eso no hay nada más que decir”. Fue para mí como si hubiese recibido una piedra en lugar de pan»<sup>7</sup>.

En el trabajo de doctorado de Edith Stein leemos: «Cuando endopáticamente topamos con

<sup>6</sup> E. STEIN, *Jüdische Familie*, p. 183.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 142.

ámbitos de valores desconocidos para nosotros, nos hacemos conscientes de una carencia o un disvalor propio»<sup>8</sup>. El hombre scheleriano, que ora y busca a Dios, ¿no era ella misma? Scheler quitó a Edith Stein una venda de los ojos y ella no se apartó del camino de la nueva realidad. «No en vano se nos insistía continuamente en que debíamos abandonar todos los prejuicios; en que debíamos arrojar todas las anteojeras. Las limitaciones de los prejuicios racionalistas cayeron sin yo saberlo, y el mundo de la fe se alzó de pronto ante mí. Personas con las que yo diariamente trataba, a las que yo admiraba, vivían en él. Debía merecer por lo menos un atento examen»<sup>9</sup>.

El *Privatdozent* Adolf Reinach era una de las personas que suscitaban la admiración de Edith Stein. Era la mano derecha de Husserl, el lazo de unión entre maestro y discípulos, ya que —a diferencia de Husserl— sabía tratar muy bien a las personas. «Con él no se trataba de un mero enseñar y aprender, sino de un buscar juntos... de la mano de un guía seguro»<sup>10</sup>. El eminente profesor dejaba en todos los fenomenólogos una huella imborrable. Hedwig Conrad-Martius llamaba a Reinach «nuestro muy querido y joven profesor, un protofenomenólogo». Por medio de él y de su mujer recibió Edith Stein un decisivo impulso. Lo que Scheler enseñaba, lo vivía Reinach. Sobre el primer encuentro con él escribe Edith Stein: «Después de esta primera conversación, yo estaba contentísima y llena de una

profunda gratitud. Para mí era como si nunca me hubiese encontrado con una bondad de corazón tan pura. El que sus subordinados y sus amigos le mostraran cariño, me parecía evidente. Pero ahí subyacía algo completamente distinto. Fue para mí una primera mirada a un mundo totalmente nuevo»<sup>11</sup>.

Para Edith Stein al semestre de verano de 1913 siguió un semestre de invierno de fecundo trabajo en común. Sus amigas habían dejado Gotinga y sus problemas filosóficos eran para ella como una pesadilla. Supo lo que era la desazón de la duda, y sobre ello dice. «Por primera vez me salió al encuentro allí lo que posteriormente he experimentado en todos los trabajos: que los libros no me servían de nada mientras no hubiese elucidado con mi propio esfuerzo los temas en cuestión. Esa búsqueda de claridad se llevaba a cabo en mí en medio de grandes tormentos y no me dejaba descanso ni de día ni de noche. En aquella época se me olvidó lo que era dormir. Cada vez me metía más en una auténtica duda. Era la primera vez en mi vida que estaba ante algo que no podía doblegar con mi voluntad. Sin saberlo, se me habían grabado muy profundamente las máximas de mi madre: "Quien quiere puede" y "A quien se lo propone, Dios le ayuda". A menudo me había ufanado de tener una cabeza más dura que los más gruesos muros; pero ahora me hería la frente sin que la inexorable pared quisiera ceder. Aquello me llevó tan lejos que la vida me parecía insoportable. A menudo me decía a mí misma que nada tenía

<sup>8</sup> E. STEIN, *Einfühlung*, p. 130.

<sup>9</sup> E. STEIN, *Jüdische Familie*, p. 183.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 195.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 173.

sentido. Si no terminaba la tesis doctoral, para el examen me alcanzaría de sobra, y si no podía ser una gran filósofa, quizá sí una maestra de provecho. Pero las razones de la cabeza no me ayudaban. Ya no podía andar por las calles sin desear que me atropellara un coche. Y cuando hacía una excursión, deseaba despeñarme y no regresar viva. Nadie se imaginaba lo que me sucedía. En la Sociedad Filosófica y en el seminario de Reinach estaba contenta con el trabajo en grupo; sólo temía el final de aquellas horas en las que me sentía protegida y volver a empezar mis luchas en solitario»<sup>12</sup>.

Edith Stein, otrora dueña de sí misma, se sentía internamente insegura, abandonada. Reinach vino de nuevo en su ayuda. La animó a continuar su trabajo y su comprensión disipó las sombras. Edith Stein conoció en la mujer y la hermana de Reinach a dos personas que no reparaban en ella, sino a las que ella tenía que mirar con admiración, y que sobrellevaban su trabajo con una seguridad que a ella se le escapaba. Siempre acostumbrada a aconsejar, a dar, ahora, a la luz de aquellos encuentros, tomó conciencia de sus tremendas deficiencias personales. «Aún no había alcanzado aquel grado de claridad en el que el espíritu puede descansar en una merecida visión, desde la cual ve abrirse nuevos caminos y avanza con seguridad. Andaba a tientas, como en la niebla»<sup>13</sup>.

Durante la guerra, que estalló en 1914, Reinach se hizo bautizar junto con su mujer. Desde el frente escribió que en lo sucesivo quería únicamente

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 197-198.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 201.

filosofar para llevar a los hombres a la fe. Varios fenomenólogos siguieron la misma dirección. «Por el momento, aún no llegué a dedicarme sistemáticamente a las cuestiones de la fe; estaba demasiado saturada para ello con otras cosas. Me contentaba con aceptar sin oposición las sugerencias de mi entorno, y por ellas, casi sin darme cuenta, me fui transformando»<sup>14</sup>.

La preparación del trabajo de doctorado y la culminación del Examen de Estado, en Enero de 1915, exigían gran concentración. En las profundidades, sin embargo, proseguía imparablemente la «transformación». El entendimiento de Edith Stein demoraba la decisión, pero no podía cerrarse ya más tiempo a la posibilidad de la existencia de Dios. Muchos de sus amigos fueron llamados a filas y ella tampoco quiso quedar postergada por el valor de los soldados. Algunas estudiantes se alistaron en los hospitales de campaña.

Edith Stein se decidió por el hospital de Mährisch-Weiskirchen. «Ya no tengo vida propia —escribe—, todas mis fuerzas se deben al gran acontecimiento. Cuando la guerra haya pasado, y si para entonces aún vivo, podré pensar en mis asuntos privados... Naturalmente, me puse en situación de disponibilidad incondicional. No tenía otro deseo que el de salir lo más pronto y más lejos posible, preferiblemente al frente, a un hospital de campaña»<sup>15</sup>.

Edith Stein cuidaba con gran esmero a los soldados del ejército austriaco, enfermos de tifus,

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 183.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 214.

disentería y cólera. Una de sus amigas, Margarete Behrens, escribe: «Estábamos muy contentas de poder ayudar y aliviar el sufrimiento en la medida de nuestras posibilidades. Edith Stein hacía su trabajo callada, silenciosa y con gran esmero. Las enfermeras con titulación no nos hacían fácil el trabajo, quizá para hacernos sentir que nuestros "estudios superiores" en la universidad no servían para nada comparados con sus conocimientos y su destreza en el cuidado de los enfermos, en lo cual, naturalmente, tenían razón. Pero no nos dejábamos avasallar por eso»<sup>16</sup>. De uno de los médicos de Mährisch-Weisskirchen cuenta Edith Stein: «Sólo había un médico germano de servicio con nosotras, el Dr. Scharf, un austriaco muy simpático. Trabajaba bien y siempre me alegraba cuando me tocaba ayudarlo. También solía intercambiar un par de palabras conmigo, cuando el trabajo estaba resuelto. Pronto se enteró de lo que yo era en la vida civil. No lo mantuve más en secreto... El Dr. Scharf quiso saber entonces por qué había interrumpido mis trabajos científicos y había venido allí. (Todos parecían asombrarse de eso). Yo le expliqué que mis compañeros de estudio estaban en el frente, y que no veía por qué había de tenerlo yo mejor que ellos. Eso pareció causarle una gran impresión»<sup>17</sup>.

Edith Stein era por naturaleza un «genio de la amistad». Su amabilidad, su servicialidad y autodominio la hacían apta para ello. Siempre estuvo ligada a un numeroso y siempre creciente círculo de

---

<sup>16</sup> Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.

<sup>17</sup> E. STEIN, *Jüdische Familie*, p. 250.

amigos. Sus compañeros de estudios apreciaban su estilo tranquilo y objetivo. Una de sus amigas, Lili Berg-Platau, diría de ella que era la persona más bondadosa que había encontrado en esta vida. Las experiencias de fe hicieron a Edith Stein más modesta, más bondadosa, más consciente de su propia necesidad. «Seguía siendo tan joven como cuando la conocí; pero ya entonces mostraba una personalidad madura; tan modesta, tan humilde y sencilla; nunca apabullaba con sus conocimientos y su profundo saber; tan discreta que no daba la sensación de estar por encima»<sup>18</sup>.

Por su desinteresada actuación en el hospital de campaña, Edith Stein fue distinguida con la Medalla al Valor. La comunidad de destino en medio de una amenaza mortal, le enseñó que lo último no es el conocimiento, sino la entrega personal. Aunque tras cumplir su servicio en el hospital se entregó de nuevo intensamente al trabajo científico, escribía de aquella época: «En medio de toda mi entrega, llevaba en el corazón la esperanza de un gran amor y de un matrimonio feliz. Sin tener conocimiento alguno de la doctrina y la moral católicas, estaba sin embargo totalmente imbuida del ideal católico del matrimonio. Sucedió que entre los jóvenes con los que salíamos, uno me gustaba mucho, y me lo imaginaba como el futuro compañero de mi vida. Pero de ello apenas nadie notó nada, de modo que a los ojos de la mayoría de las personas bien podía yo pasar por una persona fría e inaccesible»<sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup> Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.

<sup>19</sup> E. STEIN, *Jüdische Familie*, p. 154.



#### IV. Asistente de Husserl

En 1916 Husserl fue llamado a ocupar una cátedra en la universidad de Friburgo. Escogió a Edith Stein como asistente, pues sabía valorar su ayuda objetiva. Primero Edith se doctoró el verano de 1916, obteniendo la calificación *Summa cum laude*. Después tuvo que introducir a los estudiantes de Friburgo, aún no familiarizados con el método fenomenológico, en el nuevo ámbito de cosas con unos pro-seminarios. Además trabajaba mucho en la revisión de los manuscritos estenografiados de Husserl.

A finales de 1917 le llegó una dolorosa noticia. Adolf Reinach, el amigo de los fenomenólogos, había caído en los campos de batalla de Flandes. Edith Stein experimentó una gran tristeza, y pensaba en la mujer de Reinach. Desde Gotinga le llegó el ruego de encargarse de ordenar el legado de Reinach. Edith Stein temía volver a ver a la viuda.

Su interior estaba destrozado: Reinach, el punto central del círculo de Gotinga junto con Husserl, ya no estaba. Por su bondad pudo ella echar una mirada a aquel mundo que le parecía cerrado. El recuerdo no la ayudaba. ¿Qué podría decirle a su desconsolada esposa? Edith Stein no podía creer en una vida eterna. Pero entonces, como un rayo de aquel reino oculto, la alcanzó la resignada actitud de la mujer de Reinach. La viuda no estaba destrozada. En medio del sufrimiento estaba llena de una esperanza que la consolaba y daba paz. Ante esta experiencia, los argumentos racionales de Edith Stein se quebraron. No fue un conocimiento claro, sino un roce con la esencia de la verdad, lo que la transformó. La fe brilló para ella en el misterio de la cruz. Aún restaba un largo camino hasta que logró extraer todas las consecuencias de esta vivencia. Para una intelectual como Edith Stein era difícil romper todos los puentes y aventurarse a dar el salto hacia la nueva vida. Pero aquel impulso fue tan grande que aún poco antes de su muerte hablaba al P. Hirschmann SJ de esta experiencia. «Ese fue mi primer encuentro con la cruz y con la fuerza divina que transmite a los que la llevan. Vi por primera vez la Iglesia nacida de la Pasión del Salvador, venciendo palmariamente ante mí sobre el aguijón de la muerte. Fue el momento en que mi incredulidad se rompió y resplandeció Cristo. Cristo en el misterio de la cruz»<sup>1</sup>.

Edith Stein comenzó a leer el Nuevo Testamento preguntándose si debería convertirse al catolicismo

<sup>1</sup> POSSELT, p. 49.

o al protestantismo. Se daba cuenta de que había descubierto un mundo que se escapaba al estudio y a la investigación filosófica. En las «casualidades» inadvertidas de la vida, descubrió de pronto la sabia providencia de Dios. Retrospectivamente escribe: «Tengo planeada una determinada carrera y me busco para ello una universidad que me promete un especial desarrollo en mi campo... El que conociera en aquella ciudad a una persona que "casualmente" también estudiaba allí, y el que un día "casualmente" me pusiera a hablar con ella de cuestiones ideológicas, no me parece por de pronto una relación plenamente comprensible. Pero cuando años después pienso en mi vida, veo claro que aquella conversación tuvo un influjo decisivo en mí, quizá "más esencial" que toda la carrera; y se me ocurre que quizá "Precisamente por eso tenía que ir" a aquella ciudad»<sup>2</sup>. Sobre su transformación personal dice: «Había aprendido que sólo rara vez se mejora a las personas diciéndoles la verdad. Eso sólo puede ayudar cuando tienen un deseo auténtico de ser mejores, y cuando le conceden a uno el derecho a la crítica»<sup>3</sup>.

Edith Stein había experimentado los impulsos más importantes para su orientación religiosa en Gotinga. En Friburgo su búsqueda se hizo más profunda. Su actividad como asistente de Husserl coincidió con las sacudidas de una guerra mundial que terminaba sin esperanzas. Los hombres estaban llenos de pesimismo y abatimiento. La desesperación

y el suicidio aumentaban. Edith vivió la muerte voluntaria de un conocido. Una carta de aquella época muestra su valor y su sana afirmación de la vida, con la que ella creía, en medio de la oscuridad más absoluta, en la victoria de la verdad. «Te ruego encarecidamente, que cuides de Rosa en la medida que puedas. Es lo peor que podría sucederle. Naturalmente es muy distinto el que se trate de una muerte natural o voluntaria... que es mucho más dura para nosotros. Pero hay que soportarlo y tratar de entender para qué es bueno. Me duele realmente hallar en ti y en Rosa inclinaciones tan explícitamente pesimistas. Quisiera infundiros algo de lo que me da nuevas fuerzas tras cada golpe. Sólo puedo decir que, después de todo lo que he hecho en el último año, afirmo la vida con más fuerza que nunca. Te mando un artículo de Rathenau para que veas que otra gente piensa lo mismo que yo sobre las perspectivas de la guerra. A veces creo que hay que hacerse a la idea de que no se conocerá el fin de la guerra. Y aun entonces no hay que desesperar. Hay que limitarse únicamente al pedacito de vida que uno mismo puede abarcar, y a lo que aparece en la superficie claramente accesible. Es seguro que estamos en un punto crucial del desarrollo de la vida del espíritu humano, y no hay que quejarse si la crisis dura más de lo conveniente según el criterio de cada uno en particular. Todo lo que ahora es tan terrible, y que no voy a disimular por cierto, el es espíritu que hay que superar. Pero el nuevo espíritu está ya ahí y se impondrá sin duda. Lo tenemos bien visible en la filosofía y en los comienzos de un nuevo arte en el expresionismo.

<sup>2</sup> E. STEIN, *Endliches und Ewiges Sein*, p. 109.

<sup>3</sup> E. STEIN, *Jüdische Familie*, p. 161.

Y del mismo modo que el naturalismo y el materialismo han sido vencidos aquí, así también lo serán —aunque despacio y tras dolorosos combates— en todos los otros aspectos de la vida. Se percibe también el mismo deseo en las luchas políticas y sociales, en las que los motivos impulsores son muy distintos de los desabridos eslóganes que la gente emplea para ellos. Bueno y malo, conocimiento y error están mezclados por todas partes, y cada uno ve en su lado sólo lo positivo, y en los otros lo negativo. Tanto los pueblos como los partidos. Todo se agita ahora fuera de sí, y quién sabe cuándo tendremos de nuevo un poco de paz y claridad. En cualquier caso, la vida es demasiado complicada como para arremeter contra ella con un plan de reforma mundial hábilmente diseñado, y prescribirle definitivamente y sin rodeos cómo ha de ir. Ya ves que no hay nada contra ti. Y me darás la razón. Sólo quisiera llevarte la confianza de que la evolución, cuyo camino sólo prevemos dentro de límites modestos, y que podemos determinar en unos márgenes aún mucho más modestos, es, en último término, un bien»<sup>4</sup>.

Edith Stein se enfrentaba serenamente a la situación de su época. Esperaba la salvación a partir de la autolimitación y de un paciente saber esperar. Había que sobrellevar la realidad de la vida a pesar de todas las dificultades. Esta afirmación de la vida

---

<sup>4</sup> EDITH STEIN, *Selbstbildnis in Briefen*, I parte, 1916-1934, Obras de Edith Stein, t. VII, De Maas und Waler, Druten/Herder, Freiburg-Basel-Wien, 1976, Carta 24, pp. 35-36 (en lo sucesivo abreviado: E. STEIN, *Briefe* I).

no podía garantizarse con las solas fuerzas naturales. En Edith Stein ésta se alimentaba de aquel «descansar en Dios» que al hacerse creyente a veces experimentaba. Su encuentro con Cristo había avivado en ella un deseo interior que más tarde expresó con estas palabras: «Mi deseo de la verdad era una única oración»<sup>5</sup>.

Las experiencias de fe se convirtieron en fuente de nuevos sufrimientos. Edith Stein creía en Dios, creía también en Cristo, pero vacilaba ante el último paso, ante el salto de la conversión. A ello se unían experiencias dolorosas y personales, y el comprender que ya no podría seguir a Husserl. Su lucha interna se reflejó en sus trabajos científicos. Los títulos *Causalidad Psíquica, Individuo y comunidad* o *Una investigación sobre el Estado*, manifiestan lo que se jugaba Edith Stein. Manejaba brillantemente el método fenomenológico para analizar estrictamente un material dado penetrando hasta el fondo. Con ello las vivencias, los estados de conciencia, la estructura del «alma», quedan explicados en el ámbito material y espiritual. Es llamativo el que el problema de la fe se mencione siempre en conexión con un estado de agotamiento provocado por los golpes del destino. Con el ropaje de una exposición objetiva Edith Stein describe su propio sino, su lucha con la «sombra de muerte» y su íntima aspiración a la «vida». «Yo puedo suspirar por la fe religiosa, esforzarme por ella y, sin embargo, no tiene por qué dárseme. Puedo

---

<sup>5</sup> POSSELT, p. 55.

sumergirme en la inmensidad de un carácter sin lograr suscitar la admiración que se le debe»<sup>6</sup>.

Antes de que se produjera su entrega a Dios, Edith Stein tuvo que sufrir la inclemencia de una noche espiritual. La que en otro tiempo fuera tan decidida, estaba paralizada en el querer y privada de toda actividad. Esta «calma mortal» le impedía responder adecuadamente al «torrente» del mundo objetivo, a la llamada de Dios. Habla de falta de fuerzas para pensar, de incapacidad para amar bien. Lo que no la abandonó fue este «torrente», esta experiencia interior de Dios, que percibía precisamente en el agotamiento más extremo. «Hay un estado de descanso en Dios, de suspensión total de toda actividad espiritual, en el que no se hacen planes de ningún tipo, no se sacan conclusiones, sino que se abandona todo lo porvenir a la voluntad de Dios, se entrega totalmente al destino. A este estado he accedido en parte, después que un acontecimiento que supera mis fuerzas ha consumido por completo mis energías vitales y me ha privado de toda actividad. Este descansar en Dios es, con respecto a la negación de la actividad por carecer de energía vital, algo totalmente nuevo y singular. Aquello era calma mortal. En su lugar, aparece ahora el sentimiento de estar protegida... y en la medida en que me entrego a ese sentimiento, comienza a llenarme cada vez más una nueva vida...

---

<sup>6</sup> EDITH STEIN, *Psychische Kausalität, Beiträge zur Philosophischen Begründung der Psychologie und der Geisteswissenschaften*, en: *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*, t. V, Niemeyer, Halle, 1922; (2a. edición sin modificaciones Tubinga, 1970), p. 43.

Esta corriente vivificadora aparece como emanación de una actividad que no es mía »<sup>7</sup>.

Las circunstancias externas de la vida de la filósofa contribuyeron a domeñar su exacerbado intelecto. Pero su entendimiento no se rendía tan fácilmente. La lucha proseguía. «Un ateo convencido llega a descubrir la existencia de Dios en una experiencia religiosa. No puede sustraerse a la fe, pero no se coloca a sus pies, no la deja hacerse eficaz en él; él permanece firme en su "visión científica del mundo", que una fe sin alteraciones echaría por la borda... O bien una persona despierta en mí simpatía; pero no quiero reconocerlo internamente, la evito»<sup>8</sup>.

A través de experiencias de amor humano, Edith Stein conoció el divino. La revelación de Dios no tuvo lugar inmediatamente, sino que se transparentó a través del «fenómeno» de la persona que irradiaba a Dios. Estas palabras de Edith Stein nos permiten entrever cuán acuciantes eran sus necesidades: «Me propongo algo: hacer un viaje el año que viene, trasladarme a otra ciudad, concluir un trabajo comenzado, etc., y enfoco toda mi vida presente a la luz de esos planes de futuro. Pero en el fondo estoy convencida de que se presentará algún acontecimiento que echará abajo todos mis planes. A esta fe auténtica y viva yo le niego mi consentimiento y no le dejo hacerse operante en mí»<sup>9</sup>. Dios había tocado a Edith Stein en el fondo del «núcleo de su personalidad», esa posesión

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 76.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 43-44.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 44.

intransferible de la persona espiritual alrededor de cuya profundización intelectual gira toda su filosofía. Pero «esta esfera interior, apartada de todas las influencias, no sólo es inaccesible a los influjos exteriores, sino también a la autoeducación... si se produce un cambio en esta esfera, no es el resultado de una "evolución", sino que ha de verse como una "fuerza trascendente", es decir, exterior a la persona y a toda causalidad natural»<sup>10</sup>.

La fe había orientado la vida de Edith Stein en una nueva dirección. Pero el asentimiento del entendimiento no bastaba para la aceptación de la fe. Dios es un amante que reclama del amado la entrega de la voluntad. Sólo en el amor se produce la transformación. Edith Stein parecía temer esa entrega porque el entendimiento planteaba objeciones. «Hizo sus planes». Quería dejar Friburgo y habilitarse en Gotinga. Husserl le escribió una brillante recomendación, pero su influencia era limitada. Los daños de la guerra perdida y la inseguridad política, no propiciaban la actividad docente de una mujer, que en los años de la posguerra era algo novedoso. Su proyecto no tuvo éxito.

Edith Stein se trasladó a Breslau en 1919 para proseguir sus trabajos científicos y esperar tiempos mejores. Junto a esto, se interesó por la política y tomó parte activa en ella. Sus tratados sobre *Individuo y comunidad* y sobre el Estado, reflejaban su pensamiento sobre los problemas de su época. Investigaba el puesto del individuo con respecto a

la comunidad y viceversa, y planteaba cuestiones religiosas. Sobre todo asignaba al Estado la limitación de no poder ser portador de valores religiosos, y no poder, por tanto, tener derecho a inmiscuirse en la esfera religiosa personal del hombre. Es como si Edith Stein, a la vista de los acontecimientos rusos de 1917, hubiera tenido una premonición de los males futuros de los regímenes ateos en Europa. El resultado de sus investigaciones fue el conocimiento de la "indisoluble unidad" de la persona humana, que se halla en relación espiritual con las realidades dadas.

Junto a sus trabajos filosóficos, Edith Stein impartía clases particulares de fenomenología en Breslau, y seguía empeñada en una clarificación definitiva de sus preguntas religiosas. En una visita a la catedral de Frankfurt tuvo una vivencia que le impresionó profundamente: «Entramos en la catedral unos minutos y, mientras estábamos allí en respetuoso silencio, entró una mujer con la cesta de la compra y se arrodilló en un banco para orar brevemente. Para mí era algo totalmente nuevo. A las sinagogas y a los templos protestantes que yo había visitado sólo se iba para los actos de culto. Pero aquí alguien acudía en medio de las ocupaciones diarias a una iglesia vacía, como para una conversación familiar. Eso no lo he podido olvidar nunca»<sup>11</sup>.

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 210.

---

<sup>11</sup> E. STEIN, *Jüdische Familie*, p. 282.

## V. Bautismo

Además del evangelio, Edith se ocupaba con la lectura del filósofo de la religión danés Sören Kierkegaard. Leyó su *Ejercitación del cristianismo*. Pero la insistencia de Kierkegaard en el hombre solo ante Dios, su visión de la fe contemplada sólo como audacia, como salto a lo desconocido, no la satisfacía. El verano de 1921 tuvo lugar el cambio «que puso fin a la larga búsqueda de la fe verdadera». Edith Stein pasaba a menudo largas temporadas en la finca de sus amigos, el matrimonio Conrad-Martius, en Bergzabern. Hedwig Conrad-Martius escribe: «Era natural que nos visitara durante semanas, a nosotros como a otros fenomenólogos, allí donde nos habíamos establecido. Sus amigos eran los nuestros. Nuestros amigos eran los suyos... La última vez que Edith estuvo con nosotros, nos encontrábamos las dos en una crisis religiosa. Ibamos las dos como subiendo a un

estrecho picacho muy juntitas, atentas en todo momento a la llamada de Dios. Y ésta se produjo, aunque nos condujo en direcciones confesionalmente diferentes»<sup>1</sup>. Una tarde de verano, Edith Stein fue a buscar algo para leer en la librería de sus amigos. Los dos cónyuges habían salido; Edith Stein estaba sola. El título del libro escogido rezaba: *Vida de Santa Teresa de Jesús*, una autobiografía. Edith Stein se puso a leer, y leyó durante toda la noche; cuando finalmente cerró el libro se dijo: «¡Aquí está la verdad!».

Edith Stein halló en la autobiografía de Teresa la exposición de experiencias propias. Dios no es el Dios de la ciencia; Dios es amor. Sus misterios no puede resolverlos el entendimiento deductor y prepotente, sino la entrega. Teresa de Avila no era solamente una mística. Es también psicóloga y maestra del conocimiento de sí mismo. Sabe conjugar el ardor místico con una pedagogía realista. Los «prejuicios metafísicos» de Edith Stein, su temor al encuentro con Dios, desaparecieron ante el hecho de que «nadie ha calado tan hondamente en las profundidades del alma como las personas que han abarcado el mundo con un corazón ardiente para ser después liberados de los lazos por la mano poderosa de Dios y conducidos al propio interior, y a lo más íntimo»<sup>2</sup>. Teresa no ve

<sup>1</sup> Hedwig Conrad-Martius, en E. STEIN, *Briefe an Hedwig Conrad-M.*, pp. 65 y 72.

<sup>2</sup> E. STEIN, *Die Seelenburg*, en: *Welt und Person, Beitrag zum christlichen Wahrheitsstreben*, Edith Steins Werke, t. VI, Nauwelaerts-Louvain/Herder-Freiburg, 1962, p. 66 (en lo sucesivo abreviado: E. STEIN, *Welt und Person*).

sólo los «fenómenos», «la fluctuante superficie de la vida del alma», sino que memoria, entendimiento y voluntad, la esencia del alma, son para ella datos de experiencia irrefutables. Edith Stein comprobó que «lo más íntimo y propio» del alma no es una incógnita que la ciencia postula para explicar los hechos anímicos, «sino algo que puede iluminarnos y hacerse experimentable, aun cuando permanece siempre misterioso»<sup>3</sup>. En aquella lectura tuvo acceso a esa iluminación.

Lo que Teresa encontró en Agustín, lo experimentó Edith Stein en ella: «¡Oh, válgame Dios, cómo me espanta la reciedumbre que tuvo mi alma, con tener tantas ayudas de Dios! Yo me admiro ahora de cómo podía vivir en tanto tormento. Háceme estar temerosa lo poco que podía conmigo y cuán atada me veía para no me determinar a darme del todo a Dios... Bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte... Pues ya andaba mi alma cansada, y aunque quería, no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenía»<sup>4</sup>.

Sea cual sea la «sombra de muerte», no tiene importancia en la conversión. Sea la sensibilidad en Agustín, la afición al trato mundano en Teresa o la ideología científica en Edith Stein, es necesario que el hombre reconozca la muerte que le priva de libertad para entregarse a Dios. La libertad y la verdad, para Edith Stein las más importantes

exigencias de la persona, se hallan igualmente acentuadas en Teresa. El punto desde el cual viene la salvación que transforma la tenaz resistencia interna, es, para Teresa, la oración mental. ¿No conocía Edith Stein desde hacía tiempo esta oración interior sin palabras? ¿Por qué no la había tomado en serio? Teresa contesta: «Porque no se acaba de dar junto [el ánima], no se nos da por junto este tesoro [del amor de Dios]»<sup>5</sup>. Hace falta gran valor para entrar por este camino, «pues muchos habrá que lo ha que comenzaron y nunca acaban de acabar; y creo es gran parte este no abrazar la cruz desde el principio»<sup>6</sup>.

De nuevo se topaba Edith Stein con el signo de la cruz. Teresa le enseñó a dejar descansar su entendimiento. Dios quiere hacerse el encontradizo con el hombre en el silencio y la soledad, lejos de consuelos mundanos: «Así que en estos tiempos de quietud, dejar descansar el alma con su descanso; quédense las letras a un cabo; tiempo vendrá que aprovechen al Señor y las tengan en tanto, que por ningún tesoro quisieran haberlas dejado de saber, sólo para servir a Su Majestad, porque ayudan mucho. Mas, delante de la Sabiduría infinita, créanme que vale más un poco de estudio de humildad... que toda la ciencia del mundo. Aquí no hay que argüir, sino que conocer lo que somos con llaneza y con simpleza representarnos delante de Dios, que quiere se haga el alma boba, como a la verdad lo es delante de su presencia, pues su

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 67.

<sup>4</sup> TERESA DE JESUS, *Libro de la Vida*, en Obras Completas, ed. de Fr. Tomás de la Cruz C.D., Monte Carmelo, Burgos 1984, caps. 8-9, pp. 77-78 (abreviado: TERESA DE JESUS, *Vida*).

<sup>5</sup> *Ibid.*, cap. 11, 3, p. 96.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 15, p. 106.

Majestad se humilla tanto que la sufre cabe sí, siendo nosotros lo que somos»<sup>7</sup>.

Cuando Dios «ha visto al alma cual avecita volar mucho rato, procurando con el entendimiento y voluntad y con todas sus fuerzas buscar a Dios y contentarle, quiérela dar el premio aun en esta vida. ¡Y qué gran premio, que basta un momento para quedar pagados todos los trabajos que en ella puede haber!»<sup>8</sup>... ¡Qué ceguedad tan grande la mía! ¿A dónde pensaba, Señor mío, hallar remedio sino en vos? ¡Qué disparate huir de la luz!»<sup>9</sup>. Edith se sabía aún al comienzo del camino, pero estaba impresionada por la amplitud que Teresa le había abierto. Estaba dispuesta a tomar sobre sí cualquier dificultad que estuviese aparejada con la nueva vida. Las palabras de Teresa la confortaron: «que con sola una gota que gusta un alma de el agua de este Reino, parece asco todo lo de acá. Pues cuando fuere estar engolfada en todo ¿qué será?»<sup>10</sup>.

Edith Stein se compró un catecismo y un misal católico. Tras haber estudiado ambos, asistió por primera vez a un oficio católico. En la parroquia de Bergzabern, el P. Breitling celebraba la eucaristía. Edith entendía todas y cada una de las ceremonias. Al acabar la misa, le pidió al sacerdote el Bautismo. Breitling se sorprendió y dijo a Edith que era necesaria una larga preparación. Ella no se dio por vencida y le pidió un examen. Lo pasó tan bien que

---

<sup>7</sup> *Ibid.*, cap. 15 8, pp. 146-147.

<sup>8</sup> *Ibid.*, cap. 18, 9 p. 175.

<sup>9</sup> *Ibid.*, cap. 19 10, p. 187.

<sup>10</sup> *Ibid.*, cap 12 1, p. 213.

fijaron el bautismo para el primero de Enero del año siguiente. A partir de entonces, la celebración de la Eucaristía fue el centro de su vida.

Edith Stein volvió a Breslau. Exteriormente nada había cambiado en su vida. Daba clases, investigaba y se dedicaba a su madre y a sus muchos sobrinos y sobrinas. Andaba pensando cómo podría explicarle a la familia su decisión, cuando conoció al profesor Günther Schulemann, que era capellán de la universidad y vicario de la catedral. Con él pudo hablar abiertamente de su conversión. Schulemann estaba impresionado por la modestia de Edith Stein, tras la cual se ocultaban sus vastos conocimientos. El no era ningún entusiasta de la fenomenología y le aconsejó estudiar a Tomás de Aquino. Ella se dejó aconsejar, no era «ni una fanática, ni una troglodita». Schulemann cuenta: «Su gran modestia era verdaderamente edificante. Ya entonces poseía un carácter tranquilo y sencillo, como el de una religiosa. Mi antigua patrona, que por lo demás no solía pasar por alto los defectos de las personas, repetía: ¡Esa sí que es una persona modesta! Con ella hay que portarse bien»<sup>11</sup>.

Para Edith supuso una gran ayuda la amistad con una filósofa judía a quien daba clases. Con ella hablaba de sus esperanzas y dificultades. La profesora Gertrud Koebner ofrece, en un sugestivo relato, una visión de la situación de Edith en aquella época.

«En el invierno de 1918, el profesor Julius Guttmann, docente de filosofía en la Universidad

---

<sup>11</sup> Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.



de Breslau y profesor mío de filosofía, me aconsejó familiarizarme con el método fenomenológico. El consideraba conveniente que estudiara un año con Husserl, pero, por razones personales, no podía alejarme de casa, y por suerte, según pudo saber el Prof. Guttmann, la Dra. Edith Stein había dejado a Husserl y venía a Breslau. Guttmann preguntó a la Dra. Stein si podría introducirme al método fenomenológico y procuró que nos conociésemos. El nombre de Edith Stein como filósofa ya era bien conocido en ambientes especializados, y el profesor Guttmann me dijo: "Si tiene usted la suerte de trabajar con ella, no podría haber encontrado una introducción mejor al método fenomenológico". Así conocí a la Dra. Edith Stein por mediación de Guttmann, y me sorprendí por su aspecto poco llamativo y por su lacónico porte. Pero ya en esta primera conversación general, en casa de un amigo común, me causaron gran impresión la profunda agudeza y claridad de sus parcas observaciones. Como Edith Stein apreciaba mucho al profesor Guttmann, su recomendación me ayudó, y quedamos entre nosotras para una especie de clases; yo iría dos veces por semana a su casa "a trabajar". Las horas en su escritorio eran severas; ella se tomaba el trabajo muy en serio y sabía explicarme con maravillosa eficacia las materias desconocidas para mí, siempre paciente, incansable, imparcial. En seguida pude apreciar qué maestra se me había concedido, y como Edith Stein tenía pensado quedarse en Breslau y quería dar sus "clases" concienzudamente, nuestras citas pronto se convirtieron en una institución estable. Al poco tiempo,

después de trabajar me invitaba a tomar una taza de té; con sus relatos comenzó a familiarizarme con el gran círculo de los fenomenólogos. Así conocí a Husserl y su escuela, sobre todo a la Dra. Conrad-Martius, su amiga íntima. En el círculo de Gotinga me sentía como en casa, sin haber visto a nadie. Huelga decir lo bien que sabía contar y caracterizar Edith. Ante mí se abrió un nuevo mundo. Con el tiempo —este trato cordial duró hasta su marcha a Espira—, llegó a enseñarme la "correspondencia", como llamaba a las cartas de los amigos que recibía desde el mundo entero. Yo me maravillaba de su intensa participación en todos los trabajos científicos y derroteros de sus amigos. Ella "corregía" los manuscritos que sus amigos le enviaban ordinariamente por correo, ya que éstos no querían redactar sus trabajos sin su crítica. Quisiera mencionar también cómo eran sus modales: en primer lugar ella me enseñó lo que eran las fiestas de cumpleaños o de familia.

Todo en ella tenía un elevado sentido; de ella irradiaba una alegría sobrenatural que transfiguraba las prácticas habituales. Siempre tenía tiempo para todo. Para ella estaba claro que debía vivir junto a su madre y compartir la vida de la gran familia. Su madre significaba un punto vital en su vida; vivir para ella ocupaba siempre el primer lugar. Así aumentaron también los sufrimientos, cuando vio acercarse la separación a causa de su conversión, que, sin embargo, hizo aún más profunda la unión con su madre. Todo esto iba sucediendo despacio, durante años. ¡Qué cuidado tuvo de no herir nunca a su madre, quien, sin embargo, comprendía a su

hija predilecta más de lo que daba a entender; Como yo iba tanto por su casa, la madre me hizo su confidente, y descargaba en mí, sobre todo después, cuando Edith estaba en Espira, su apesadumbrado corazón. Madre e hija se querían entrañablemente, y el único deseo que siempre tuvo Edith Stein fue el de hacer bien a su madre, mientras que por otra parte tenía que seguir su camino, al que se sentía llamada. Cuando venía de visita, seguía yendo a pie al templo los días festivos con su madre; un largo y extenuante camino. Un día, después del trabajo, Edith Stein comenzó, sin muchas explicaciones, a leer conmigo a Kierkegaard. En aquellas horas, me desvelaba su verdadera vida interior. Leía conmigo los escritos de santa Teresa. Yo podía apreciar cómo la atraía y cómo hallaba allí su verdadero hogar. Nunca se alejó de la familia; era capaz de una entrega sin límites; aun cuando había descubierto desde hacía tiempo su camino y únicamente pensaba en él, no se apartó lo más mínimo de sus hermanos, sobrinos y sobrinas.

Era la enfermera y la nodriza más sacrificada; la sonrisa con que cuidaba a los bebés que nacieron en casa durante sus primeros años en Breslau, procedía de otro mundo. No era tan tonta como para no ver la actitud de la familia hacia su futuro camino, pero nunca hubo reproches por ninguna de las dos partes, sólo dolorosos sufrimientos. Para la madre era horrible ver a su adorada Edith hacerse católica, pero Edith, a pesar de su firmeza, estaba tan llena de amor y de humildad, que no actuaba como una egoísta. Fue un difícil camino desde el principio, lleno de dolor por tener que hacer daño a su madre,

y lleno de la terrible suerte de tener que crecer en su verdadera y definitiva vida. Se sentía resguardada a medida que veía más claros los abismos que por todas partes se abrían. Edith Stein era cada vez más libre, se crecía a medida que las circunstancias se volvían más adversas. Su confianza permaneció intacta. Estaba claro desde hacía tiempo que para mí la fenomenología no era la meta, sino un método que me enseñaba a completar el método crítico de Kant, pero no a sustituirlo. Edith lo vio muy claro, pero nunca se cerró a mis problemas estéticos, como tampoco, cuando ya llevaba tiempo en el carmelito, se apartó de mí ni se me cerró. Se daba con total apertura a sus amigos, y apreciaba claramente su vida y sus trabajos. Sólo estaba atenta para ver dónde podía ayudar, pues por su propia apertura todos se le abrían. Ejercía la crítica más sincera, que no hería, sino que ayudaba, porque ella misma no se daba aire de superioridad. Sin embargo, en todo lo que trabajaba y hacía, nunca se daba por satisfecha, no era suficiente. Aspiraba a entregarse, a subir a lo más alto. Como desvelaba sus propias experiencias sin cortapisas a las personas que acudían a ella, los encuentros con ella eran una vivencia única. Recorría su camino sola, pero ayudaba a quien se ponía ante ella, convirtiéndose en entrañable compañera. No había para ella nada que separase. Pasaba por alto todas las diferencias sociales y no sociales. Todo su obrar era para la eternidad.

Edith sabía que yo no iba a dejar nunca mi fe judía, y a lo largo de toda la vida, con una delicadeza exquisita, nunca trató de apartarme de mi fe. Sólo

sobre esta base podía mantenerse nuestra amistad»<sup>12</sup>.

La Dra. Maria Bienias, que conoció personalmente a Edith Stein, escribe: «Esta descripción de Frau Koebner viene a llenar una laguna en nuestro conocimiento sobre la conversión de Edith, puesto que oímos algo más de su búsqueda de la verdad, p.e. en Kierkegaard. También se ven muy claros los sufrimientos de su familia a causa de su paso a la Iglesia católica. Parece también que se ocupaba de la lectura de las obras de santa Teresa antes de su conversión definitiva; probablemente la lectura de la autobiografía de santa Teresa de Jesús que la propia Edith Stein cita, se refiere a una relectura»<sup>13</sup>.

Edith Stein debió dedicarse ya antes del verano de 1921 a la lectura de Teresa de Avila. Esto es lo que se desprende de una carta de Frau Koebner: «Durante el segundo año de nuestra amistad, Edith Stein comenzó a leer los libros de santa Teresa, como contraposición a Kierkegaard, cuya *Ejercitación del cristianismo* no le satisfacía. Desgraciadamente, yo no sé más. Leía en alto, era casi como una oración, no como una lectura. Eso duró muchos meses. Recuerdo que a menudo decía que lo que leía en aquellos libros no lo encontraba en la religión judía que conocía desde la infancia y que en casa de su madre se vivía seria y profundamente. Y que lo que allí le salía al paso, tenía también que *vivirlo* y *hacerlo*, pues eso era lo que requería la verdad eterna de la que se trataba. Un día me dijo que

<sup>12</sup> *Ibid.*

<sup>13</sup> MARIA BIENIAS, *Begegnung mit Edith Stein*, Leipzig 1963, p. 34.

acudía regularmente a la iglesia, a la primera misa, para estar de vuelta antes de que se despertaran en casa y alguien pudiera notarlo. Pero más tarde me dijo su madre, llorando amargamente, que siempre había oído abrir la puerta de casa, a pesar de lo silenciosa que era Edith, y que sabía que sólo podía ser ella, y que sólo podía haber estado en la iglesia. Pero nunca le dijo a Edith una palabra sobre ello.

Un día Edith puso ante mí un breviario. Lo custodiaba como su más preciado tesoro. No recuerdo de dónde lo sacó. Cada sábado me traducía algo de él (leía tanto en latín como en alemán), y era indescriptible con qué devoción, qué reverencia y qué gozo tan hondo leía las oraciones del papa Gregorio y se dejaba empapar por su espíritu. Decía que aquello no podía encontrarse en la Iglesia luterana, y que nunca podría hacerse protestante.

La lucha de Edith comenzó cuando dejó a Husserl. Anhelaba entregarse del todo a la verdad, pero no creía que la verdad de la ciencia, que tan bien conocía, fuese lo último a lo que uno tuviese que entregar su vida. La verdad eterna brillaba sobre la Iglesia, no sobre la universidad. Así pensaba, mientras se esforzaba en un trabajo pulcro y científico, y apreciaba, como verdadera investigadora, el valor del trabajo científico. Cuando el profesor J. Stenzel, el mejor especialista alemán en Platón, organizó sus jornadas sobre Platón, no dudó en acudir a Edith Stein»<sup>14</sup>.

El 1 de Enero de 1922 Edith Stein fue bautizada en Bergzabern. Fue un acontecimiento «ecuménico»,

<sup>14</sup> Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.

pues la filósofa evangélica Hedwig Conrad-Martius condujo a su amiga católica a la pila bautismal. El 2 de Febrero de 1922 Edith Stein fue confirmada. Como nombre de pila escogió el de Teresa. Si hasta entonces la idea del matrimonio había sido algo natural para ella, a partir de este momento fue distinto. Sintió en ella la llamada a consagrar su vida a Dios. Quería entrar en el carmelo. «Cuando el día de año nuevo de 1922 recibí el bautismo —escribe—, pensé que aquello era sólo la preparación para mi entrada en la orden. Pero cuando algunos meses después de mi bautismo me enfrenté a mi madre por primera vez, vi claro que por el momento no estaba preparada para encajar el segundo golpe. No iba a morir por ello, pero la llenaría de una amargura de la que yo no podía hacerme responsable»<sup>15</sup>. Edith había previsto lo peor cuando se lo revelase a su familia. La reacción de la madre fue sin embargo sorprendente. «Lloró. Eso no se lo esperaba Edith. Se había hecho a la idea de oír gritos e incluso de provocar un escándalo, y había contado con una posible expulsión de la familia»<sup>16</sup>.

La familia estaba perpleja con la noticia. Los hermanos no sabían de quién admirarse más, si de la madre o de la hija. La familia Stein veía en el catolicismo una secta herética, pues sólo tenían ante sus ojos la religiosidad popular del catolicismo de Silesia. Sus hermanos no podían imaginarse a Edith «andando de rodillas» y «besando los zapatos

<sup>15</sup> POSSELT, p. 100.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 57.

de los sacerdotes». La mirada de la madre era más profunda. Comprendía que Dios, de modo inexplicable, había puesto su mano en su hija más querida. Una conocida de la familia escribe: «Estoy convencida de que la transformación que se había producido en Edith Stein, y que irradiaba todo su ser como una fuerza sobrenatural, desarmó a Frau Stein. Como una mujer temerosa de Dios sentía, sin entenderla, la santidad que brotaba de su hija, y aunque su dolor era mortal, reconocía claramente su impotencia para luchar contra el misterio de la gracia»<sup>17</sup>.

Edith Stein acompañaba a su madre como siempre a la sinagoga. Para asombro de Frau Stein, en el servicio religioso rezaba con ellos los salmos de su breviario romano. Frau Stein confesaba atónita: «Todavía no he visto rezar a nadie como Edith»<sup>18</sup>. Edith no se dejaba apartar de su camino por nada. Con Teresa de Avila podía decir: «Entendí qué cosa es andar un alma en verdad delante de la misma Verdad... Entendí grandísimas verdades sobre esta Verdad, más que si muchos letrados me lo hubieran enseñado... Esta verdad que digo se me dio a entender, es en sí misma la verdad, y es sin principio ni fin, y todas las demás verdades dependen de esta verdad, como todos los demás amores de este amor, y todas las demás grandezas de esta grandeza, aunque esto va dicho oscuro para la claridad con que a mí el Señor quiso se me diese a entender»<sup>19</sup>.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 57.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 58.

<sup>19</sup> TERESA DE JESUS. *Vida*, cap. 40 3-4, p. 484.

## VI. Profesora en Espira

Edith Stein escribió: «En la época inmediatamente anterior a mi conversión, e incluso durante algún tiempo después, yo creía que llevar una vida religiosa significaba renunciar a todo lo terreno y pensar únicamente en las cosas divinas»<sup>1</sup>. Dejó su carrera científica. Las dominicas de Espira buscaban una profesora de lengua y literatura. Edith Stein aceptó el puesto y se adaptó en seguida a su nuevo ambiente. Durante los ocho años siguientes, Santa Magdalena se convirtió en su campo de acción. Edith Stein daba gracias por poder vivir en un ambiente conventual. Se acomodó al horario de la casa y repartía su vida entre el trabajo y la oración. Su búsqueda se convirtió en un encontrar a Dios cada vez más profundamente en su interior y en el prójimo a ella confiado. El fatigoso día de trabajo

<sup>1</sup> E. STEIN, *Briefe* I, carta 45, p. 54.

de una profesora requería mucha fuerza, y no dejaba a Edith Stein mucho tiempo para dedicarse a la oración. Poco a poco fue aprendiendo a prescindir de los consuelos interiores cuando la situación lo exigía.

Edith Stein entendía su labor educativa apostólicamente. Daba clases en el liceo femenino y en la escuela para la formación de maestras. Su círculo de alumnas abarcaba diversos niveles de edades. A ellas se añadían las jóvenes dominicas que se preparaban para la docencia y las postulantes. A todas se dedicaba Edith Stein con paz y olvido de sí. Impresionaban no tanto sus palabras cuanto su forma de ser. Los testimonios de las alumnas de entonces lo confirman. En una relación se dice: «En seguida se ganaba los corazones de las alumnas. Para todas nosotras era un ejemplo luminoso, que aún hoy sigue ejerciendo su influjo. Con modestia y sencillez, casi desapercibida, sin ser notada, cumplía silenciosamente su deber; siempre abierta y amable por igual para todas las que le pedían ayuda»<sup>2</sup>. Edith Stein buscaba el ocultamiento para profundizar en su vida de fe. Antes de enseñar públicamente, conoció en el reducido ámbito de la escuela conventual las dificultades y exigencias de la docencia. En una carta escribió: «Lo más importante es que las maestras tengan realmente el espíritu de Cristo y lo encarnen activamente. Pero también es una tarea importante conocer la vida a la que tendrán que enfrentarse los niños... La joven generación actual ha atravesado tantas crisis, que ya

<sup>2</sup> POSSELT, p. 59.

no puede entendernos. Pero nosotros tenemos que intentar entenderles. Quizá entonces podamos ayudarles un poquito»<sup>3</sup>. Edith Stein tenía capacidad para adaptarse y para comprender. Impartía su materia con objetividad y consciente de su meta. Pero para ella no se trataba sólo del conocimiento, sino de la formación integral de la persona. Una alumna dice: «En realidad nos lo daba todo. Aún éramos muy jóvenes, pero la fascinación de su personalidad no la hemos olvidado ninguna de nosotras... En aquella edad crítica, ella era para nosotras el modelo de comportamiento. No podría repetir ningún dicho suyo, quizá no tanto porque no se me haya quedado en la memoria, sino porque era una persona callada y silenciosa, que sólo guiaba con su "forma de ser"... En la crítica era benévola y justa en perfecta proporción. Siempre la veíamos callada, delicada, tranquila»<sup>4</sup>.

Edith Stein poseía las cualidades de una buena educadora. Su carácter firme y directo imponía autoridad, una autoridad que suscitaba confianza merced a su bondad. Edith Stein trataba de buen grado con sus alumnas, las animaba con su humor, y era para ellas una compañera siempre comprensiva. A algunas su superioridad espiritual les infundía temor y respeto. Una dominica escribe: «Vi a la señorita por primera vez desde la ventana de mi aula, cruzando el patio hacia el seminario, con los libros bajo el brazo. Me impactó tanto aquella personalidad —yo entonces no sabía en

absoluto quién era— que todavía recuerdo la impresión»<sup>5</sup>... «Sin muchas palabras, con su sola personalidad, y todo lo que de ella emanaba, se convirtió en modelo para mí, no sólo para mis estudios, sino para todo mi ideal ético. Junto a ella una experimentaba una atmósfera de nobleza, de pureza, que sencillamente elevaba»<sup>6</sup>. Las chicas se sabían comprendidas y acogidas maternalmente por Edith Stein. Así escribe otra: «En los trabajos escolares, que sólo iban a parar a sus manos, podía exponer sin miramientos mis opiniones personales y mis más íntimos sentimientos. Yo sentía profundamente: aquí puedes decirlo todo, aquí puedes abrirte totalmente, sin que te malinterpreten... En aquella época me aquejaban grandes dolores, pero prefería los dolores antes que perder sus clases a causa de los tratamientos a los que estaba sometida»<sup>7</sup>.

Edith Stein era para las alumnas no sólo maestra, sino una amiga; su amor sustituía el que con frecuencia les faltaba a las jóvenes en sus casas. El filósofo de la religión Erich Przywara SJ, comparaba su influjo entre las jóvenes al de una maestra de novicias. Conoció a Edith Stein en 1925 y pudo observar su acción. Decía de ella: «Edith Stein era en Santa Magdalena, en Espira, no sólo la mejor educadora de sus alumnas, sino que tenía, gracias a la inteligente visión de la entonces priora general, una influencia decisiva sobre las hermanas

<sup>3</sup> E. STEIN, *Briefe* I carta, 123, p. 119-120.

<sup>4</sup> POSSELT, p. 61.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 63.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 63.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 63.

ylas jóvenes. Santa Magdalena debe a Edith Stein sus mejores fuerzas, que aún hoy saben en qué medida era ella la verdadera maestra de novicias»<sup>8</sup>. También en la escuela de magisterio era una colaboradora bien vista.

Nadie sabía de dónde sacaba la ocupadísima maestra las direcciones de los más pobres. Además de su agotadora actividad docente, para Edith Stein el hombre ocupaba el primer lugar. «Sólo Dios sabe para cuántas personas fue ayuda, consejera y guía, cuántas veces ayudó como un ángel de caridad en las necesidades espirituales y materiales. La aglomeración de gente era a menudo grande, y su correspondencia, amplísima. Pero para los demás siempre tenía tiempo. Actuaba siempre de acuerdo con el principio que en cierta ocasión expresó así en una carta: «Por lo que respecta al trato con las personas: la necesidad espiritual está por encima de todo mandato. Cualquiera otra cosa que hagamos es un medio para un fin. Pero el amor es el fin mismo, porque Dios es amor»<sup>9</sup>. Edith Stein sacaba tiempo, especialmente antes de Navidades, para hacer paquetes para los pobres de la ciudad y llevárselos personalmente. En aquellas fechas había mucha animación en su habitación. También pensaba en todos los amigos con un detallito y envolvía cada regalo cuidadosamente en un papel especial. Como Edith Stein necesitaba muy poco para su sustento, disponía de mucho para regalar.

La más impresionante predicación que "Fräulein

Doktor" daba en Espira, eran sus largos ratos de oración en la iglesia. Como durante el día tenía poco tiempo para ello, continuaba su oración por las noches. A veces se encerraba toda la noche en la capilla del convento y por la mañana aparecía como si tal cosa ante sus alumnas. Una de las chicas escribió: «De ella aprendimos lo que significa hacer coincidir perfectamente fe y estilo de vida»<sup>10</sup>.

A pesar de su intensa actividad profesional, Edith continuó entrañablemente unida a su familia y a su amplio círculo de amigos. En vacaciones de verano se marchaba a Breslau para intentar mitigar el sufrimiento de su madre. Se encontró con el profesor Schulemann y le presentó a su hermana Rosa. Esta tenía también, para gozo suyo, la intención de entrar en la Iglesia católica. «Edith Stein venía también de vez en cuando a tomar el té a mi casa —cuenta el Prof. Schulemann—, y traía consigo a su hermana. Esta también causaba ya entonces una profunda impresión. Se parecía a Edith y, sin embargo, tenía un estilo propio y simpático. El respeto a las costumbres y tradiciones familiares, la necesaria transigencia durante años para no perder ni hacer enfermar a una madre de otra confesión, y para recuperar su confianza, habían impreso tanto en Edith como en su hermana el sello de un grandísimo autodominio. Hablábamos también del judaísmo de nuestros días, de las costumbres en las fiestas, del largo ayuno (su madre, con sus ochenta años, durante todo un día no se atrevía a probar el más mínimo

<sup>8</sup> E. PRZYWARA, *Edith Stein*, p. 24.

<sup>9</sup> POSSELT, p. 59.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 61.

bocado); hablábamos de la tradicional visión de la muerte (sobre todo de los padres) como algo inaudito, que no podía ser; esto hacía que la más mínima alusión a la posibilidad de morir se considerase como un detalle de mal gusto. Ante la muerte sólo cabía lamentarse lo más ruidosamente posible sin comprenderla y sin permitirse ningún consuelo... En cierta ocasión, casualmente, comprobé que Edith pasaba largas horas ante el sagrario. Su porte, su vestido, sus movimientos y su actitud eran siempre equilibrados, suaves, mesurados y auténticos... Su vida, también en vacaciones, estaba dividida entre la piedad, la ciencia y una sabia y cariñosa participación en la vida familiar en casa de su madre. Siempre había materia de discusiones y ella mostraba mucha paciencia y cariño... Su actividad en las dominicas, su ecuanimidad y su serena alegría, hicieron sospechar a su madre, e incluso llegó a manifestarlo, que su hija Edith, en cuanto le fuera posible, se iría al convento»<sup>11</sup>.

Así transcurrieron los años de Espira, aparentemente tranquilos, apartados del camino de la ciencia. Edith Stein vivía como una «dominicista entre las dominicas» con votos privados.

---

<sup>11</sup> Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.

## VII. Encuentro con Tomás de Aquino

En 1925 Erich Przywara pidió a Edith Stein que tradujese a John Henry Newman. Entre Edith Stein y Przywara se inició un fecundo intercambio espiritual. A Edith le gustó el trabajo y no se quedó sólo en Newman. Fue providencial que Przywara despertara en Edith Stein el deseo de investigaciones básicas en filosofía, ahora sobre la base de la vida de fe. En una pensadora como Edith Stein debían enraizarse a la larga fundamentos más profundos. Prosiguiendo el impulso de Schulemann y sugiriendo el estudio de Santo Tomás de Aquino, Przywara abrió a la fenomenóloga un nuevo mundo. El padre Przywara recomendó a Edith Stein la traducción de las *Quaestiones disputatae de veritate*, las «Investigaciones sobre la verdad», de Santo Tomás. Esta obra ocupa un lugar clave en la estructura intelectual del Aquinatense y ofrecía a la fenomenóloga una excelente introducción al método escolástico. La



confrontación con este mundo espiritual abrió a Edith Stein horizontes que determinaron no sólo su conocimiento de la fe, sino también su comportamiento práctico. «Poco a poco me he ido dando cuenta de que en este mundo se nos pide otra cosa y de que incluso en la vida contemplativa no puede cortarse la relación con el mundo...», pues «cuanto más profundamente se sumerge uno en Dios, tanto más tiene que salir de sí mismo en este sentido, es decir, hacia el mundo, para llevar allí la vida divina»<sup>1</sup>.

El conocimiento de Santo Tomás posibilitó a Edith Stein el retorno a la filosofía. «La posibilidad de cultivar la ciencia como un servicio a Dios, la encontré por primera vez en Santo Tomás; y sólo entonces pude determinarme a dedicarme de nuevo en serio a la filosofía»<sup>2</sup>. En ratitos de media hora, que Edith Stein arrancaba de su trabajo, hizo la traducción. El trabajo no era sencillo. Edith Stein acababa de encontrarse con la escolástica y no estaba familiarizada con su terminología. Sin sus conocimientos de latín no se habría atrevido con el trabajo. Pero para ella la traducción era una necesidad para imbuirse del pensamiento tomista. Al principio Edith Stein estaba perpleja. Se preguntaba qué método había seguido Tomás. Por naturaleza se sabía llamada a una «investigación objetiva inmediata». A su pensamiento fenomenológico le costaba adaptarse a unos conceptos extraños. Para probar sus ideas, Tomás empleaba

el pensamiento antiguo y cristiano sin preocupación, y sin excluir tampoco de la investigación filosófica citas de los Padres o verdades de fe. Eso era para Edith Stein un método inaudito. A una edad en la que podía ser profesora de filosofía en la Universidad, se veía obligada a orientar de nuevo su pensamiento. Se convirtió en aprendiz, sin perder su carácter propio. Pronto se dio cuenta de las ventajas que la globalizante concepción tomista tenía en comparación con la filosofía meramente gnoseológica de la modernidad.

Tomás era filósofo y teólogo al mismo tiempo. Lo que para la fenomenología existía sólo como posibilidad de las esencias: cielo, mundo angélico, Dios, eran para Tomás realidades concretas ante las cuales el hombre creyente y el pensador debe tomar postura. Edith Stein transformó la áspera forma de la disputación escolástica en un discurso sintético, más accesible al lector contemporáneo. Traducía la solución sistemática de las cuestiones planteadas, sin demorarse con contraobjeciones, cerrando cada *Quaestio* con una explicación de conjunto. No tenía pretensiones filológico-científicas. Para ella ante todo estaba el aspecto práctico. «Consideraría como un efecto particularmente satisfactorio —escribe en su prólogo— el que, a través de la traducción, muchos se interesaran por el estudio del texto original»<sup>3</sup>. Edith veía con otra

---

<sup>3</sup> EDITH STEIN, *Des hl. Thomas von Aquino Untersuchungen über die Wahrheit (Quaestiones Disputatae de Veritate) Übersetzung*, Edith Steins Werke, tomos III y IV, Nauwelaerst-Louvain/Herder-Freiburg, I parte, 1952, p. 7 (en lo sucesivo abreviado: E. STEIN, *Thomas von Aquin*).

---

<sup>1</sup> E. STEIN, *Briefe* I, carta 45, p. 54.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 54.

luz las «sutilezas» del Aquinatense, tan denostadas por algunos. «Quien pasa largo tiempo inmerso en el mundo de este espíritu claro y agudo, sereno y sosegado, encuentra cada vez con mayor frecuencia soluciones fáciles y seguras a difíciles cuestiones teóricas o situaciones prácticas frente a las cuales antes se encontraba desbordado; y cuando se pregunte después sorprendido cómo fue posible esto, descubrirá que Tomás, con alguna de sus "sutilezas", ha puesto la base para ello»<sup>4</sup>.

Edith Stein tradujo a Santo Tomás con el fin de ayudarse y ayudar a los demás a configurar mejor sus vidas en el espíritu de la fe. Tomás enseña que la fe también es un camino hacia la verdad. Mientras la filosofía moderna reclama el derecho a conocer la verdad en un sentido global, la fe descubre a la filosofía un ámbito que de no ser por ella permanecería cerrado. La fe ofrecía a Tomás la seguridad de verificar la verdad de la razón natural, pero también la de mostrar a la filosofía su dependencia formal y material respecto de la fe. Edith Stein descubrió en la teoría del conocimiento de Santo Tomás modernos puntos de partida, coincidencias entre los resultados de sus anteriores trabajos fenomenológicos y las investigaciones del Santo. Con su traducción colocó, como dijo P. Wust, «al mayor fenomenólogo de la Edad Media ante los ojos de los fenomenólogos de nuestra época,

<sup>4</sup> EDITH STEIN, *Husserls Phänomenologie und die Philosophie des hl. Thomas von Aquino*. Tomo suplementario al Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung, Verlag Niemeyer, Halle, 1929; 2a. edición inalterada, Tubinga, 1974, p. 324 (en lo sucesivo abreviado: E. STEIN, *Husserls Phänomenologie*).

permanentemente aferrados al subjetivismo como un puro espejo de su idea»<sup>5</sup>. Hizo fecundo el método fenomenológico para el pensamiento escolástico y mostró una vía para entrar en contacto con el pasado.

Lo que Teresa de Jesús había comenzado en Edith Stein, lo prosiguió Tomás. El Aquinatense no solamente dijo cosas decisivas sobre la fe y el conocimiento; también la vía mística le era familiar. A través de sus sobrios análisis se hace perceptible su experiencia de Dios. Quien puede hablar como Tomás sobre la fe, el amor y la unidad del alma, no sólo ha elucubrado sobre el amor de Dios, sino que también lo ha experimentado. No en vano llamó a la obra de su vida la *Summa Theologica*, un poco de paja ante el rostro de Dios. Tomás veía la armonía de conjunto del hombre que piensa, que contempla, que ama. El pensador en él cedía al amor la primacía. La meta del hombre es su asimilación con Dios. La fe es el camino, pero un camino oscuro, porque la inteligencia no entiende las verdades de fe con fuerzas naturales. El entendimiento tiene que ser iluminado por Dios y necesita del asentimiento de la voluntad. La voluntad es atraída por el amor de Dios. «La perfección del amor —dice Santo Tomás— no consiste en la certeza del conocimiento, sino en la firmeza de la entrega»<sup>6</sup>. La fe apunta a un «Ausente», que es «la garantía de lo que se espera»; el amor se orienta hacia un «inconcebible», Dios,

<sup>5</sup> PETER WUST, *Briefe an Freunde*, ed. por W. Vernekehl, Regensberger-Verlag, Münster 1955, p. 97.

<sup>6</sup> E. STEIN, *Thomas von Aquin*, I parte, p. 268.

que es el amor. «En cuanto que [la voluntad] es atraída hacia las cosas espirituales y divinas, se aleja más de los sentidos que del entendimiento, puesto que el entendimiento puede captar menos de las cosas divinas de lo que el corazón anhela y ama... Tampoco puede decirse que el entendimiento esté más vinculado al fin supremo que la voluntad, pues aunque el alma es atraída hacia Dios antes por el entendimiento que por la voluntad, alcánzalo ésta sin embargo más plenamente que aquél »<sup>7</sup>. La fe, cuyo objeto es la verdad, tiene que ser completada por el amor. La fe no necesita de argumentación filosófica alguna; lleva en sí su certeza. Para Tomás no había certeza mayor que la de la fe. A pesar de ello podía filosofar con sus hermanos no creyentes en amplios sectores. El no mezclaba la filosofía con la teología, sino que en los límites de la razón natural exponía su punto de vista creyente. No obligaba a nadie a penetrar con él en el misterio de la fe. Era consciente de que la verdad da testimonio por sí misma.

Para Edith Stein este mundo espiritual era algo liberador. Sus análisis de Santo Tomás hallaron expresión en un escrito de Homenaje con motivo del 70 cumpleaños de Husserl. Este trabajo, *La fenomenología de Husserl y la filosofía de Santo Tomás de Aquino*, estaba concebido como un diálogo. Edith Stein vio las coincidencias metódicas de ambos pensadores. Expresó las intenciones básicas de ambos con estas palabras: «Así, los auténticos filósofos se tienden las manos por

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 199-200.

encima de todos los límites del tiempo y del espacio. Así fueron Platón, Aristóteles y San Agustín maestros de Santo Tomás (repárese bien: no sólo Aristóteles; también Platón y Agustín), y para él no cabía sino filosofar en permanente diálogo con ellos»<sup>8</sup>.

Tomás no empleó sus dones para fomentar una autonomía espiritual que quiere conceder a la filosofía una posición de primacía. La filosofía era para él uno de los talentos que le han sido dados al hombre para escudriñar los arcanos de Dios en su creación. Edith Stein aprendió de Tomás una actitud más objetiva frente al mundo. El «éxtasis en la oración», que había suprimido al principio la actividad intelectual de la neoconversa, no era una meta, sino un camino. El necesario distanciamiento del mundo se convirtió en un servicio a Dios que devolvió a la filósofa su «eficacia natural».

<sup>8</sup> E. STEIN, *Husserl's Phänomenologie*, p. 316.

## VIII. La fuerza de la oración

Las personas que trataron a Edith Stein hablan de su celo por la oración. Muchos se asombraban de ello; algunos lo criticaban. ¿Cómo era posible que Edith Stein encontrara tiempo para hablar con Dios en medio de su agotador trabajo en el colegio y de su traducción de Santo Tomás; en medio de su preocupación por los necesitados y por los que buscaban consejo? Quizá pueda decirse que, porque rezaba tan intensamente y concedía a Dios el primer puesto, tenía tanto tiempo para todo lo demás. En cierta ocasión escribió: «Yo no empleo ningún medio especial para alargar el tiempo de trabajo. Hago todo lo que puedo. Evidentemente la capacidad aumenta cuando las necesidades se multiplican. Si no hay nada urgente se agota mucho antes. En el cielo seguro que entienden de economía... Se trata sólo de tener ante todo un rinconcito tranquilo, donde poder tratar con Dios como si no

hubiese nada más, y esto a diario... Finalmente, de que uno se considere total y absolutamente como un instrumento, y en especial las fuerzas con las que uno tiene que trabajar, no como algo que necesitamos nosotros, sino Dios en nosotros»<sup>1</sup>. La oración de Edith Stein no era una liberación del propio yo, sino fuente de energía para un desinteresado trabajo profesional al servicio de los hombres.

En el otoño de 1927 el vicario general Schwind sufrió un derrame cerebral mientras estaba confesando en la catedral de Espira. Edith Stein perdió a su director espiritual. Desde hacía cinco años había encontrado en la familia Schwind un hogar. La sobrina, Anna Schwind, dice al respecto: «Un día el tío entró desesperado en la cocina, se dejó caer en una silla y exclamó: “¡Oh, esta filósofa! Es capaz de hacer más preguntas de las que diez doctos teólogos podrían contestar”»<sup>2</sup>. Sobre el vicario general P. Schwind, Edith Stein escribió en la Hoja Circular del Clero de Innsbruck: «Su dirección espiritual era tranquila, segura y concienzuda, cimentada sobre un sabio conocimiento de las personas y una larga experiencia en la cura de almas, pero al tiempo llena de un santo respeto ante la acción de Dios en el alma, y por ello tan delicada como audaz. Cuando hallaba un corazón que seguía las inclinaciones de

<sup>1</sup> E. STEIN, *Briefe* I, carta 69, p. 71, carta 45, p. 55.

<sup>2</sup> *Proceso de Beatificación y Canonización de la Sierva de Dios Hna. Teresa Benedicta de la Cruz-Edith Stein*, Colonia; Ed. por Teresia Renata Posselt OCD y Teresia Margareta Drügemöller OCD, Colonia 1962, p. 85 (en lo sucesivo abreviado: *Kölner Selig-u. Heiligsprechungsprozess*).

la gracia, le dejaba plena libertad, sin inmiscuirse, y le mostraba una confianza sin límites... Su confianza en la guía de la Divina Providencia era indestructible. Sabía educar para ello, y en situaciones en las que todo consuelo humano era incapaz de proporcionar consuelo y paz... Severidad y bondad, seriedad e infantil jovialidad, dignidad y humildad eran los contrastes que se conjugaban armónicamente en este alma enraizada en el más puro amor de Dios»<sup>3</sup>.

En 1928 el P. Przywara aconsejó a Edith Stein celebrar la Semana Santa en la abadía benedictina de Beuron. Edith accedió a esta propuesta y comenzó para ella una nueva etapa en su vida. En Beuron conoció al joven y activo abad P. Raphael Walzer. Edith Stein le planteó abiertamente sus preguntas. El P. Walzer estaba sorprendido por su piedad franca y sin problemas. Escribe: «Cuando Edith Stein vino por vez primera a Beuron, no era ya en realidad una aprendiz. Traía consigo tantas cosas valiosas, que en la atmósfera monástica de este recodo del Danubio descubrió bien pronto su verdadero hogar; pero no experimentó transformación alguna, ni necesitó aprender nada esencialmente nuevo. Era como una especie de cosecha de lo que ya otro había sembrado y ella misma había trabajado en tierra buena»<sup>4</sup>. Edith Stein encontró en Beuron un lugar donde poder calmar su sed de oración. Durante horas permanecía en la iglesia de la abadía. La Semana Santa representaba para ella el

momento culminante del Año Litúrgico. A menudo se la veía en oración ante una imagen de la Dolorosa. Una mujer escribe: «Me parece que Edith Stein no sólo pedía sufrir, sino que también tuvo una premonición de que tendría que recorrer el camino del sufrimiento»<sup>5</sup>.

Para la capacidad de ensimismamiento de Edith Stein el encuentro con la proclamación de la alabanza divina de los benedictinos fue un saludable contrapeso. La hermana Plazida OSB dice de aquella época: «Siendo joven hermana tuve que estar en una ocasión de servicio cerca de Espira. Pude entonces visitar a Edith Stein en Espira el sábado y el domingo. Estaba en plena traducción de las *Quaestiones disputatae* de Santo Tomás. En ratitos de media hora que sustraía al trabajo diario realizó esta gran obra. Pero también entonces concluía el día con la lectura del fragmento correspondiente de la regla de San Benito. Un domingo por la mañana estuvimos juntas en un solemne pontifical en la catedral de Espira. Edith Stein estuvo casi todo el tiempo arrodillada junto a mí, con la cabeza apoyada en las manos y los ojos cerrados. Para una joven entusiasta de la liturgia e hija de San Benito aquello era incomprendible. Le dije después que un pontifical tan solemne tenía que rezarse también con la vista y el oído. De la respuesta ya no puedo acordarme, pero me alegré mucho cuando Edith Stein se vinculó estrechamente a Beuron. Con todo, para mí fue totalmente lógico que no entrara en una abadía benedictina, sino en un Carmelo. A

<sup>3</sup> POSSELT, p. 69.

<sup>4</sup> RAPHAEL WALZER, Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.

<sup>5</sup> POSSELT, p. 74.

través del encuentro con el espíritu litúrgico benedictino de Beuron, se liberaron y desarrollaron muchas cosas en el interior de Edith Stein, sin las cuales no habría madurado en ella esa maravillosa grandeza y amplitud que constituye el rasgo típico de su carácter»<sup>6</sup>.

La condesa Bissingen añade: «Edith Stein dependía con entrañable cariño de Beuron, pero sobre todo del carmelo, y se alegraba visiblemente cuando veía compartida y comprendida esta predilección»<sup>7</sup>. Y el abad Walzer escribe: «Quería sencillamente estar ahí, estar con Dios, tener ante sí en cierto modo los grandes misterios, lo que la naturaleza, fuera del lugar sacro cerrado o una celda, no podía ofrecerle. Yo no creo que necesitara muchos textos escritos para su reflexión y oración, o que pensara discursos espirituales, para los que siempre la llamaban... Como su porte externo, casi rígido, así permanecía su interior en la paz de su gozosa y dichosa contemplación de Dios. Conversa agradecida y feliz de estar en la casa de su madre, la Iglesia, reconocía en el coro salmodiante de los monjes...a la gran Iglesia en oración. Conoció en toda su profundidad la recomendación de Cristo: "orad sin intermisión", y así ninguna ceremonia litúrgica le parecía demasiado larga, ningún esfuerzo demasiado grande. Tampoco la sola belleza de la esmerada liturgia era decisiva para su espíritu y su corazón. Ciertamente la forma ocupaba un lugar privilegiado con su lenguaje, su visión, su creatividad..., pero

---

<sup>6</sup> Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.

<sup>7</sup> *Ibid.*

nada humano podía estorbarla, ni las en parte poco afortunadas formas de la Iglesia conventual de Beuron, ni otras imperfecciones, que de ningún modo se le escapaban. Lo meramente estético... no echó jamás a perder su pensamiento o su oración»<sup>8</sup>.

El abad Walzer no deseaba que Edith Stein entrara en el carmelo. Como muchos otros estaba convencido de que fuera del claustro tenía importantes tareas que realizar. Mientras que Edith Stein buscaba en Beuron un refugio para la oración, su ámbito de influencia se ampliaba más allá de las fronteras de Alemania. Continuamente solicitaban su presencia para hablar como experta en los problemas de la mujer. La renuncia a su aspiración más íntima y la obediencia a la Iglesia le proporcionaban sosiego. El abad Walzer decía: «Me gustaba aplicarle la expresión con que el breviario de los monjes subraya la paz de un alma santa: "fuit et quietus". Sí, también ella era tranquila»<sup>9</sup>. No sabemos mucho de las experiencias con Dios de Edith Stein, pero sí algo de su comportamiento práctico.

Lo más chocante son a menudo las afirmaciones de personas sencillas que dan testimonio de la humanidad de Edith Stein. El entonces portero de la abadía de Beuron, el hermano Anton Maunz, cuenta en sus recuerdos: «Yo conocí a la señorita Edith en Beuron, donde estuve destinado como portero en la abadía de 1922 a 1939, y tuve que tratar allí con ella cuando venía a buscar a su

---

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> *Ibid.*

entonces director espiritual, el Rvdo. P. Abad Dom Raphael Walzer, o a alguno de los hermanos. La señorita era la modestia en persona en sus palabras, su presencia, su vestido y su peinado. Y cuando me enteré después de que la que visitaba al P. Abad era realmente una señorita muy importante, no pude menos que admirar la humildad con la que hablaba en la portería. También era admirable su profundo respeto para con todos los hermanos, incluso conmigo, un joven e insignificante hermano lego. A todos los religiosos nos veneraba, como si fuésemos algo maravilloso. Me llamó la atención además su paciencia cuando había mucha gente y en los largos tiempos de espera. Y aunque tuviera tiempo para esperar, en algunas ocasiones seguro que hubiera sido mejor para ella que la hubiesen atendido enseguida. Pero yo nunca la oí decir que ella estaba allí antes y que por ello tenían que atenderla la primera. Yo sólo la conocí como una discretísima peregrina. Igualmente conmovedor era su agradecimiento por cada recado o servicio que yo tuviera que hacerle. Eso lo demuestra el que se acordara de mí aun en el Carmelo de Colonia, desde donde nos mandó enviar, por medio del Rvdo. P. Abad, a mí y al sacristán de Beuron, el hermano Willigis Dirr, unos recordatorios de su toma de hábito el 15 de Abril de 1934, dedicados de su puño y letra. Con ello quería mostrarnos una vez más al hermano Willigis y a mí su inagotable agradecimiento, y darnos además una alegría, cosa que naturalmente consiguió. Hoy valoro estas estampitas mucho más que cuando las recibí, y las aprecio muchísimo. Humildemente, nos pedía

nuestra oración para la nueva vida que comenzaba. Como prestigiosa intelectual, y en su estado, bien podía haberse presentado de otro modo; pero evitó toda apariencia y exigencia egoísta, y se mostró únicamente como peregrina pobre, mendicante, necesitada de ayuda. El hermano Willigis da testimonio de lo mismo. Era realmente una persona ejemplar. Y si algunas personas se escandalizaban de que con frecuencia tomase asiento en la iglesia en los bancos de delante, seguro que no era para que la vieran o la tuvieran por algo. El hermano Willigis y yo siempre hemos opinado que ella lo hacía sólo para poder celebrar mejor y sin molestias los actos de culto. Por eso se ponía siempre puntualmente en camino, y lo recorría silenciosamente, recogida, mientras que a otras "almas devotas" les encantaba detenerse en el camino hacia la iglesia para hablar hasta los últimos minutos, o incluso más tarde. Y cuando entraban a la iglesia, *Fräulein* Edith ya estaba otra vez en uno de los primeros bancos. "Casos chocantes" como éste puede que hubiera aún más, aunque ahora no me acuerdo de ellos... »<sup>10</sup>.

El abad Walzer decía de Edith Stein: «Nada delataba exteriormente la profundidad de su vida espiritual, sólo el perfecto equilibrio entre los dones del corazón y los del entendimiento, su seriedad para con los problemas de su tiempo, su sincera compasión»<sup>11</sup>. A pesar de su intensa actividad espiritual, Edith Stein siguió siendo toda

---

<sup>10</sup> *Ibid.*

<sup>11</sup> *Ibid.*

una mujer, «con una sensibilidad delicada, maternal... Era sencilla con la gente sencilla, intelectual con los intelectuales... con los que buscaban buscadora. Casi me atrevería a decir: pecadora con los pecadores»<sup>12</sup>. Edith Stein se sentía solidaria con las alegrías y los sufrimientos de sus hermanos y hermanas. Una conocida cuenta en su relato: «Para los demás tenía una gran dulzura. Y cuanto más pobre e infeliz era la persona, tanto más conmovedora era su alegría de buscar a Dios precisamente en esos sus predilectos, donde nosotros no veíamos nada más que pobreza»<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> *Ibid.*

<sup>13</sup> *Ibid.*

## IX. Conferencias sobre la mujer trabajadora

Los primeros siete años en Espira fueron para Edith Stein una preparación para la misión que la aguardaba. Sus traducciones y trabajos filosóficos no pasaron desapercibidos. La Asociación de Maestras y Académicas Católicas repararon en Edith Stein y solicitaron su postura ante los problemas de su tiempo. El P. Przywara consiguió a partir de 1927 organizarle giras de conferencias. A partir de entonces cesó su aislamiento. Estaba sorprendida por el eco que hallaron sus conferencias en Alemania y en el extranjero. Su actividad en la escuela se veía continuamente interrumpida con giras a Ludwigshafen, Heidelberg, Zurich, Salzburgo y a la región industrial de Renania-Westfalia. Edith Stein se preguntaba si estaría llamada a hablar sobre «la importancia de la mujer en la vida actual».

En Ludwigshafen saludó a su auditorio con las



siguientes palabras: «Permítanme una pequeña observación personal para comenzar. Hace dos días salía yo de Beuron, donde me disponía a vivir la semana santa y los días de pascua, hacia aquí, a Ludwigshafen, en plenos preparativos de este congreso. Apenas puede pensarse un contraste mayor: allí, un tranquilo valle de paz, donde, despreocupado de todo lo que acontece en el mundo exterior, día tras día y año tras año, se eleva el canto de la alabanza divina... y aquí esta asamblea que se ha congregado para discutir cuestiones de palpitante actualidad. Fue casi como una caída del cielo a la tierra. Pero quizá es precisamente este contraste un símbolo de la misión que todos nosotros tenemos»<sup>1</sup>.

Con este estilo concreto y directo cautivaba Edith Stein a sus oyentes. Las mujeres necesitaban una persona que no sólo resolviese sus cuestiones vitales sociológica, psicológica o filosóficamente, sino que proporcionase una respuesta desde la profundidad, desde la firmeza de la fe. Los recuerdos de una maestra nos muestran hasta qué punto Edith Stein no sólo expresaba, sino que encarnaba esa «respuesta»: «Yo esperaba una imponente dama judía, segura de sí misma, una gran intelectual, como las que había conocido a veces en los movimientos feministas liberales y en la previsión social, y un discurso arrollador. Pero no había en ella nada de imponente: no era una personalidad

---

<sup>1</sup> EDITH STEIN, *Die Frau. Ihre Aufgabe nach Natur und Gnade. Beiträge zur Mädchen- und Frauenbildung 1922-1932*, Edith Steins Werke, tomo V, Nauwelaerts-Louvain/Herder-Freiburg, 1959, p. 205 (en lo sucesivo abreviado: E. STEIN, *Die Frau*).

fascinadora con su porte o su genialidad. Era una mujer menuda, delicada, corriente, vestida con un traje sencillo y elegante, sin apariencia externa de seguridad, y sin un genio chispeante. Tras un carácter casi infantilmente amable al saludar, se escondía en sus ojos pensativos algo como contenido, algo secretamente jovial que ella deliberadamente refrenaba y que en aquella tensión despertaba casi una especie de temor (o al menos así me pasó a mí). Luego hablaba con apacible amenidad, sin retórica, con una dicción clara, bonita, no desacomtumbrada. Se notaba sin embargo una gran fuerza espiritual y una vida interior disciplinada y riquísima. Ella no protestaba, no discutía, no amenazaba; simplemente exponía, y en sus sobrias exposiciones los peligros de la época se hacían increíblemente claros... Ella proclamaba... que en el pueblo todos "necesitan no sólo lo que tenemos; necesitan también lo que somos"»<sup>2</sup>.

La simpatía humana de Edith Stein y su actitud objetiva hacia los problemas de la época suscitaban confianza. El P. Przywara decía que por primera vez alguien había ofrecido, no sólo a las mujeres, sino también a los hombres y al clero, una imagen verdadera de la mujer<sup>3</sup>. Las conferencias de Edith Stein tuvieron lugar en los años de la necesidad y de la reconstrucción, tras la Primera Guerra Mundial y en la época inmediatamente anterior a la toma del poder por Hitler. Un rápido vistazo a los temas nos

---

<sup>2</sup> MARIA WILKENS, *Erinnerungen an Edith Stein* en: *Katholische Frauenbildung*, año 63, 1962, Cuaderno 12, pp. 841-842 (en lo sucesivo abreviado: M. WILKENS, *Erinnerungen*).

<sup>3</sup> E. PRZYWARA, *Edith Stein*, p. 64.

muestra sus preocupaciones: «El ethos del trabajo de la mujer», «La vocación del hombre según el orden de la naturaleza y de la gracia», «Vida cristiana de la mujer», «Fundamentos de la educación de la mujer», «La misión de la mujer como conductora de la juventud a la Iglesia», y otros títulos parecidos describen los pensamientos básicos que ella presentaba ante la mujer moderna: la salvación del mundo mediante una vida como mujer cristiana y madura.

A un siglo XIX individualista siguió un siglo XX marcado por el carácter social. Edith Stein experimentó en su propia carne las consecuencias de esta revolución que repercutió hondamente en el orden político y social. La catástrofe europea de la guerra del 14 había cambiado la anterior imagen del mundo. El materialismo y los sistemas totalitarios pugnaban por el predominio. El auge de la técnica redujo las dimensiones de la tierra, de modo que los hombres quedaban unidos para bien y para mal. La vida del individuo y la del Estado no podían estar separadas hasta el punto de que los destinos de los pueblos se aceptaran sin un compromiso fraterno. Esta hora de necesidad era al mismo tiempo la hora de la mujer, que debía tomar conciencia de su nueva misión. «Los pueblos de Europa, que han combatido entre sí a vida o muerte en la Guerra Mundial, se han hundido juntos. En todas partes la cruda realidad deja paso a la convicción de que sólo juntos podrán lograr una reconstrucción. Nadie se atreve a predecir con seguridad si los esfuerzos en favor de una política de comprensión se impondrán poco a poco sobre las fuertes corrientes en contra. Que

esto es una cuestión que atañe a la mujer, a la vista está. Si la vocación de la mujer es proteger la vida y mantener unida a la familia, para ella no es indiferente el que los estados y los pueblos adopten formas que posibiliten o no la prosperidad de las familias y un futuro a los jóvenes»<sup>4</sup>.

En poco tiempo el círculo de acción de la mujer se había extendido «del hogar al mundo». Las nuevas exigencias no debían perjudicar el carácter de la mujer. ¿Cómo se lograría esta difícil tarea? El ejercicio por parte de la mujer de profesiones masculinas, como médico, profesor, químico, jurista, etc., ¿no significaba un peligro para la mujer, que hasta ahora parecía creada para ayudar, cuidar, proteger, pero no para un trabajo especializado? ¿No implicaba necesariamente la vida de trabajo una atrofia o dispersión de sus fuerzas? Edith Stein veía el peligro, pero también la necesidad de un replanteamiento. La mujer trabajadora no debía construir su vida con criterios de mera utilidad. Se producían tensiones que afectaban también a la mujer casada. A menudo la vida profesional afectaba profundamente al matrimonio y ponía a las mujeres casadas ante problemas semejantes a los de las solteras.

Para resolver estas cuestiones, Edith Stein proponía un modelo humano que dejaba traslucir la grandeza de su propia personalidad. Sin trabajos previos psicológicos o antropológicos, en los que bien podía basarse, separó la vocación de la mujer

<sup>4</sup> EDITH STEIN, *Frauenbildung und Frauenberufe, Sammlung von Beiträgen seit 1930*, Verlag Schnell und Steiner, Munich, 1956, p. 13 (en lo sucesivo abreviado: E. STEIN, *Frauenbildung*).

de una corriente arreligiosa, y diseñó una imagen del hombre y de la mujer en su mutua colaboración y su personal decisión ante Dios. La mujer no tiene su puesto, como en siglos pasados, sólo en el hogar o en el claustro. En la vida profesional aparece junto al hombre a su mismo nivel. La habitual designación de madre y compañera no es ya suficiente para abarcar su puesto. Edith Stein remitía al Nuevo Testamento que, a diferencia del Antiguo, conoce la vocación a la virginidad. La mujer no existe sólo como complemento del hombre; ante Dios tiene sus propios valores personales e inalienables. Edith Stein vio la necesidad de muchas mujeres que en medio de la vida profesional perdían su actitud religiosa y moral. Por eso invitaba a la mujer a formar su personalidad mediante una concienciación religiosa y espiritual. La lucha contra el cristianismo primitivo, escribe, fue la lucha del paganismo contra una nueva forma de religión. El ateísmo moderno se confiesa abiertamente ateo y ataca el fundamento cristiano de Occidente en sus raíces. «Nada nos es tan urgente como el bautismo con fuego y espíritu. En la gran lucha... entre Cristo y Lucifer, tienen su puesto los que están en el frente, los que han sido llamados a educar a los hombres. Nuestra tarea más urgente es equiparnos para esta lucha y mantenernos permanentemente equipados. "Si la sal se vuelve sosa ¿Con qué la salarán?"»<sup>5</sup>.

La formación intelectual de la mujer debe ir

---

<sup>5</sup> EDITH STEIN, *Notzeit und Bildung*. Conferencia pronunciada en Essen, 1932.

acompañada de una educación en los valores del alma. Para Edith Stein la base era una sana educación de las muchachas. Edith Stein acariciaba la idea de una reforma de los planes de estudio, de orientación puramente intelectual y masculina, y fomentaba una formación más amplia de las potencialidades de la mujer. La formación de la mujer no era para ella una cuestión personal; no abarcaba sólo la razón, sino toda la persona. La mujer está orientada a lo concreto, a la persona humana en particular. Esta inclinación tiene que tenerse en cuenta. Como no todas las mujeres pueden llegar al matrimonio, es importante que esta característica esencial no experimente ninguna deformación o resignación enfermiza. La mujer no tiene que ser igual en todo al hombre. Su entrega servicial, mediadora, no reduce su libertad personal ni su singularidad con respecto al hombre; únicamente sigue el mandato divino, de acuerdo con su estructura anímica y corporal. Si el varón, por el desarrollo y la especialización de sus fuerzas, está especialmente capacitado para tareas culturales, la misión primordial de la mujer que trabaja es «fundir su vocación de mujer con su vocación particular, y dar con ello a esta vocación particular un carácter femenino»<sup>6</sup>. En esto consistía para Edith Stein la solución del problema. La mujer no es sólo jurista, médica, maestra, asistente social, sino amiga maternal de aquellos que necesitan de su ayuda y cuidados. Su servicio no debe ser

---

<sup>6</sup> E. STEIN, *Die Frau*, p. 86.

absorbido por la especialización, sino que debe brotar del amor desinteresado.

Edith Stein recomendaba a sus oyentes lo que ella misma experimentaba: «Tanto si una trata con personas para cuidarlas en la enfermedad corporal, como para apoyarlas económicamente o prestarles protección jurídica, existe siempre la posibilidad, y en el fondo la necesidad, de abarcar la persona entera y actuar sobre ella... A este amor se le plantean exigencias aún mayores que en la familia, porque son muchos más los que, con sus tendencias y actuales concepciones, suscitan rechazo que los que suscitan atracción»<sup>7</sup>. Para Edith Stein esta tarea no podía resolverse sólo con los medios naturales.

En una carta mensual para la *Societas Religiosa*, una asociación de mujeres trabajadoras, a la que puso el título de «Caminos hacia el silencio interior», Edith Stein mostraba lo que se necesitaba para el desarrollo del alma femenina. La mujer debe ser «abierta», «tranquila», «vacía de sí misma», «cálida y transparente»; sólo en un corazón vacío y en paz puede penetrar la gracia y convertir a la mujer en lo que debe ser: una persona que ama. Antes de prestar apoyo a otros, tiene que estar ella misma firmemente anclada en su interior.

Edith Stein recomendaba vivir a diario con espíritu de recogimiento y de meditación. La mujer debe buscarse pausas, cada una según sus circunstancias, en las que poder encontrarse consigo misma y descansar en Dios. «Dios está ahí, y en un

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 71.

sólo instante puede darnos lo que necesitamos. Así el resto del día discurrirá quizá con mayor cansancio y esfuerzo, pero con paz. Y cuando llega la noche una mirada hacia atrás nos muestra que todo es trabajo imperfecto, y que queda mucho por hacer de lo que se había previsto; cuando eso despierta profunda vergüenza y arrepentimiento, entonces hay que aceptarlo todo tal como es, ponerlo en manos de Dios y confiárselo a El. Así se puede descansar en El, descansar realmente y comenzar el nuevo día como una nueva vida»<sup>8</sup>.

El concepto de maternidad no era para Edith Stein algo puramente sentimental. Tiene algo que ver con la firmeza y con la bondad del corazón. «La necesidad de la presencia maternal se da en todas partes. Así en la palabra maternidad podemos compendiar lo que hemos desarrollado como valores propios de la mujer. Pero debe ser una maternidad que no se quede en el estrecho círculo de los parientes de sangre o de las amistades personales»<sup>9</sup>.

<sup>8</sup> E. STEIN, *Wege zur inneren Stille*. Recopilación de escritos a cargo de W. Herbrich, Kaffke Verlag, Aschaffenburg, 1987, p. 48 (en lo sucesivo abreviado: E. STEIN, *Wege zur inneren Stille*).

<sup>9</sup> E. STEIN, *Die Frau*, p. 217.

## X. Profesora en Münster

Algunos planes vinieron a llenar la vida de Edith Stein entre 1930 y 1933. Antes de dejar su actividad pedagógica, realizó un breve y prometedor retorno a las alturas de su carrera científica. Su actividad como conferenciante, su traducción de Santo Tomás, su confrontación con la fenomenología, llevaron a sus amigos a recomendarle que se habilitase en la Universidad. En Diciembre de 1930 Edith Stein escribió a Friburgo: «Hace ya tiempo que me he dado cuenta de que ni siquiera he contestado a vuestras felicitaciones por mi onomástica... Podéis imaginaros el porqué. Salzburgo ha atraído a un círculo increíble. De repente tengo que presentarme como oradora aquí y allá, y entre tanto, montones de ejercicios. Según las previsiones, dejaré la escuela en Semana Santa (pero por favor: no digáis nada por ahora). Aún no sé qué vendrá después. He aplazado todas las cavilaciones sobre el

tema, como inútiles y estériles, hasta las vacaciones de Navidad. Pero ahora habrá que plantearse a fondo en Beuron»<sup>1</sup>.

En Marzo de 1931 Edith Stein abandonó el Palatinado. La despedida de sus alumnas y de las hermanas no fue fácil. En una carta leemos: «Me despedí en Espira el 27 de Marzo. A Santo Tomás ya no le basta con horitas arrancadas de aquí y allá; me quiere entera»<sup>2</sup>. En las últimas semanas de Espira surgió un ambicioso proyecto: *Acto y potencia*, una confrontación entre la fenomenología y la doctrina escolástica.

El año 1931 estuvo ocupado con vanos intentos de habilitarse en las Universidades de Friburgo y Breslau. Las presentaciones de los profesores Fink y Heidegger, y del profesor Honecker, así como los esfuerzos del profesor Koch en Breslau, no tuvieron éxito. Se repetía la situación de los años de la posguerra. El antisemitismo hacía su juego sucio y la docencia de un filósofo judío tropezaba con dificultades. Edith Stein sobrellevaba estas circunstancias con calma. Parecía interiormente inalterada ante la alza y la baja de esperanzas y decepciones. A la hermana Adelgundis Jaegerschmid le escribió: «Puede decirle también (al Prof. Fink) que todo este asunto no me afecta interiormente, y que ni me decepciono ni me apeno si no sale nada»<sup>3</sup>. Edith Stein hacía todo lo posible para satisfacer las exigencias que se le planteaban. Algunos meses

<sup>1</sup> E. STEIN, *Briefe* I, carta 74, p. 75.

<sup>2</sup> *Ibid.*, carta 87, p. 85.

<sup>3</sup> *Ibid.*, carta 83, p. 82.

después de su partida de Espira escribió: «Yo no sabía, cuando decidí marcharme de Espira, que sería muy difícil dejar de vivir en un convento. Pero no podía imaginar que iba a ser tan difícil como lo fue los primeros meses. A pesar de ello, en ningún momento me arrepentí, pues no dudo de que así es como debe ser»<sup>4</sup>.

Edith Stein se trasladó a Breslau de nuevo. Su madre se había resignado a aceptar que Edith se convirtiera en una profesora católica en la Universidad. Rosa Stein también necesitaba ayuda de su hermana. Se sentía abandonada en medio de un ambiente de distinto credo. Por el momento no podía pensar en su paso oficial a la Iglesia, a causa de su madre. Rosa y Edith visitaban a menudo al profesor Schulemann. Edith Stein habló poco con él sobre su habilitación, pues Schulemann no tenía influencia alguna en la Universidad. Sabía de las dificultades en el claustro de profesores y de la aversión de los neokantianos a la fenomenología. A pesar de ello, advirtió que una pensadora de la categoría de Edith Stein debía haber merecido otro trato. En sus recuerdos dice: «Nosotros —Edith Stein y yo— apenas hablamos de una habilitación. Y sin embargo creo poder adivinar que durante algún tiempo, precisamente en su ciudad natal de Breslau, se lo planteó como el ideal de su vida... Para una vida intelectualmente tan bien fundamentada y conducida con tanta aplicación como la de Edith Stein, aquel rechazo de un resultado lógicamente esperado y consiguientemente de unas

<sup>4</sup> *Ibid.*, carta 95, p. 92.

posibilidades de desarrollo, tuvo que suponer un duro sacrificio. Eso no tiene nada que ver con el orgullo o la altivez. Los presupuestos intelectuales se daban absolutamente»<sup>5</sup>.

Edith Stein continuó su actividad como confeccionista y trabajaba en la corrección de la traducción de Santo Tomás, que apareció en dos tomos en 1930 y 1931. Su estudio del tomismo aumentó hasta convertirse en una amplísima obra. Entre tanto le ofrecieron una plaza en la Academia de Pedagogía de Münster. A fin de esperar el resultado de las conversaciones con las Universidades, aún en curso, Edith Stein demoraba la respuesta.

Estas palabras suyas en una carta dejan traslucir lo poco que pensaba en su fama: «A Friburgo me gustaría ir cuando el trabajo esté ya listo. No sé qué pasará después. Y si la oferta para la Academia Pedagógica llegara primero, quizá renuncie del todo a la habilitación. Después que había comenzado el trabajo, esto era mucho más importante para mí que todos los fines para los que eventualmente pudiera servir. Dios sabe lo que tiene previsto para mí. Yo no tengo que preocuparme por ello»<sup>6</sup>.

Una amiga, que conoció a Edith Stein durante su estancia en St. Lioba, dice de ella: «Era modesta hasta lo increíble, tanto que apenas se notaba su presencia. Nunca se colocaba en primer plano. Y sin embargo, desde el primer momento, una se

<sup>5</sup> Informe del Prof. Schulemann, Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.

<sup>6</sup> E. STEIN, *Briefe* I, carta 89, pp. 86-87.

sentía como fascinada por la gran santidad que irradiaba su carácter sencillo»<sup>7</sup>. Edith Stein se decidió por Münster. Antes de partir para Westfalia, en la primavera de 1932, comunicó al P. Walzer sus deseos de entrar en el convento. El P. Walzer pensaba que la Alemania católica necesitaba su actividad en Münster. Maria Wilkens, durante largos años presidenta de la Unión de Maestras Católicas, describe su encuentro con Edith Stein en aquella época: «En el recuerdo se me aparece el primer encuentro con Edith Stein en la reunión principal de la Unión de Maestras Católicas Alemanas, el año 1932, en Essen. Yo la conocía como filósofa importante y colaboradora de Husserl, el fundador de la escuela fenomenológica. Sabía que se había hecho católica, católica radical, y que con ello había abandonado su carrera filosófica en el mundo... Yo admiraba sus trabajos filosóficos y el elevado nivel de sus conferencias en las Semanas de la Escuela Superior de Salzburgo, en los congresos de la Liga Académica Católica y de la Federación Católica de Mujeres, sus profundas ideas sobre la mujer, su misión, según la naturaleza y la gracia, sobre la mujer en el trabajo... Tuve la suerte de que esta mujer de tan extraordinaria importancia espiritual sirviera con tanto ahínco al ideario del movimiento católico de mujeres. Estábamos orgullosos de que el profesor Steffens y Maria Schmitz la hubieran ganado a ella, en quien la Alemania católica había depositado tan grandes esperanzas, como docente para el Instituto de Pedagogía

<sup>7</sup> POSSELT, p. 83.

Científica de Münster, que llevaban la Asociación Católica de Maestros y la Unión de Maestras Católicas Alemanas. Nosotras esperábamos que conseguiría una cátedra de Filosofía en la universidad»<sup>8</sup>.

Edith Stein sólo pudo trabajar un año en la academia de Münster. Empezó su nuevo trabajo con temor. Aún no había echado una ojeada al programa de las lecciones y temía que su largo distanciamiento de la carrera filosófica no le dejara establecer el necesario contacto con alumnos y profesores. Todo lo contrario. En seguida escribió encantada a Friburgo: «Es muy alentador el que poco a poco haya entrado en contacto con los profesores (el que vaya poco a poco, es sólo por mi culpa, porque sólo puedo sacar un poco de tiempo para ello) y también con las estudiantes. Dos asociaciones católicas de estudiantes y la *Elisabeth-konferenz* me han visitado por medio de sus representantes, y han pedido mi visita. En la primera tuve ya hace poco una charla-coloquio sobre cuestiones de la mujer que resultó muy animada. Yo creo que de este modo se logrará admitir también a estudiantes de la universidad como oyentes en el instituto, lo cual sería un beneficio para ambas partes»<sup>9</sup>.

Edith Stein adoptó un punto de vista católico sin componendas. Su actitud invitaba a la imitación. Una estudiante escribe: «Su carácter contagiaba fuerza. Irradiaba una actitud interior que sólo es

<sup>8</sup> M. WILKENS, *Erinnerungen*, pp. 840-841.

<sup>9</sup> E. STEIN, *Briefe* I, carta 116, p. 111.

propia de las pocas personas que tienen una rica vida espiritual»<sup>10</sup>. También en Münster era la persona, no el saber, quien ocupaba el primer puesto para Edith. «Con gran cariño dedicaba sus ratos libres a la juventud estudiantil. A las estudiantes les gustaba escuchar sus conferencias científicas y aceptaban de buen grado sus palabras y consejos de aliento para una vida ejemplarmente católica. Este trabajo con la juventud estudiantil lo veía ella como la misión querida por Dios y sacrificaba sus deseos de consagrarse a Dios en religión a este deber... Para todas nosotras era un ejemplo de la más pura y noble humanidad, y de una conciencia profundamente cristiana. Sabía ocultar sus vastos conocimientos cariñosamente tras una modestia no menos grande»<sup>11</sup>.

Edith Stein vivía en el *Collegium Marianum*, donde también entró en contacto con las postulantes de la orden que estaban estudiando. Los escasos minutos libres los aprovechaba para orar. En medio de su trabajo científico añoraba la «liturgia muda», como ella la llamaba, la plenitud de la alabanza divina, que sólo en raras ocasiones pudo celebrar en Beuron. Con tacto y habilidad condujo a algunos de sus amigos judíos a Cristo. Una de sus amigas de juventud, a quien Edith Stein había ayudado en su conversión, dice: «¡Cómo había cambiado Edith; Donde antes había orgullo, había ahora sólo una acrisolada serenidad; donde egoísmo, únicamente comprensión y bondad. Con infinita

paciencia discutía conmigo, consolándome, sobre cosas personales, cuestiones de fe, sobre todo lo que nos inquietaba. Estábamos muy cerca la una de la otra»<sup>12</sup>.

El círculo de amigos de Edith Stein y su correspondencia aumentaban sin cesar. Estaba al alcance de todos, y a todos se entregaba con la misma discreción. Su saber y su piedad no eran un obstáculo, sino más bien un medio para seguir en contacto con los problemas de las personas. Una de sus amigas de Gotinga escribe: «La visité dos veces en Münster, donde las hermanas la acogieron admirablemente. Ella tenía el máximo interés por mi trabajo. Nunca fue una mujer ajena al mundo. Le interesaba cualquier pequeñez de mi familia. Estar con ella era siempre una bendición, un beneficio, bien porque los propios pensamientos se clarificaban o porque se descubrían nuevos puntos de vista en una vieja cuestión... Era especialmente cariñosa con los niños, con los que sabía jugar y alegrarse admirablemente. A mi hijo, que nació en 1923, lo quería con toda su alma. El vino dos veces conmigo a Münster, y más tarde también otra vez a Colonia, donde le dio un beso a través de la reja, que él no podía soportar»<sup>13</sup>.

Mientras Edith Stein renunciaba a sus deseos personales y se ponía a disposición del bien espiritual y anímico del prójimo, recorría en su trabajo científico un penoso camino. En verano de 1932 escribía a Friburgo: «Tengo que sostener un

<sup>10</sup> POSSELT, p. 87.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 89.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 81.

<sup>13</sup> Informe de Frau Renand, Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.



combate bastante duro para fundamentar mi existencia científica; no con una persona —todos hacen por mí todo lo que pueden— sino con la situación que se ha producido tras diez años de alejamiento de la continuidad en el trabajo y de carencia de contacto con la vida moderna»<sup>14</sup>. Una cosa era cumplir las tareas escolares en el retiro conventual, y junto a ello trabajar científicamente, y otra muy distinta ser responsable de la construcción de una pedagogía con una base filosófico-teológica. Las cuestiones fundamentales de la pedagogía exigían una revisión de los problemas de la época actual. Las lecciones de antropología de Edith Stein constituyeron un intento de ver el misterio del hombre a la luz de la tradición europea. Entre profesores formados en distintas especialidades, se imponía una clarificación conceptual. La radical autocrítica de Edith Stein les hizo percatarse de sus propias limitaciones.

Su lucha interna se reflejaba en sus cartas a Hedwig Conrad-Martius. En ella buscaba consejo y comprensión. «¿Se ha parado Vd. a pensar lo que es pedagogía? No puede obtenerse ninguna claridad en ella, si no se posee claridad en todas las cuestiones preliminares. Todos nosotros somos gente con muy distinta herencia filosófica (el psicólogo, incluso, sin ninguna en absoluto). De modo que puede Vd. imaginarse cuán difícil es ponerse de acuerdo. Sólo estamos de acuerdo en la meta: elaborar una pedagogía católica. Eso es algo hermoso y estoy agradecida de corazón por ello.

También aprendo mucho, y únicamente siento mi espantosa ignorancia (especialmente en Pedagogía e Historia de la Filosofía) y la imposibilidad de remediarla alguna vez. Me consuela únicamente el que en esta comunidad de trabajo tengo la oportunidad de ofrecer sugerencias que otros después puedan hacer fecundas, aun cuando mis propios trabajos permanezcan siempre inaccesibles»<sup>15</sup>.

Edith Stein hablaba a su amiga de un congreso en Berlín, en 1932, en el que había atacado fuertemente a todos los profesores en sus conceptos fundamentales. Para ella era imposible pensar en una publicación antes de ponerse de acuerdo con sus colegas en las cuestiones principales. Mientras que colegas y oyentes admiraban el saber de Edith Stein, ella se sentía sin hogar y extraña, en medio de personas unidas orgánicamente en un trabajo vital. «Me doy cuenta de que en realidad he perdido la conexión por todas partes, y de que para este mundo soy totalmente inepta... Le agradezco mucho su escrito..., porque con él he visto de nuevo con claridad qué es el auténtico filosofar y dónde están mis límites. Este conocimiento de los propios límites ha hecho en mí grandes progresos en los últimos meses»<sup>16</sup>. Declaraciones de este estilo acompañaban su trabajo en Münster.

La colaboración de Edith Stein en la sesión de trabajo de la *Société Thomiste* sobre fenomenología y tomismo, en Juvisy, cerca de París, el año 1932, la confirmó en su convicción, a pesar del éxito. En el círculo de importantes representantes de la Neoes-

<sup>14</sup> E. STEIN, *Briefe* 1, carta 116, pp. 110-111.

<sup>15</sup> *Ibid.*, carta 135, pp. 131-132.

<sup>16</sup> *Ibid.*, carta 126, p. 123 y carta 139, p. 135.

colástica en Francia, Bélgica y Alemania, dominaba la discusión sobre las cuestiones concernientes a la fenomenología. Su amigo, el profesor Rosenmöller, escribe: «Ella era ciertamente quien mejor conocía la concepción de Husserl, puesto que fue durante años su asistente en Friburgo. Expuso su pensamiento con tal claridad, incluso en francés, que la impresión general fue extraordinariamente grata en esta selecta sociedad de intelectuales»<sup>17</sup>.

Mientras que los amigos de Edith Stein en Münster hablaban de su seguridad, de la inmejorable forma de su exposición y de su gran saber, ella llamaba a su actividad un «ir tirando». «Este conocimiento no me deprime en sí, es sólo que no es fácil figurar en un puesto de responsabilidad para el que una carece de tantas cosas necesarias, y tener poca intención de reparar todo ello... Hace mucho tiempo que me he resignado a seguir siendo muy ignorante; y todo lo que aún puedo trabajar será mucho más fragmentario de lo que toda obra humana ya es de por sí. Únicamente espero poder dar un empujón en la dirección por la que hay que caminar, y que otros puedan después hacerlo mejor»<sup>18</sup>.

La nueva dirección «por la que hay que caminar» consistía para Edith Stein en situar el pensamiento sobre cimientos sólidos, sin ceñirse a la antigua forma de expresión. Tomás constituía para la fenomenóloga el punto de partida para dar a la metafísica una nueva fundamentación «positiva». Como él, también Edith Stein quería «fundamentar

la explicación de toda la realidad, incluyendo la verdad revelada, y por tanto, la filosofía y la teología»<sup>19</sup>. Edith Stein buscaba puntos de contacto con una *Philosophia perennis*.

Al P. Petrus Wintrath OSB, de Maria Laach, que había criticado su edición de Santo Tomás, le escribió: «Nadie puede estar más convencida que yo misma de que para este trabajo otros estarán mejor capacitados. Quizá no me hubiese atrevido a ello si hubiese sido consciente de antemano de las dificultades. Lo he emprendido como una novicia en la escolástica (que no en filosofía) para familiarizarme con Santo Tomás. El que la obra esté acabada y el que —a pesar de sus muchas deficiencias— esté como está, lo considero casi como un milagro. Pues ha ido surgiendo en horas arrancadas de aquí y allá, junto a una actividad escolar desbordante y otras obligaciones, sin dirección y sin ayudas. Para aclaraciones más amplias de las que he hecho carecía de competencia. Quizá haya arremetido un pequeño e ignorante David contra Goliat para estimular a guerreros mejor pertrechados. Si fuera quince o veinte años más joven y libre para hacer lo que mejor me pareciese, entonces empezaría otra vez con el estudio de la filosofía y la teología desde abajo. Pero estoy en esa edad en la que debe dar fruto lo que uno ya posee, y sólo complementariamente remediarse lo que falta. Quizá tenga ocasión de pedirle consejo, y le ruego, además, encarecidamente, un memento por mis trabajos»<sup>20</sup>.

<sup>17</sup> POSSELT, pp. 91-92.

<sup>18</sup> E. STEIN, *Briefe* I, carta 126, p. 123, y carta 139, p. 135.

<sup>19</sup> *Ibid.*, carta 126, p. 123.

<sup>20</sup> *Ibid.*, carta 117, p. 112.

## XI. Persecución de los judíos

Edith Stein nunca cortó la relación con Husserl. Husserl siempre había seguido con agrado la evolución de su colaboradora. Lamentó que Edith Stein no pudiera seguirle ya totalmente, pero se esforzó sinceramente por comprender su ideología. Cuando en 1930 Edith Stein visitó al anciano matrimonio Husserl, en Friburgo, pudo exponerles abiertamente sus problemas. En aquella apertura pudo experimentar también la separación existente entre ella y Husserl. De nuevo le asaltó el pensamiento de que las discusiones, en el fondo, no sirven: la oración y el sacrificio son más eficaces. A la hermana Adelgundis Jaegerschmid, que pertenecía al círculo de alumnos de Husserl, le escribió: «Está bien que podamos hablar abiertamente con él sobre estas últimas cuestiones. Pero ello acrecienta su responsabilidad y con ello la nuestra hacia él. La oración y el sacrificio seguramente son mucho más

importantes que todo lo que podamos decirle... Una cosa es ser un instrumento extraordinario y otra estar en gracia. No somos nosotros los que tenemos que juzgar, y debemos confiar en la infinita misericordia de Dios. Pero no debemos ocultar la seriedad de las cuestiones últimas. Tras cada encuentro en el que se me hace palpable la impotencia de una influencia directa, se me agudiza la urgencia del propio holocausto»<sup>1</sup>.

Edith Stein contemplaba con consternación entre las estudiantes de Münster las invectivas contra los judíos. A pesar del amor hacia su patria, Alemania, estaba orgullosa de su origen judío. Su bautismo había robustecido esta conciencia y le había permitido ver la misión del pueblo judío con una nueva luz. Ahora la cosa era grave. No pensaba en sí misma o en su seguridad. Pensaba en los muchos que serían atacados por odio racial. Temía por sus amigos y su familia en Breslau. Una estudiante cuenta: «Nunca se le oyó una queja, era conmovedor ver su rostro sereno desfigurado por el dolor. Ya entonces tenía en sus rasgos principales un tenue resplandor del misterio, expresado más tarde en su nombre de religión: "de la Cruz". Aún hoy la oigo decir: "Todo esto se vengará alguna vez", y no me cabe la menor duda de que ya entonces veía venir el amargo castigo sobre nuestro pobre pueblo»<sup>2</sup>.

Edith Stein previó con mucha más claridad que otros el destino de los judíos. Intentó comprenderlo en el misterio de la cruz. La hermana Adelgundis

---

<sup>1</sup> E. STEIN, *Briefe* I, carta 52, p. 60.

<sup>2</sup> POSSELT, p. 90.

relata una conversación en Friburgo: «Entonces sucedió que lanzó una mirada a la cruz que había en la pared, y me pidió que mirara yo también. Con palabras que hoy ya no puedo repetir, puso en conexión el divino sacrificio de la cruz con el camino de sacrificio de su pueblo judío»<sup>3</sup>. A la vista de la persecución judía, Edith Stein maduraba en su misión propia. Cristianismo y judaísmo se unían en ella en unidad salvadora. Poco antes de su inmolación, dijo al P. Hirschmann SJ: «No puede imaginarse lo que significa para mí ser hija del pueblo escogido, pertenecer a Cristo no sólo espiritualmente, sino también por lazos de sangre»<sup>4</sup>.

En aquella época Edith Stein hizo amistad con la superiora de las ursulinas de Dorsten, la madre Petra Brüning. Con ella podía hablar de su añoranza de la vida religiosa y de otras cosas. Fue invitada a pasar la Navidad de 1932 en Dorsten. No abandonó la iglesia en toda la noche, después contestó a una pregunta de la superiora: «¡Cómo podría cansar esta noche!»<sup>5</sup>. En Dorsten Edith Stein conoció de nuevo un pedacito de su hogar, y se sentía agradecida por ello. En Enero de 1933 escribió a la M. Petra: «Quisiera darle las gracias de corazón una vez más por los benéficos y tranquilos días de Navidad, y por las horas que me ha dedicado. He de confesarle que me llevó a decidirme por Dorsten no sólo la añoranza de retiro conventual estos días de fiesta, sino también una intuición de

<sup>3</sup> Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> E. STEIN, *Briefe I*, carta 130, p. 126 y carta 133, p. 129.

que entre Vd. y yo existía una íntima unión y de que el encuentro personal había de ser de gran importancia... Ahora los días de Berlín ya se han pasado. Considerándolos únicamente por fuera, han sido para mí un éxito, y estoy profundamente agradecida a todos los que con su oración han contribuido a ello. Los frutos que puedan quedar, escapan a nuestro conocimiento. Han sido días agotadores, y Vd. me ha mostrado de nuevo claramente cuán grande y de cuánta responsabilidad es la tarea que tenemos ante nosotros... Desde el lunes por la tarde estoy de nuevo en el *Marianum* y en mi trabajo normal. Doy gracias por haber pasado ya lo peor del invierno. Seguramente me quedará todo el mes de Marzo en Münster. Para mí significó mucho el que Vd. reconociera en mí la pertenencia al *Corpus Monasticum*, y que haya visto el hábito en mi caso como algo esencial<sup>6</sup>. Esto ya es un poco una casa religiosa. En las últimas semanas he vuelto a experimentar con especial claridad la guía de la gracia de Dios. Creo ver mi misión más clara y concreta. Naturalmente, eso significa también comprender cada vez con más profundidad mi absoluta insuficiencia, y al mismo tiempo la posibilidad, a pesar de esta insuficiencia, de ser un instrumento»<sup>7</sup>.

Pronto se precipitaron los acontecimientos. El nacionalsocialismo, que en 1933 alcanzó el poder, pasó al ataque contra los judíos. Muchos judíos se quedaron sin colocación de la noche a la mañana, y

<sup>6</sup> *Ibid.*

<sup>7</sup> *Ibid.*, carta 133 p. 129.

se llevaron a cabo ataques violentos contra inocentes. El programa de armamento de Hitler, su erradicación del paro y su apelación a los sentimientos nacionales prendieron en gran parte del pueblo alemán, que esperaba de su «Führer» un futuro mejor. Los más perspicaces adivinaron en el forzado antisemitismo los preliminares de una lucha sin miramientos contra el cristianismo y toda libertad de conciencia.

Al no poder alcanzar Hitler todos los objetivos a la vez, Edith Stein parecía protegida en el Instituto católico. La visita a un profesor, cuya familia le dispensó su hospitalidad, abrió los ojos a Edith Stein. Sin saber que ella era judía, el padre de familia habló descuidadamente de los ataques contra los judíos. «Ya había oído antes de las severas medidas contra los judíos. Pero ahora me di cuenta de pronto de que Dios había puesto de nuevo con fuerza la mano sobre su pueblo, y de que el destino de ese pueblo era también el mío. No dije nada de lo que pensaba al hombre que estaba sentado frente a mí... Me habría parecido herir su hospitalidad, si con semejante noticia hubiese turbado su descanso nocturno»<sup>8</sup>.

Edith Stein quiso emprender algunas acciones en la cuestión judía. Ella esperaba que una encíclica del Papa provocaría un cambio. «Aunque correspondía a mi naturaleza —escribe— dar un paso semejante, sentía sin embargo que aún no era lo "correcto". Pero aún no sabía en que consistía "lo correcto"»<sup>9</sup>.

---

<sup>8</sup> POSSELT, p. 97.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 98.

En su viaje de Semana Santa a Beuron, donde Edith Stein esperaba hallar al abad P. Walzer, se detuvo en Colonia. Con una catecúmena participó en una meditación en el Carmelo de Colonia-Lindenthal. No prestaba atención a las palabras del predicador. «Yo hablaba con el Salvador y le decía que sabía que era su cruz lo que había caído sobre el pueblo judío. La mayoría no lo comprendía; pero los que lo comprendiesen tendrían que tomarlo libremente sobre sí en nombre de todos. Yo quería hacerlo; El sólo tenía que mostrarme cómo. Cuando la meditación tocaba a su fin, tenía ya la íntima convicción de que había sido escuchada. Pero aún no sabía en qué iba a consistir el llevar la cruz»<sup>10</sup>. Aceptó con resignación el que no se le concediera una audiencia privada con el Papa. La opinión pública mundial no tenía idea de lo que Edith Stein ya preveía en 1933. Tampoco el P. Walzer creía en sus oscuros presagios. Apenas regresó a Münster se confirmaron sus temores. Edith Stein no podía conservar su puesto público. Rechazó la propuesta de seguir trabajando científicamente en Münster hasta que la situación se aclarara.

Edith Stein recibió una oferta de Sudamérica. Pero tras una estancia de 10 días en Münster, supo que ahora era el momento que había esperado desde hacía 12 años. ¿Qué podrían seguir objetándole ahora contra su entrada en el Carmelo? En su diario leemos: «La espera se me había hecho últimamente muy dura. Me había convertido en una extraña en el mundo. Antes de comenzar la actividad en

---

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 100.

Münster, había pedido urgentemente la autorización para poder entrar en la orden. Se me negó, aludiendo a mi madre y a la efectividad que desde hacía algunos años tenía yo en el mundo católico. Yo me había conformado. Pero ahora los muros de contención se habían venido abajo. Mi efectividad se había acabado. ¿Y no me preferiría mi madre en un convento en Alemania, antes que en una escuela en Sudamérica? El 30 de Abril —era el domingo del Buen Pastor— en la iglesia de San Ludgerio, se celebraba la fiesta del santo con la oración de las trece horas. A media tarde fui allí y me dije: “No me voy antes de tener claro si puedo entrar ahora en el Carmelo”. Cuando se dio la bendición final, ya tenía el sí del Buen Pastor»<sup>11</sup>. El camino de fe de Edith Stein comenzó a adquirir nuevas dimensiones. «Sobre mí vino la paz de aquel que ha alcanzado su meta»<sup>12</sup>.

Por Pentecostés escribe a Hedwig Conrad-Martius: «No hay por qué lamentarse de que ya no dé clases; creo que detrás hay un designio grande y misericordioso. Aún no puedo decirle dónde veo claramente la solución. Probablemente ya no estaré mucho tiempo en Münster»<sup>13</sup>. La presentación de Edith Stein a las hermanas del carmelito de Colonia resultó favorable. A pesar de sus cuarenta y dos años recibió la aceptación a mediados de Junio.

La despedida de Münster no fue fácil. Como en Espira, también aquí Edith Stein dejaba tras de sí un gran círculo de personas a las que había cogido

<sup>11</sup> *Ibid.*,

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 101.

<sup>13</sup> E. STEIN, *Briefe* I, carta 143, p. 139.

carriño. Pero lo más difícil estaba aún por venir: la revelación en Breslau de su elección. «Desde mediados de Agosto hasta mediados de Septiembre quiero ir con mi madre, para prepararla poco a poco. Ella ya sabe que voy a visitar a unas religiosas en Colonia. Pero aún no le he dicho que tengo la intención de entrar en el carmelito. El 15 de Octubre puedo ingresar como postulante. Ya le contaré como ha ido todo si viene alguna vez a visitarme a mi reja... Podrá imaginarse que ya no estoy tan interesada en mi manuscrito. Quédese con él (tengo aún dos ejemplares). Me alegraré de que pueda servirle alguna vez. Dé gracias conmigo por la gracia de esta maravillosa vocación. Y para los meses de Breslau, ayúdeme con su oración... Si los tiempos no fueran tan tristes, yo personalmente tendría que darles las gracias (a los nacionalsocialistas) porque por fin me han abierto este camino. Mis familiares tienen, y esto me alegra mucho, una postura paciente y valiente... Cuando esté en esta tranquila comunidad, espero poder ayudarles mucho mejor que ahora»<sup>14</sup>.

A menudo no es fácil para los cristianos comprender el sentido de la vida religiosa. ¿Cómo podía esperarse eso de la familia de Edith Stein? Un día Frau Stein hizo la pregunta: «¿Qué harás con las monjas en Colonia?». Y Edith Stein contestó: «Vivir con ellas»<sup>15</sup>. A partir de entonces se acabó la paz. La tragedia familiar se recrudecía. Edith Stein se aferraba a sus amigos para no perder la fe en su

<sup>14</sup> *Ibid.*, carta 146, p. 143.

<sup>15</sup> POSSELT, p. 106.

vocación. La madre no se atrevía a enojarse públicamente, pero lloraba; estaba desolada. Los hermanos trataban de convencer a Edith. Frau Stein le preguntó: «¿Por qué has tenido que conocer a Cristo? No pretendo decir nada contra El. Puede que haya sido un hombre bueno, pero ¿por qué se ha hecho Dios?»<sup>16</sup>.

La Iglesia y la Sinagoga chocaban frontalmente. Frau Stein tenía 84 años, y su hija quería dejarla en el momento en que en Alemania se perseguía a los judíos... Nadie podía ayudar a Edith Stein en este callejón sin salida. «Tuve que dar este paso completamente en la oscuridad de la fe. A menudo en aquellas semanas pensaba: ¿Quién de las dos sucumbirá, mi madre o yo? Pero ambas nos mantuvimos firmes hasta el último día»<sup>17</sup>.

El último día en casa era el cumpleaños de Edith Stein, el 12 de Octubre. Como era una fiesta judía, y el final de la fiesta de los Tabernáculos, quiso pasarlo con su madre en la Sinagoga. Por la tarde, cuando ya habían terminado las visitas de los amigos, «mi madre se puso el rostro entre las manos y comenzó a llorar. Yo me coloqué tras su silla y tomé su cabeza plateada en mi pecho. Así nos quedamos largo tiempo, hasta que se dejó convencer para ir a la cama. La conduje arriba y la ayudé a desvestirse por primera vez en mi vida. Después aún me senté en su cama, hasta que ella misma me envió a dormir. Aquella noche ninguna de las dos encontró descanso»<sup>18</sup>.

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 108.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 107.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 108.

La familia se plegó sin violencia a aquella decisión incomprensible para ellos. Cuando Edith Stein, exhausta, se sentó en el tren para ir a Colonia, todo le parecía una pesadilla. «Ahora veía lo que apenas me había atrevido a esperar. No podía romper en una alegría bulliciosa. Lo que quedaba atrás era demasiado horrible para ello. Pero estaba profundamente serena, en el puerto de la divina voluntad»<sup>19</sup>.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 109.

## XII. En el Carmelo de Colonia

«Acudió corriendo al carmelo con sencillez, como un niño a los brazos de su madre, sin arrepentirse ni un instante de este fervor casi ciego. Ya en una ocasión San Benito describió este paso: "Ahora tenemos que apresurarnos y hacer todo lo que sea de valor para la eternidad"»<sup>1</sup>. El P. Walzer estaba sorprendido de lo pronto que Edith Stein se había aclimatado en su nuevo ambiente de Colonia. Temía que a la larga no se sintiera a gusto en una clausura estricta, entre hermanas sin formación académica. Pero Edith Stein no se hacía cavilaciones sobre la forma o la dureza de su futura vida en el carmelo; tampoco deseaba poder trabajar intelectualmente. Nadie pudo interceder por ella ante sus superiores en este sentido. Su vocación era auténtica y ninguna intención oculta turbaba su propósito. La

<sup>1</sup> POSSELT, p. 125.

llamada al carmelo se basaba para ella exclusivamente en los amorosos designios de Dios para con el hombre. Esto lo había aprendido Edith Stein sobre todo de Teresa de Lisieux. En 1933 escribió sobre esta santa: «Mi impresión era sólo que su vida fue una vida humana modelada hasta el fondo única y exclusivamente por el amor de Dios. Yo no conozco nada más sublime. Y de él quisiera yo empapar lo más posible mi vida y la de los que me rodean»<sup>2</sup>. De las hermanas del carmelo decía: «Lo mejor es que el espíritu del carmelo es el amor, y que este espíritu está totalmente vivo en esta casa»<sup>3</sup>.

Edith Stein no tenía otro deseo que poner sus dones a disposición de Dios sin reservas. Lo que a otros parecía natural, no era para aquella postulante de 42 años ninguna pequeñez. Sobre una gran carmelita de Colonia del siglo XIX, escribió: «No fue pequeño sacrificio para ella, que desde hacía años había sido su propia dueña, hacerse niña de nuevo a sus 46 años: obedecer, someter el propio juicio al de la superiora. Más tarde confesó que fue un trago amargo para ella. "Es mucho más fácil dejarse crucificar con el salvador que hacerse niño pequeño con El". Pero lo consiguió»<sup>4</sup>.

Edith Stein, filósofa y experta en cuestiones de educación, tuvo que dejarse enseñar en el carmelo. Su fuerte había sido siempre escuchar a los

<sup>2</sup> E. STEIN, *Briefe I*, carta 137 p. 133.

<sup>3</sup> *Ibid.*, carta 147, p. 144.

<sup>4</sup> E. STEIN, *Eine deutsche Frau und grosse Karmelitin: Mutter Franziska von den unendlichen Verdiensten Jesu Christi OCD, (Katharina Esser) 1804-1866*, en: *Die in Deinem Hause wohnen*, ed. por P. Eugen Lense, Verlag Benziger, Einsiedeln/Colonia, 1938, p. 157.



maestros del saber y de la santidad. Fue discípula de Edmund Husserl y se dejó guiar por Santa Teresa y Santo Tomás cuando buscaba la verdad. Pero siempre hasta ahora había sido, en su vida personal, su dueña y señora, y su autoridad espiritual era indiscutida en amplios círculos.

Ahora era distinto. Se hallaba en un círculo de novicias que, aunque veinte años más jóvenes, sabían mejor que ella todo lo que se pide en el carmelo. Aquí nadie pedía consejo a la inexperta postulante en las cosas de la casa. La mayoría de las hermanas no tenía idea alguna de la anterior actividad de Edith Stein<sup>5</sup>. Teresa de Avila quería para sus monjas una vida recia llevada con amor apostólico y trabajo sencillo. Nada debía desviar el espíritu de su descanso en Dios.

En la atmósfera de aquel jovial noviciado, Edith Stein revivía. Desaparecieron de su rostro las huellas de los pasados sufrimientos y comenzó a mostrar una radiante serenidad. Se adaptó a sus jóvenes compañeras, y soportaba su propia torpeza con «tranquilidad y buen humor». Se le hacía difícil grabar en la memoria las ceremonias y costumbres de la casa. A causa de su actividad intelectual, tenía poca experiencia en los trabajos que se le asignaban. A la madre Petra le escribió: «Por ahora aún tengo que decirle que Vd. estaría poco satisfecha con mi manera de rezar el oficio. Además soy una torpísima novicia con la que la superiora y las hermanas han de tener mucho cariño y paciencia, y todavía pasará mucho tiempo hasta que pueda convertirme en una

religiosa de algún provecho. Ayúdeme por ello a pedir para que corresponda al gran don de esta vocación»<sup>6</sup>.

Una connovicia cuenta: «Yo no podía decir a primera vista cuántos años tenía Edith Stein. Pero su cabello, levemente gris en las sienes, le hacía aparentar más años. Así que no me sorprendí cuando algún tiempo después me enteré de que ya tenía 42 años. Vivía entre nosotras como una más, sin hacer la más mínima excepción. No puede ponderarse suficientemente esta sencillez y naturalidad. El carácter serio desapareció pronto y parecía como si hubiera rejuvenecido veinte años. Sus reservas primeras se convirtieron poco a poco en una desenfadada accesibilidad. Al poco tiempo tanto ella como nosotras teníamos la sensación de haber vivido toda la vida juntas. Algunas semanas después supimos más detalles sobre el origen judío de Edith Stein y su anterior actividad. Mi sorpresa fue grande, y aumentó a medida que fui conociendo a esta persona totalmente entregada a Dios.

Era especialmente llamativo su fervor en la oración. La liturgia la cautivaba por completo. El punto culminante era la Santa Misa, que celebraba como su propio sacrificio. Mostraba gran celo en el oficio de coro, y a menudo, cuando se le permitía, pasaba largas horas en callada oración ante el sagrario los domingos y días de fiesta. Durante estos diálogos con Dios, el tiempo y el espacio casi desaparecían. También me llamó la atención su

<sup>5</sup> POSSELT, pp. 112-113.

<sup>6</sup> E. STEIN, *Briefe* I, carta 159, p. 155.

gran respeto hacia nosotras, las hermanas más jóvenes; buscaba adaptarse en todo a nosotras con cariño y humildad. Sólo en una conversación en los últimos años pude percatarme de que esa adaptación en modo alguno fue fácil para ella. En aquella ocasión me confesó lo difícil que se le había hecho el aclimatarse. Yo no sospechaba nada de sus dificultades, sino que le contaba lo difícil que se me había hecho amoldarme al Carmelo con mis veinte años. Ella contestó: "Ya lo creo. Pero con cuarenta el noviciado también puede ser muy duro... Naturalmente son dificultades distintas a las que se tienen a los veinte". Si no me lo hubiera dicho ella misma, apenas lo hubiera creído. Parecía como si para ella todo fuese normal. ¡Qué veneración tenía hacia las superiores!

Como en todas las prácticas de la regla, también se esmeró en las del noviciado. Nuestra maestra de novicias tenía al principio algo de reparo en dar las clases de noviciado a una eminencia. Pero Edith Stein era tan amable y tan dócil, que aquellos pensamientos desaparecieron pronto. Tenía siempre la necesidad de aprender. Un día no pudo asistir a la clase porque uno de sus amigos filósofos quería hablar con ella. Por la tarde en la recreación nos preguntó: "¿Qué cosas bonitas habéis escuchado hoy en el noviciado?" Yo contesté en seguida: "¡Vaya! Pues quien no está, tampoco oye nada. Y ella contestó agudamente: "Sí, pero en la Escritura se dice: Aprendí la sabiduría sin engaño, la reparto sin malicia (Sb 7, 13)". Me impactó profundamente, y después de corresponder a su petición, pensé que Edith daba testimonio de sí misma con las palabras

de la Escritura, sin saberlo: tan claro y límpido era todo en ella. A causa de su falta de experiencia en los menesteres de la casa, cometía algunas faltas, por las que, según costumbre en los noviciados, tenía que aceptar una amonestación o una corrección. Nunca vi que se mostrara susceptible por ello, sino que más bien era conmovedor ver con qué humildad y tranquilidad sobrellevaba estos incidentes y trataba de aprovecharlos para su propia santificación. Nunca perdió por ello su alegre sonrisa. Pero no hay que pensar que Edith Stein tenía una naturaleza pasiva, por la que todo pasa sin dejar huella. Tenía un temperamento muy vivo, incluso ardiente, que se reflejaba en sus hermosos y radiantes ojos. Pero su gran autodomínio inundaba toda su persona y nunca vi que lo perdiera ni siquiera un instante.

Es sabido que en ningún sitio se ríe y se bromea tanto como en los noviciados. Se ríe por todo y por nada. Edith Stein también se entregaba a esta despreocupada alegría. Sabía reírse con tantas ganas, aun cuando fuera a su costa, que a veces las lágrimas le corrían por las mejillas. Recuerdo muy bien que en cierta ocasión, en la época del noviciado, tuve una gran preocupación. Tan discretamente como podía Edith Stein procuraba alegrarme con pequeñas observaciones o decirme suavemente una palabra de consuelo. Para eso era muy sensible, y quería entregarse a todos por amor a Cristo. En la recreación nos hablaba de su agitada vida, y podía notarse la fuerte unión con su piadosa madre judía y con sus hermanos. Era una persona que despertaba confianza y que compartía su entrega sin dobleces. Siempre se esforzó por

doblegar su voluntad y obedecer hasta en las cosas más pequeñas»<sup>7</sup>.

En un artículo sobre Teresa de Avila, escribió: «Sólo quien no se tiene en cuenta para nada, quien ya no halla en sí nada que merezca la pena defender o conseguir, sólo en ése hay sitio para una actuación ilimitada de Dios»<sup>8</sup>. O: «En el jardín de infancia de la vida espiritual, cuando apenas hemos comenzado a dejarnos guiar por Dios, sentimos la mano providencial de Dios firme y fuerte; ante nosotros vemos con claridad meridiana lo que tenemos que hacer y dejar de hacer. Pero no siempre es así. Quien pertenece a Cristo debe vivir toda la vida de Cristo. Tiene que alcanzar la madurez de Cristo, tendrá que recorrer alguna vez el camino de la Cruz hacia Getsemaní y el Calvario. Todos los sufrimientos que vienen de fuera no son nada en comparación con la oscura noche del alma, cuando ya no brilla la luz divina y ya no habla la voz del Señor. Dios está ahí, pero está oculto y calla. ¿Por qué? Son siempre misterios de Dios... que no se dejan penetrar hasta el fondo... Cada uno de nosotros está así sobre el alambre entre la nada y la plenitud del amor divino»<sup>9</sup>. Estas palabras de una conferencia de 1930 muestran el camino de Edith Stein. También en el Carmelo sabía que era peregrina.

---

<sup>7</sup> Informe de la hna. Electa, Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.

<sup>8</sup> E. STEIN, *Eine Meisterin der Erziehungs- und Bildungsarbeit: Teresa von Jesus*, en *Katholische Frauenbildung im deutschen Volk*, año 48, Febrero 1935, pp. 122-123 (en lo sucesivo abreviado: E. STEIN, *Eine Meisterin der Erziehungsarbeit*).

<sup>9</sup> E. STEIN, *Weihnachtsgeheimnis*, en *Wege zur inneren Stille*, p. 12.

Después de haberse acostumbrado a esta nueva forma de vida, vino la espera gozosa de la festividad en la que le sería entregado el hábito de la orden. A la M. Petra le escribió: «Le pido encarecidamente su oración para las próximas semanas, pues sé que aún debo ganarme el santo hábito con duras pruebas. Vd. ya sabe que mi madre se rebela otra vez con todas sus fuerzas contra mi próxima toma de hábito. Es muy duro contemplar el dolor y el conflicto de una madre y no poder ayudarla con ningún medio humano»<sup>10</sup>. Edith Stein no podía ceder a la oposición de su madre contra su incorporación a la orden. Frau Stein sólo veía el distanciamiento que se producía entre su hija y el pueblo judío. Durante años no contestó a las cartas que semanalmente le llegaban. En la fiesta de la toma de hábito, que tuvo lugar el domingo del Buen Pastor, el 15 de Abril de 1934, no estuvo presente nadie de la familia de Edith Stein entre la gran multitud de invitados. Sólo sus hermanos la habían escrito. Los asistentes a la fiesta estaban impresionados por el gozo de Edith Stein y por su aspecto juvenil. Gerta Krabbel, la presidenta de la Liga de Mujeres, saludó a Edith Stein antes de la celebración con el traje de novia y exclamó: «Me alegro de poder verla así. Así está ideal»<sup>11</sup>.

Gertrud von Le Fort, que tenía amistad con Edith Stein, decía que en la redacción de su libro, *La mujer eterna*, había tenido siempre ante ella en su mesa de trabajo la foto de novia de Edith Stein.

---

<sup>10</sup> E. STEIN, *Briefe* I, carta 165, p. 161.

<sup>11</sup> EDITH STEIN, *Briefe* II, carta 171, p. 5.

Edith Stein trataba de realizar lo que en una de sus conferencias había expresado: «La vida de la esposa de Cristo es una maternidad sobrenatural para con toda la humanidad redimida. Da igual que trabaje directamente con las almas o que sólo pueda dar frutos a través de su inmolación, de los cuales frutos ni ella ni quizá persona alguna tenga conocimiento»<sup>12</sup>.

Edith Stein se llamó en la orden hermana Teresia Benedicta a Cruce, Teresa Benedicta de la Cruz. Con este nombre expresaba su agradecimiento a Santa Teresa y a San Benito, y su amor a la pasión de Cristo. «¿Me pregunta por mi patrono?» —contestaba a la madre Petra—. Naturalmente es el Santo Padre Benito. El me adoptó y me dio acogida en su orden, aunque ni siquiera fui oblata, porque siempre tuve ante mis ojos el Monte Carmelo»<sup>13</sup>.

El abad P. Walzer ofició la ceremonia de la toma de hábito y pronunció la homilía. Esta resultó demasiado elogiosa para Edith Stein, de modo que se alegró cuando terminó el acto. En el locutorio el abad le preguntó cómo se encontraba y solicitó una respuesta poco diplomática. «Hallé confirmado lo que había esperado: me dio por respuesta, con la vitalidad de la naturaleza ardiente que le era propia, que se sentía totalmente como en casa, en cuerpo y alma. En ello no había que ver un especial milagro de la gracia. Todo parecía ser el resultado

de una evolución natural dentro de su madurez natural»<sup>14</sup>.

Edith Stein escribió agradecida a la M. Petra: «No sabe Vd. lo poco que se necesita para dar contento a las hijas del carmelo, y lo generoso que resultó para nosotras el envío. Tanto amor y tanta bondad me avergonzarían profundamente si yo no supiera que, más que por mí, es por la santa vocación para la que he sido elegida sin mérito alguno por mi parte, y que Vd. tan hondamente ha captado. Por eso cualquier nueva prueba de afecto es para mí un estímulo para concentrar todas mis fuerzas a fin de ser un "vas electionis" menos indigno... En relación con la plenitud de gracia que nos llega cada día, la pobre alma humana es muy pequeña»<sup>15</sup>. Y algo más tarde: «Cuando se llega a realizar algo que durante largo tiempo he estado pidiendo insistentemente, casi siempre es para mí más emocionante que cuando me escuchan en seguida. Todavía sigo estupefacta ante la increíble gracia que se me ha concedido»<sup>16</sup>.

Edith Stein no permaneció en el convento ajena al mundo o sin comprensión para las necesidades de los otros. Pudo mantener la relación con los amigos y los necesitados de consejo de su gran círculo de amistades. A la madre Petra le pidió que expresara abiertamente sus necesidades, «pues cuanto más concreta es la imagen, tanto más nos mueve a acudir en ayuda de nuestras hermanas de fuera con la oración. También creo que le sentaría

<sup>12</sup> E. STEIN, *Frauenbildung*, p. 124.

<sup>13</sup> E. STEIN, *Briefe* II, carta 178, p. 13.

<sup>14</sup> POSSELT, p. 126.

<sup>15</sup> E. STEIN, *Briefe* I, carta 165, p. 160.

<sup>16</sup> E. STEIN, *Briefe* II, carta, 171, p. 5.

bien pasar unos días con nosotras. Es verdad que no podemos ofrecerle nada extraordinario —ninguna liturgia hermosa, o algo por el estilo—, sino sólo nuestra alegre pobreza y nuestra paz. Pero a nosotras se nos hace mucho más fácil guardar esto, que a aquellos que día a día, hora a hora, han de estar en el combate. Por ello me alegro siempre cuando alguien puede llevarse algo como refuerzo para la lucha»<sup>17</sup>.

Los amigos judíos de Edith Stein buscaban en ella consuelo y consejo, y discutían con ella sus planes de emigración. En el locutorio siempre estaba dispuesta a ayudar. Ella no veía contradicción entre las exigencias de la vida de oración y las del amor al prójimo. «Una sólo puede esforzarse en vivir cada vez con más fidelidad y pureza la vida que ha escogido, para presentarla como un sacrificio aceptable para todos. La confianza que se pone en nosotras, la altísima estima, casi terrible, que tantas personas de fuera tienen de nuestra vida, es siempre un nuevo estímulo para ello... Pero yo siento esta paz diariamente como un desbordante don de la gracia, que no puede dársele a una para sí misma; y cuando alguien se acerca a nosotras cansado y abatido, y puede sacar de aquí algo de paz y de consuelo, entonces me siento feliz»<sup>18</sup>.

Edith Stein sabía que, según los cálculos humanos, no estaba a salvo en el Carmelo. Su mirada a la situación de los tiempos le decía que debía contar con lo peor. A una visitante le dijo que probable-

mente la buscarían también en el convento. El provincial quería que Edith Stein empleara sus aptitudes científicas. En el poco tiempo que para ello le quedaba, escribió contribuciones para revistas y preparó su índice de Santo Tomás.

Un año después de la toma de hábito Edith Stein profesó los primeros votos. A su amiga Hedwig Conrad-Martius le escribió: «Me alegra pensar en la profesión que será en Abril. Pero conviene no tener la necesidad de "acabar", pues tengo la sensación de que el noviciado propiamente dicho acaba de empezar, desde que mi familiarización con las circunstancias externas (ceremonias, tradiciones y cosas por el estilo) ya no necesita tanta atención»<sup>19</sup>. Y a la M. Petra: «Si Vd. quiere imaginarme en mi sitio en el coro, no me vea, por favor, con capa blanca (pues ésa sólo nos la ponemos para comulgar y para las fiestas de primera clase), sino con el viejo hábito marrón, humildemente sobre el suelo. Tampoco mis meditaciones son altos vuelos del espíritu, sino generalmente simples y modestas. Lo mejor de ellas es el agradecer que se me haya concedido este lugar como patria en la tierra»<sup>20</sup>. «Mucho me gozo en el silencio. Me gusta mucho el oficio, y sólo a disgusto me quedo sin ir al coro, aun en las horas menores; el cimiento de nuestra vida son las dos horas de meditación que tenemos en nuestro horario. Desde que disfruto de este beneficio, me he dado cuenta de cuánto me ha faltado fuera»<sup>21</sup>. En la madrugada del 21 de Abril de 1935,

<sup>17</sup> E. STEIN, *Briefe* I, carta 165, p. 161.

<sup>18</sup> *Ibid.*, carta 164, pp. 159-160.

<sup>19</sup> E. STEIN, *Briefe* II, carta 189, p. 26.

<sup>20</sup> *Ibid.*, *Briefe* II, carta 182, p. 18.

<sup>21</sup> *Briefe* I, carta 168, p. 164.

el domingo de resurrección, Edith Stein emitió sus votos. Preguntada por una hermana cómo se sentía, respondió espontáneamente: «Como la novia del Cordero»<sup>22</sup>.

Cuando poco después Hedwig Conrad-Martius tuvo ocasión de hablar con ella, quedó impactada. «Aquella hora se me ha quedado grabada indeleblemente. Edith había tenido siempre en sí por naturaleza algo de infantil y jovial. Pero la candidez, la alegría y el recogimiento que había ganado, eran, si puedo decirlo así, fascinantes. El maravilloso doble sentido de la palabra *gratia*, gracia y don, estaban aquí unidos. Edith me habló en aquella hora con total franqueza de las dificultades que le había supuesto el año de noviciado, gracias a las cuales pudo cumplirlo. ¿Cuánto había ganado en ello!»<sup>23</sup>.

A la primera profesión siguió un lapso de tiempo de tres años. El primer cambio decisivo para Edith Stein fue el encargo de la superiora de terminar el manuscrito de *Acto y Potencia*, iniciado en Espira. El horario en el carmelo está dispuesto de tal manera que el tiempo de trabajo siempre se ve interrumpido por prácticas de oración. ¿De dónde podía sacar tiempo Edith Stein para una obra científica de tal envergadura? Ella veía que el tratado necesitaba una reforma total. Sin los medios científicos necesarios y sin posibilidades de expresión, intentó dar lo mejor de sí. ¿Cuánto autodominio tuvo que tener Edith Stein para soltar

<sup>22</sup> Proceso de Beatificación y Canonización de Colonia, p. 17.

<sup>23</sup> Hedwig Conrad-Martius, en: E. STEIN, *Briefe an H. Conrad-Martius*, p. 74.

la pluma de la mano a cada toque de campana, e interrumpir la concentración profunda! Confesó que había sido para ella su mayor penitencia. Al llegar el domingo decía radiante: «¡Gracias a Dios hoy no tengo que escribir, hoy puedo rezar!»<sup>24</sup>. Edith Stein había expresado en un escrito anterior lo que pensaba de la actividad intelectual. «El intelectual se da cuenta de que las últimas verdades y las más sublimes no pueden desvelarse con la razón humana, y de que en las cuestiones más esenciales, y por tanto en la vida práctica, el hombre más sencillo puede, en razón de una más alta iluminación, estar por encima del mayor de los sabios. Por otro lado reconoce el legítimo ámbito de la actividad racional natural, y desarrolla aquí su trabajo, como el labrador trabaja la tierra, como algo que es bueno y útil, pero cercado por estrechos límites, como toda obra humana... Utilizará su entendimiento como el carpintero utiliza sus manos y la garlopa, y si con su trabajo puede aprovechar a los demás, estará dispuesto a ello de buen grado»<sup>25</sup>. En Mayo de 1935 Edith Stein escribía a la M. Petra: «También para mí le pido muy de veras la ayuda de su oración. Desde hace semanas he vuelto al trabajo filosófico y me encuentro ante una gran tarea, para la cual me falta mucho, muchísimo de lo que sería necesario. Si no confiara en la bendición de la santa obediencia, y en que el Señor puede también hacer algo por medio de un instrumento muy frágil e

<sup>24</sup> Comunicación personal.

<sup>25</sup> E. STEIN, *Der Intellekt und die Intellektuellen*, en: *Wege zur inneren Stille*, pp. 74-75.

inútil cuando a El le agrade, tendría que abandonar el empeño. Así que hago lo que puedo y levanto los ánimos ante el Sagrario, cuando se me desalientan por la erudición de otras personas »<sup>26</sup>. Trabajaba en su obra con gran concentración, de modo que sus superiores temieron por su salud. Agradecía mucho cuando alguno de sus amigos, como el Prof. Alexander Koyré, la animaba en el locutorio a perseverar en sus convicciones filosóficas. Temía que su liberación de todos los menesteres domésticos, supusiera una carga demasiado grande para una comunidad tan pequeña. Después de una de esas reanimaciones, escribió a Hedwig Conrad-Martius: «Ya me hacía falta, pues un trabajo así no cuadra bien en nuestro ambiente, y exige algún sacrificio, no sólo por mi parte, sino también de todas mis queridas hermanas»<sup>27</sup>.

Poco después de terminar su trabajo filosófico, al que llamó *Ser finito, ser eterno*, hubo de experimentar un gran dolor. El 14 de Septiembre, festividad de la Exaltación de la Santa Cruz, murió su madre en Breslau tras una larga agonía. A lo largo de todo el verano, Edith Stein había pedido a sus amigos que la ayudaran con sus oraciones a librar de la desesperación a su madre, que tenía ya 87 años. Frau Stein, tras la profesión de su hija, había comenzado a contestar las cartas de Colonia, con pequeños saludos, pero la amargura seguía. En el invierno de 1936, Rosa Stein se convirtió. Para las dos hermanas fue una gran alegría. Edith Stein

<sup>26</sup> E. STEIN, *Briefe* II, carta 204, p. 42.

<sup>27</sup> *Ibid.*, carta 123, p. 50.

se había roto la muñeca y el tobillo al caer por una escalera. Pudo por ello dar a Rosa las últimas lecciones para su conversión en el Hospital de la Trinidad y participar en su bautizo, que celebró el prelado van Acken en la capilla del Hospital de Hohenlind. Tras su vuelta al convento se hizo cargo de la enfermería.

En el otoño de 1937 el Carmelo de Colonia celebró una gran fiesta. El cinco de Noviembre de 1637 llegaron las primeras Carmelitas desde Bélgica. En 1802 las últimas hermanas tuvieron que abandonar el Carmelo María de la Paz, y las siguientes fundadoras ya no lograron recuperar la casa. La priora Teresia Renata Posselt escribió una crónica conventual sobre los cambiantes acontecimientos de los tres siglos anteriores. Edith Stein y la cronista la ayudaron. Nadie sospechaba entonces que ocho años después, al acabar la guerra, se iniciaría la reconstrucción del Carmelo originario.

El manuscrito de Edith Stein *Ser finito, ser eterno*, aún no estaba en prensa. Lo intentó ante varios editores. A la M. Petra le decía en carta: «No sé si todavía escribiré algo importante. Por el momento me parece que están antes otras tareas. Acepto lo que venga, y sólo pido que se me den las cualidades necesarias para ello. En cualquier caso, es una buena escuela de humildad tener que esforzarse continuamente en hacer cosas que sólo pueden acabarse de forma imperfecta»<sup>28</sup>.

En 1937 Edith Stein se encargó del servicio telefónico. Tenía que regular la relación del mundo

<sup>28</sup> *Ibid.*, carta 254, p. 98.

exterior con el convento, con mucho trabajo y muchas llamadas. Una connovia dice: «No podría ponderar suficientemente la bondad y servicialidad de Edith Stein. No era ninguna beata, sino que estaba en todo momento dispuesta a echar un cable. Yo creo que su lema era "Ama et fac quod vis". ¡Cuántas veces me consoló y me edificó! Una tarde estaba yo muy abatida. Edith Stein lavaba los platos en la cocina; era ya silencio mayor. Debí notar con qué ánimos estaba yo. Como no podía hablar, vino hacia mí y me sonrió con infinita bondad. No podré olvidarlo jamás. Mi preocupación desapareció pronto. ¡Qué paciencia tenía cuando había jaleo en la cocina y tenía que esperar! Ella procuraba no causar tampoco ninguna molestia ni trabajo. En una ocasión hablamos en la recreación de la muerte. Yo exclamé entusiasmada: "Cuando yo me muera, las hermanas me cantarán la *Salve Regina*". Ella me miró pensativa, y después dijo seriamente: "Pues cuando yo me muera, podrán cantar el *Te Deum*"»<sup>29</sup>.

En las cartas de Edith Stein aparecen repetidamente expresiones como ésta: «Tendríamos tanto que decirnos si volviera Vd. alguna otra vez. Pero lo principal es que sigamos unidas en la oración y que algún día nos encontremos en la luz eterna. El deseo de ella crece a medida que ve una partir a los otros»<sup>30</sup>. El deseo de Edith Stein era poder hacer pronto la profesión perpetua. A la M. Petra le escribió: «En su última carta me mandaba Vd. la

<sup>29</sup> Informe de la hna. Electa, Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.

<sup>30</sup> E. STEIN, *Briefe* II, carta 224, p. 64.

hermosa imagen de la Santa Faz de Turín. La tomé como un regalo del Señor y pensé que sería una de sus gracias para prepararme para la profesión. La he colocado sobre la mesita de mi celda, para contemplarla frecuentemente»<sup>31</sup>.

La señora Renand, una conocida de Edith Stein, relata una visita al carmelo en los años 36-37: «Yo pasaba por aquella época una temporada en Renania, y la profesora de filosofía de nuestra escuela me había pedido que le trajera toda la información posible sobre Husserl. Me dirigí al Prof. Dempf, y él me dijo que lo más sencillo sería visitar a Edith Stein. Edith me explicó la filosofía de Husserl en un brillante resumen. A continuación estuvimos conversando sobre Alemania y su fatal destino. Ella parecía adivinar lo peor y prever el desencadenamiento de la catástrofe. En aquella grave conversación hizo gala de su claridad y de su fuerza de espíritu, su fe profunda y su confianza sólo en Dios. Yo era entonces una jovencísima extranjera, inexperta en aquellos temas, y Edith habló conmigo con la sencillez, apertura y amabilidad de una hermana mayor. Aquel encuentro me impresionó mucho»<sup>32</sup>. A mediados de 1937 escribí a una dominica: «La suerte de nuestras hermanas de España nos anuncia que tenemos que estar preparadas. Estos trastornos que suceden a nuestro alrededor son una saludable advertencia»<sup>33</sup>. Edith Stein no se hacía ilusiones. Recorría decidida con su

<sup>31</sup> *Ibid.*, carta 254, p. 97.

<sup>32</sup> Informe de la sra. Renand, Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.

<sup>33</sup> E. STEIN, *Briefe* II, carta 238, p. 80.



pueblo el camino de la cruz. Muchos de sus amigos abandonaron Alemania. También ella daba vueltas a la idea de emigrar a Palestina, al Carmelo de Belén, para no poner en peligro a su convento.

El 21 de Abril de 1938, festividad de Jueves Santo, Edith Stein pudo por fin hacer la profesión solemne. Cuatro semanas antes de su profesión escribió a la hermana Adelgundis Jaegerschmid, que asistía a Husserl: «Nuestros saludos van de un lecho de muerte a otro. Después de un año de sufrimiento, hoy ha partido dulcemente para la eternidad nuestra hermana Clara. A ella le he encomendado a nuestro querido maestro, y lo haré esta noche de nuevo, durante el velatorio. Creo que en su compañía estará bien seguro. Era la mayor de nuestras hermanas legas, infatigable en los trabajos más humildes; un espíritu fuerte y varonil que comprendió y vivió con decisión el ideal carmelitano. Ha sido una vida totalmente espiritual alimentada por la fe. No tengo preocupación por mi querido maestro. He estado siempre muy lejos de pensar que la misericordia de Dios se ciñe a las fronteras de la Iglesia visible. Dios es la verdad. Quien busca la verdad, busca a Dios, séale o no manifiesto»<sup>34</sup>.

A partir del Jueves Santo, Husserl ya no aludió más a su trabajo filosófico. Se sentía liberado de su tarea y dirigió sus ojos hacia Dios. Su vuelta a Cristo, que había estado oculto por la filosofía, se produjo finalmente. Al despertarse el Viernes Santo dijo: «¡Qué gran día, Viernes Santo! Sí,

<sup>34</sup> *Ibid.*, carta 259, p. 102.

Cristo nos ha perdonado todo»<sup>35</sup>. Y por la tarde, después de un terrible ataque de asma: «Hemos pedido a Dios fervientemente que nos permita morir. Ahora nos ha concedido permiso. Pero seguir viviendo es una gran decepción. Dios es bueno, sí, Dios es bueno pero incomprensible. Es ésta una gran prueba para nosotros... luz y oscuridad, sí, mucha oscuridad, y de nuevo luz»<sup>36</sup>.

En unión con todas las personas que le rodeaban, los labios de Husserl pronunciaban palabras de agradecimiento, de amistad. Los últimos días los pasó en silencio. Poco antes de su muerte, el 27 de Abril, su rostro se iluminó. Exclamó: «¡Oh, he visto algo maravilloso, escriba en seguida!»<sup>37</sup> Antes que la celadora llegase, Husserl se había llevado consigo el secreto. Su muerte como creyente fue un gran regalo para Edith Stein. En una carta a los amigos de Friburgo decía: «Pense que sería en circunstancias parecidas a las de mi querida madre, que murió al tiempo de la renovación de mis votos. No piense Vd. que tengo tanta confianza en mis oraciones o incluso en mis merecimientos. Estoy convencida de que Dios no llama a nadie sólo para Él, y de que cuando toma algún alma, es pródigo en manifestaciones de amor»<sup>38</sup>.

<sup>35</sup> ADELGUNDIS JAEGERSCHEMID OSB, *Die letzten Jahre Edmund Husserls*, en: *Stimmen der Zeit*, año 106, Tomo 199, Friburgo, 1981, p. 137.

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 138.

<sup>37</sup> *Ibid.*

<sup>38</sup> E. STEIN, *Briefe* II, carta 262, pp. 104-105.

### XIII. La Filosofía de Edith Stein: la pregunta por el ser y la construcción de la persona

Los colegas de Edith Stein testimonian que también como carmelita siguió siendo una auténtica filósofa. Sin embargo en los años de la posguerra, cuando los horrores del Nacionalsocialismo aparecían cada vez con más fuerza en la conciencia de los alemanes, en el descubrimiento de Edith Stein se prestó más atención a su radical actitud de fe y al sacrificio consciente de su vida, sin dejar por ello totalmente de lado su obra filosófica. Erich Przywara expresó esta tendencia con las siguientes palabras: «Edith Stein en el fondo siguió siendo extraña entre aquellos que se habían convertido en los suyos, mientras que, curiosamente, fueron precisamente los discípulos no creyentes de Husserl los que nunca cesaron en su admiración por Edith Stein. Ella tenía ciertamente una gran reputación, precisamente en la Liga Académica Católica de Alemania y en la Federación Católica de Mujeres,

hasta el punto de que en su toma de hábito estuvo presente un gran número de importantes visitantes; la procesión de gente en el locutorio no cesó desde la mañana hasta la noche. Pero su deportación a Polonia y su muerte la convirtieron en una auténtica figura de la vida espiritual católica en Alemania, no tanto en razón de su talla espiritual o de su obra, sino, como puede comprenderse, como símbolo de la compasión con los judíos asesinados en la época nazi»<sup>1</sup>.

Catorce años más tarde, el profesor J. Möller decía en la bendición de la Residencia de Estudiantes "Edith Stein", en Tubinga, tras ensalzar la genialidad científica de Edith Stein: «¿Qué ha quedado? Ha quedado mucho. Ha quedado la persona que como cristiana nunca dejó el pensamiento y que, por encima de toda problemática y de toda discusión, ha establecido una sola cosa: el amor al Crucificado. No tanto con las palabras (aunque también), sino sobre todo con su acción. La obra de Edith Stein, a la vista de su acción, pierde importancia, aunque la tenga»<sup>2</sup>.

Del mismo modo que cada época tiene su imagen de Lutero o su concepción de Santo Tomás de Aquino, así también la obra y la actuación de Edith Stein están sometidas a las oscilantes opiniones de cada época. A través de las investigaciones de Roman Ingarden, Alois Dempf, Jan H. Nota y otros, así como mediante el paulatino descubrimiento

<sup>1</sup> E. PRZYWARA, *Edith Stein*, pp. 65-66.

<sup>2</sup> JOSEF MÖLLER, *Edith Stein-Persönlichkeit und Vermächtnis*. Ed. por A. Hufnagel, Stuttgart, 1967, p. 15 (en lo sucesivo abreviado: J. MÖLLER).

de la obra filosófico-pedagógica de Edith Stein, se ha suscitado de nuevo un justo interés por su actividad filosófica. Si en los escritos hagiográficos se contempla con demasiada frecuencia su figura desde el final, hoy se abre paso una nueva visión más global y unitaria de Edith Stein.

El neoescolástico Daniel Feuling OSB, de Beuron, dice en sus recuerdos sobre Edith Stein: «Lo característico en el estilo de Edith Stein es para mí su amplia visión espiritual y la aspiración y el sentimiento del corazón que resulta de ella. En su interior alentaba un ansia por el sentido más profundo de la vida y del ser del hombre; en ese ansia ella aspiraba en constante contemplación —en la vida y en la investigación científica— a hallar la gran interrelación de la existencia en la humanidad y en la totalidad del mundo y del ser. Eso lo fue conformando en su propio pensar y sentir, y en la aspiración global de su actividad con los hombres como profesora en las escuelas superiores y como conferenciante sobre cuestiones humanas, religiosas y de la mujer para amplios sectores de la opinión pública católica. Ella unía de forma inusual dos cosas: un entendimiento claro y penetrante, y una viva emotividad del sentimiento. Fue sobre todo a través de esta unión de lo conceptual y del sentimiento como pudo actuar tanto con las jóvenes como en el mundo de la intelectualidad, y especialmente con el de la mujer contemplativa. Esta unión fue la que le abrió el camino hacia las grandes verdades en las cuestiones religiosas... La aspiración a lo filosófico estaba hondamente arraigada en dicho estilo fundamental

del carácter humano. Hay filosofía, en efecto, como búsqueda de la verdad, del ser y de la vida en una profunda interdependencia que se le revela al hombre con conceptos claros y amplios, cuando trata de comprender consecuentemente y con constancia todo lo que encuentra según su ser y su obrar. Este esfuerzo filosófico se convirtió en la joven Edith Stein como en una segunda naturaleza, y la condujo al estudio de la filosofía, que llevó a cabo brillantemente con el fundador de la fenomenología, Edmund Husserl. Como Martin Heidegger y Alexander Koyré, ella fue uno de los asistentes de Husserl, quien durante años, en los tiempos del Carmelo y hasta su muerte, siguió conservando el afecto hacia su ex-asistente, en una unión espiritual. Edith Stein permaneció fiel a sus estudios de filosofía durante toda su vida. El fruto principal de sus trabajos fue la traducción al alemán de una de las más importantes obras de Santo Tomás, las *Quaestiones disputatae de veritate*, las "Investigaciones sobre la verdad". Su deseo, al hacer este difícil y magnífico trabajo, fue calar más a fondo en el mundo intelectual del Aquinatense y conseguir con ello una confrontación filosófica con las grandes corrientes del pasado. La consideración de que gozaba Edith Stein, incluso fuera de los límites del ámbito de la lengua alemana, fue motivo de que la dirección de la "Société Thomiste" la invitara a tomar parte en las conversaciones de selectos investigadores y eruditos de la filosofía que tuvieron lugar en Septiembre de 1932 en Juvisy, París. La Doctora Stein tomó parte en los coloquios tras las dos conferencias de aquella Jornada de Estudios; a

diferencia de otros participantes germanos, hablaba en un francés fluido y con gran libertad por cierto, pues su palabra tenía que ceñirse a lo que se había expuesto y lo que se había dicho y preguntado en la discusión. Sus repetidas intervenciones encontraron gran acogida en la asamblea, mayoritariamente compuesta por importantes varones. Cuando después entró en el Carmelo de Colonia, Edith Stein aceptó como algo benigno el que sus superiores, con amplitud de miras, le hubieran permitido continuar su dedicación a la filosofía dentro de la vida conventual. También como carmelita siguió siendo un "homo philosophicus"<sup>3</sup>.

El primer trabajo importante de investigación de Edith Stein fue su tesis de 1916 sobre el tema de la *empatía*. Sobre él escribió: «En la primera parte, aún en dependencia de algunas sugerencias de las lecciones de Husserl, investigué el acto de la "empatía" como un acto especial del conocimiento. A partir de ahí pasé a algo que me apasionaba, y a lo que siempre, en todos mis trabajos posteriores, me he dedicado: la construcción de la persona humana. En el conjunto de aquel trabajo de principiante, era necesaria esta investigación para hacer comprensible cómo la comprensión de interrelaciones espirituales se distingue de la simple percepción de estados del alma. En estas cuestiones fueron para mí de gran importancia los escritos y las lecciones de Max Scheler, así como las obras de Wilhelm Dilthey. A continuación de la amplia

---

<sup>3</sup> DANIEL FEULING OSB, «Edith Stein», en *Edith Stein, Die Frau in Ehe und Beruf*, Biblioteca Herder, t. 129, Friburgo, 1963, pp. 162-163.

bibliografía sobre la empatía, añadí algunos capítulos sobre la empatía en el campo de lo social, lo ético y lo estético»<sup>4</sup>.

Como discípula de Dilthey, Edith Stein se planteaba la pregunta por la naturaleza del hombre, por la persona humana. El intento de construcción de la persona atraviesa toda su obra filosófica. Hacia el año 1920 redactó un gran estudio fenomenológico, que en una carta a Fritz Kaufmann llamó «Escrito de habilitación». Son las *Contribuciones para la fundamentación filosófica de la psicología y de las ciencias del espíritu* («Beiträge zur philosophischen Begründung der Psychologie und der Geisteswissenschaften»). La primera parte lleva por título *Causalidad psíquica* («Psychische Kausalität»1), y la segunda *Individuo y Comunidad* («Individuum und Gemeinschaft»). Seguía un tratado más extenso: *Investigación sobre el Estado* («Untersuchung über den Staat»). En su tesis doctoral Edith Stein había tratado dos temas: la «empatía» y la construcción de lo que se denomina «individuo psicológico». Este tema lo amplió en su estudio *Individuo y Comunidad*. «Las sugerencias más profundas, más interesantes, aunque también las más cuestionables de *Individuo y Comunidad* están dedicadas a la estructura del hombre, a su alma... a su espíritu»<sup>5</sup>. Sus lecciones de 1931 en Münster sobre la estructura ontológica de la

---

<sup>4</sup> E. STEIN, *Jüdische Familie*, p. 279.

<sup>5</sup> ROMAN INGARDEN, *Über die philosophischen Forschungen Edith Steins*, en *Friburger Zeitschrift für Philosophie und Theologie*, año 26, Friburgo/Suiza, 1979, p. 471 (en lo sucesivo abreviado: R. INGARDEN).

persona, así como las investigaciones de su obra de mayor envergadura, *Ser finito, ser eterno*, giran en torno a la esencia del hombre, de la persona humana. Mientras que la exposición de la ontología de Edith Stein es menos original, el tema del hombre, su estructura psico-física, es para ella el tema capital, lo que la mueve, sobre lo que quiere informarse<sup>6</sup>.

¿Por qué —se pregunta Ingarden— se dedicó Edith Stein al tema de la «empatía» y no situó en seguida a la persona como centro de sus investigaciones? «Porque en ella el interés por la fundamentación, por obtener una base para las ciencias del espíritu, estaba muy vivo. Y pensaba también que la empatía era la vía para la clarificación del fundamento teórico del saber, no sólo del hombre, sino también de la comunidad humana»<sup>7</sup>. Ingarden, que conocía bien a Edith Stein, dice de ella: «La pregunta por la clarificación de la posibilidad del entendimiento mutuo entre las personas, era lo que más la motivaba. La pregunta, por tanto, por la posibilidad de la formación de una comunidad humana; lo cual era muy necesario, no sólo teóricamente, sino también para su vida, en cierto sentido para ella misma. Ya he dicho anteriormente que una tal comunidad se daba en el círculo de Gotinga, donde a veces nos entendíamos sin decir palabra. Cuando nos volvíamos a ver al cabo de los años, sabíamos con pocas palabras a qué se dedicaba ahora éste o aquél. Edith Stein estaba

enraizada en esta comunidad y durante muchos años continuó en contacto con las personas del círculo de amigos, en la medida que le era posible. Pero necesitaba —eso lo veo en sus recuerdos personales— la comunidad con la nación de la cual se sentía miembro. Vivió toda la guerra con una actitud maravillosa, como si ella sola quisiera combatir contra algo. Quería servir. Cuando todavía era asistente de Husserl, siempre me escribía diciéndome si tenía realmente derecho a entretenerse con la filosofía y esas tonterías cuando la gente moría, cuando había que ayudarles, cuando... Vemos pues que la existencia de una tal comunidad era para ella algo personal, esencial, y que buscaba el fundamento de la posibilidad del surgimiento de una comunidad de este estilo. En su trabajo posterior, *Individuo y Comunidad*, habla sobre las distintas posibilidades de lograr una comunidad y *establecer contacto entre los hombres. Una de ellas es precisamente la empatía. Así pues, ella supo enlazar todos los problemas*»<sup>8</sup>.

La traducción de las *Quaestiones disputatae de veritate*, de Tomás de Aquino, provocó en la fenomenóloga una confrontación. Ella era consciente de que también el creyente puede filosofar, e intentó unir los conocimientos recién adquiridos con su carácter fenomenológico. El filósofo Alois Dempf habla del «don de la claridad y de la lengua» en Edith Stein. El admiraba su capacidad para poder escuchar a los antiguos maestros. La obra de Edith Stein *Ser finito, ser eterno*, concluida en el

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 473.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 473.

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 473-474.

carmelo, es una síntesis entre el conocimiento tomista y el moderno cuestionamiento del hombre.

Alois Dempf dice al respecto: «La gran obra de Edith Stein *Ser eterno, ser finito*, reproduce, por decirlo así, la exposición de la obra cumbre del Aquinatense, las "Investigaciones sobre la verdad", en sentido inverso. Tomás comienza con la sabiduría y la verdad divinas, y concluye en el conocimiento humano, según un principio fundamental de la filosofía especulativa: *cognoscere sequitur esse*, el conocer sigue al ser. Según éste, en Dios, todo es Dios; en el hombre, todo humano: *in deo omnia Deus, in homine omnia humaniter*. Tomás sólo piensa en los principiantes en su *Summa Theologica*; Edith Stein no los pierde nunca de vista. Edith Stein comienza con los conocimientos más cercanos a nosotros. Naturalmente, primero ha hablado de la necesidad de pasar del método fenomenológico al ontológico; de las apariciones del ente al fundamento de su unidad, la esencia y la realidad. Con ello ha llevado a cabo el paso de un maestro a otro, sin abandonar el legado de Husserl de describir los hechos que manejamos con la mayor precisión. En algunos lugares incluso pudo, con sus propias concepciones, no tanto corregir a Tomás, cuanto completarlo. Siempre aportaba, junto con la sabia prudencia del que sabe valorar en su conjunto la tradición, las nuevas concepciones que debía introducir en razón del tema. Su propio método es una sencilla exposición de los estados de cosas; después, una clarificación del conjunto de esencias metafísicas internas y, finalmente, una derivación de la imagen a partir de su modelo. Es, de principio

a fin, un ceñirse a la realidad, un realismo crítico consecuente... Lo bueno es que Edith Stein, a partir de la imagen suprema del creador, el hombre, desde su ser persona, trata de captar el carácter de imagen de todo el ser creado. Lo que dice sobre la persona y el espíritu, va incluso más allá de Santo Tomás, al reconocer en el propio ser persona, en la existencia individual del alma espiritual, su propio principio de individuación, al que también co-determina la corporeidad. Logra así también una útil clarificación del ser persona de los espíritus puros como portadores de su esencia; pero sobre todo consigue, más allá de la doctrina agustiniana de la imagen de la Trinidad en las tres potencias del alma, una analogía metafísica de todas las cosas con la Trinidad»<sup>9</sup>.

Para los fenomenólogos la empatía, como un «penetrar-en-algo», era un modo de experiencia (*Erfahrung*). Husserl entendía por experiencia auténtica ante todo la autopresencia (*Selbstgegenwärtigkeit*). Con ello se oponía al positivismo, al sostener que el pensamiento del hombre comienza con una experiencia en la que cosas y objetos se le dan corporal y originariamente, Hume, por el contrario, había sostenido que el hombre únicamente puede partir de sus ideas e impresiones. «Las cosas están dadas y lo característico de este tipo de experiencia es que en ellas el objeto de la percepción está dado él mismo. Husserl habla del "estar ello mismo dado" (*Selbstgegebenheit*), del estar ello

<sup>9</sup> ALOIS DEMPFF, *Endliches und Ewiges Sein*, en: Philosophisches Jahrbuch, ed. por la Görresgesellschaft, año 62, Munich, 1953, pp. 202-203.

mismo dado corpóreamente, de la autopresencia, etc., contraponiendo todo esto a la "representación" (*Vergegenwärtigung*), es decir, al "hacerse presente" de lo que no está ahí... por tanto, el mero pensamiento»<sup>10</sup>. Husserl quería que el pensador aprendiese a reconocer algo originario, sin ayuda de datos complementarios.

En *Ser finito, ser eterno*, todo se ve de pronto de otra manera. Aquí «empatía» y «experiencia» no se sitúan fenomenológicamente al principio, sino que se presenta una opinión ajena, como son los conceptos de la metafísica aristotélica «acto» y «potencia». Sigue después una confrontación con determinadas cuestiones de la filosofía de Tomás de Aquino, en la que se defienden soluciones fenomenológicas. Edith Stein por un lado cuestiona críticamente a Santo Tomás y, por otro, acepta mucho de la teología tradicional. Ingarden habla de un «trágico final de la autora», quien a causa de su conversión a la fe, había abandonado el método de Husserl en su estricta objetividad, concretamente el principio fundamental: «En la filosofía no puede aceptarse nada cuya absoluta evidencia no pueda lograrse tras llevar a cabo los análisis pertinentes»<sup>11</sup>. Edith Stein adoptó puntos de vista de fe tradicionales, que no podían ser ulteriormente cuestionados fenomenológicamente. Ingarden hablaba de una tensión en la evolución espiritual de Edith Stein: por una parte se hallaba «filosóficamente acabada», y se inclinaba hacia la doctrina mística de San Juan

<sup>10</sup> R. INGARDEN, pp. 475-476.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 468.

de la Cruz; por otra parte, esta renuncia a ejercer la filosofía como hasta ahora lo había hecho, significaba una tragedia. Edith Stein se encontraba en medio de la problemática ontológica. La ontología clásica era metafísica; la ontología de los fenomenólogos, por el contrario, evitaba adoptar una decisión metafísica. A Edith Stein le interesaban los problemas sobre Dios. Logró profundas concepciones sobre la estructura de la persona humana. Luchaba por un concepto unitario de cuerpo-alma-espíritu-persona. También en su última obra, *La ciencia de la Cruz*, retoma este tema, sin poder resolverlo satisfactoriamente. Edith Stein no estaba sola con sus preguntas sobre la naturaleza humana, el espíritu, la libertad, la existencia, la persona. Sus amigos Hans Lipps, Max Scheler, Martin Heidegger y otros, se ocupaban de ellas.

J. Möller observa que Edith Stein se había tornado tan religiosa que no había podido desarrollar un verdadero interés por la teología. Edith Stein sentía cada vez con más dolor su deficiente formación teológica en sus confrontaciones espirituales. «Su genialidad filosófica no puede discutirse. Naturalmente su obra es hoy lejana para nosotros. La filosofía ha recorrido otros caminos. La confrontación con Husserl es aún tarea para el futuro, pero lo mismo vale para la confrontación con el último Husserl, a quien Edith Stein ya no conoció propiamente. El pensamiento de Husserl quedó lejos de ella, así como de Hedwig Conrad-Martius. Su rechazo de Heidegger se apoyaba en una comprensión unilateral de *Ser y Tiempo* hoy superada. Edith Stein no podía responder aún a la

pregunta de si el último Husserl y el último Heidegger, con todas sus diferencias, mostraban puntos comunes; pero precisamente desde una tal visión debemos examinar hoy el problema de la filosofía del ser y el de la esencia de modo distinto a como lo hizo Edith Stein. La conexión entre el pensamiento fenomenológico y la filosofía del ser, pasa hoy por el examen de la historicidad y del lenguaje; se muestran aquí nuevos puntos de partida, que nos sitúan ante tareas aún no resueltas. Las posibilidades de una conexión entre un platonismo cristiano y la primera fenomenología, se reducen considerablemente ante estas cuestiones, de modo que la obra de Edith Stein se nos aparece, a pesar de que critica completamente a Santo Tomás en muchos puntos, como una apología a ultranza de una filosofía de las esencias, con respecto a la cual hoy mantenemos ciertas reservas»<sup>12</sup>.

Lo profético en el pensamiento de Edith Stein consiste en su pregunta por la interconexión entre el alma, el espíritu y la persona. El alma es para ella la última profundidad de la persona, quizá sólo tácitamente sospechada por ésta. Bajo este prisma deberían investigarse *Los caminos del conocimiento divino: la teología simbólica del Areopagita*, que preparó su última obra, *La ciencia de la Cruz*, y la investigación introductoria de ésta última sobre la simbología de la noche en la obra del místico San Juan de la Cruz.

En una conferencia pronunciada en Ludwigshafen en 1931, Edith Stein subrayó la eficacia práctica de la oración interior. Partía de la encarnación de Dios en la figura de un niño. «Ante el Niño en el pesebre los espíritus se dividen; El es el Rey de Reyes y Señor de los vivos y muertos. Pronuncia su "Sígueme", y quien no está con El, está contra El. Ló dice también para nosotros, y nos sitúa ante la elección entre la luz y las tinieblas»<sup>1</sup>. El Niño colocado en el pesebre no es ningún cuento romántico de Navidad, sino el auténtico inicio de una nueva vida que, a través de la oscuridad de la fe, conduce al que busca a una visión beatífica en la vida eterna. Para qué llama Dios al alma que escucha a este Niño, es asunto suyo; lo que es

<sup>12</sup> J. MÖLLER, p. 14.

<sup>1</sup> E. STEIN, *Weihnachtsgeheimnis*, en *Wege zur inneren Stille*, p. 13.



seguro es que «Para los que aman a Dios, todo contribuye al bien (Rm 8, 28-29)». Al cristiano se le debe reconocer por la irradiación de su experiencia de Dios. Para ello no se requieren muchas palabras, pues todo discurso sobre Dios es como un baluceo «de la luz eterna, que es amar y vivir en Dios. Dios en nosotros y nosotros en El; ésta es nuestra participación en el Reino de Dios... Quien lo lleva en sí comprende cuándo se habla de él»<sup>2</sup>.

El amor a Dios en un sentido evangélico suponía para Edith Stein una renovación radical para el hombre que piensa naturalmente. «El amor natural vale para todos aquellos que están unidos a nosotros por lazos de sangre, por familiaridad de carácter o intereses comunes. Los otros son los "extraños", los que no nos "importan nada", los que a lo mejor son opuestos a nosotros por su forma de ser, de modo que los apartamos lo más posible de este amor. Para el cristiano no hay ninguna "persona extraña". Es siempre el prójimo a quien tenemos ante nosotros y que necesita de nosotros, sin importar si es pariente o no, o si nos "gusta" o no. El amor de Cristo no conoce límites, no cesa nunca, ni se retrae ante la fealdad o la suciedad. Vino por los pecadores, no por los justos»<sup>3</sup>.

El amor fraterno era para Edith Stein apostolado cristiano. Aquí el que ama no da compasivamente al pobre de su propia riqueza, sino que se despoja de sí mismo, se hace solidario. «El amor humano

---

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 16.

busca tener para sí a la persona amada y poseerla, si es posible sin compartirla. Cristo ha venido para recobrar la humanidad perdida para el Padre, y quien ama con su amor, quiere a la persona para Dios, no para sí mismo. Naturalmente éste es también el camino más seguro para poseerla eternamente, pues cuando ponemos a salvo a una persona en Dios, somos entonces uno en Dios con ella, mientras que el deseo de conquistar conduce a menudo, antes o después, a una pérdida»<sup>4</sup>. Hay un largo camino desde la satisfacción propia de un "buen católico", que "cumple con su deber", lee un "buen periódico" y "vota correctamente", y que en lo demás hace lo que quiere, hasta una vida en las manos de Dios, de la mano de Dios, con la sencillez de un niño y la humildad del publicano. Pero quien lo ha recorrido una vez, no se echa atrás... Si antes estaba uno justamente satisfecho consigo mismo en general, ahora la cosa cambia. Uno se encuentra con muchas cosas que están mal, y las cambia en la medida que puede. Y se topa con algo que no puede parecerle bueno ni bonito, y que sin embargo es muy difícil de cambiar. Entonces uno se hace poco a poco pequeñito y humilde, se hace paciente e indulgente con las pajas en el ojo ajeno, porque la viga en el propio ya da bastante que hacer; y aprende por fin a soportarse a sí mismo a la luz indeficiente de la presencia de Dios y a abandonarse a la misericordia de Dios»<sup>5</sup>. Al final de su manuscrito *La estructura óptica de la persona y su*

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 16.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 22-23.

*problemática gnoseológica* (1932), escribe Edith Stein: «Mantenerse en Cristo: imposible sin seguirle»<sup>6</sup>.

En el artículo redactado en el Carmelo, *La oración de la Iglesia*, Edith Stein trata sobre la oración oficial litúrgica y la oración silenciosa del corazón. «Cristo es el modelo del hombre en oración; sus discípulos sólo pueden aprender de Él el diálogo con el Padre. Jesús, como judío observante de la ley, tomó parte en la liturgia de la religión judía. Las promesas de los antiguos ritos y ceremonias despertaban en su boca a una nueva vida. Al convertir el pan y el vino de la cena judía en su cuerpo y sangre, comienza la vida auténtica de la Iglesia»<sup>7</sup>. La transformación del pan está unida al sacrificio de Cristo, que se entrega por los pecadores. La esperanza de la Antigua Alianza se hace realidad en el Hijo del Hombre; la Iglesia, como prolongación viva de Cristo, realiza diariamente en la Eucaristía este sacrificio de entrega como punto culminante de su liturgia. Ya no hay muchos, sino un único sacrificio: Jesucristo ofrecido en los dones como acción de gracias al Padre. Todos los elementos de la creación participan de esta transformación, y el cristiano está llamado a alabar siempre a Dios, con sus gestos, su imagen y su palabra. Jesús da a la liturgia su sentido propio, al unirla con su oblación. Edith Stein señalaba aún otra forma de orar de Cristo: «Jesús no sólo participaba en el culto

<sup>6</sup> EDITH STEIN, *Die ontische Struktur der Person und ihre erkenntnistheoretische Problematik*, en: E. Stein, *Welt und Person*, p. 197.

<sup>7</sup> E. STEIN, *Das Gebet der Kirche*, en *Wege zur inneren Stille*, p. 36.

público y establecido. Quizá aún con más frecuencia, los evangelios nos relatan que oraba a solas en el silencio de la noche, en lo alto de una montaña, en el desierto, apartado de los hombres. Cuarenta días y cuarenta noches de oración preceden a la actividad pública de Jesús. Antes de elegir y enviar a los 12, se retiró a orar en la soledad del monte. En Getsemaní se preparó para su camino hacia el Gólgota»<sup>8</sup>.

Edith Stein estaba llena de amor al Cristo de los Evangelios. Seguía las huellas de Aquel que rezaba a solas, porque con ello expresaba su propia misión. «El alma humana individual, un templo de Dios, que nos abre una amplia y totalmente nueva panorámica»<sup>9</sup>. Para Edith Stein, como para Teresa de Ávila y Juan de la Cruz, se trataba del misterio de la configuración del hombre en Dios, sin la que todo apostolado, toda predicación queda estéril. Sus cuestiones filosóficas y antropológicas sobre el yo-alma-espíritu-persona, adquirirían su sentido propio a partir de esta oración de Cristo. «Cuanto más recogida vive una persona en lo más íntimo de su alma, tanto más fuerte es el resplandor que surge de ella y fascina a los otros»<sup>10</sup>. De la misma manera que de lo más íntimo de Cristo brota su oración sacerdotal al Padre, así el alma humana debe ser un vaso «en el que el Espíritu de Dios irrumpe cuando ésta se abre en virtud de su libertad»<sup>11</sup>.

Edith Stein llamaba también a la oración sacer-

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 33-34.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 33.

<sup>10</sup> E. STEIN, *Endliches und Ewiges Sein*, p. 405.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 409.

total una «conversación solitaria» con Dios, porque Jesús ora al Padre intercediendo por sus discípulos, que aún no comprenden, y por el mundo. «En el silencio de la vida divina se tomó la determinación de la redención. En el ocultamiento de Nazareth vino la fuerza del Espíritu Santo sobre la Virgen que oraba a solas, y realizó la encarnación. Reunida en torno a la Virgen en silenciosa oración, la Iglesia naciente aguarda la efusión del Espíritu. En la noche de la ceguera que Dios había puesto en sus ojos, conoció Saulo orando a solas la respuesta del Señor a su pregunta: "¿Qué quieres que haga? (Hch 10)". En solitaria oración fue preparado Pedro para su envío a los paganos. Y así ha seguido siendo a través de los siglos»<sup>12</sup>. En la silenciosa oración de los santos es donde para Edith Stein se preparan los acontecimientos visibles de la Historia de la Iglesia. Ella subrayaba sobre todo la actuación de grandes mujeres, como Brígida de Suecia, Catalina de Siena, Teresa de Avila, que vinieron en ayuda de la Iglesia con su oración. ¿Qué fue lo que despertó en Teresa de Avila —pregunta— «que desde hacía años vivía para la oración en su celda conventual, su ardiente deseo de trabajar por la Iglesia, y su penetrante visión de las necesidades y las exigencias de su época? Precisamente, que vivía en oración, que se dejó atraer cada vez más por el Señor al interior del "castillo del alma", hasta aquella apartada estancia donde el Señor podía hablarle... no podía por ello sino "empeñarse esforzadamente

---

<sup>12</sup> E. STEIN, *Das Gebet der Kirche*, en *Wege zur inneren Stille*, pp. 40-41.

por el Señor, el Dios de los ejércitos"... La corriente mística que atraviesa los siglos, no es ningún apéndice desviado, apartado de la vida de oración, sino su vida más íntima... Sin ella no habría liturgia ni Iglesia»<sup>13</sup>.

A la pregunta sobre el significado de la mística, Edith Stein contestó así: «Las gracias místicas producen como experiencia lo que la fe enseña: la inhabitación de Dios en el alma. Quien busca a Dios guiado por las verdades de fe, se pondrá en camino hacia donde es empujado por aquel que ha sido agraciado con dones místicos, apartándose de los sentidos y de las imágenes del recuerdo, e incluso de la actividad natural del entendimiento, hacia la soledad vacía de su interior, para allí permanecer en la oscuridad de la fe; en una mirada del espíritu sencilla y llena de amor al Dios escondido, presente y oculto a la vez. Allí aguardará con paz profunda, pues está en el lugar de su descanso, hasta que quiera el Señor convertir la fe en visión»<sup>14</sup>. La mística no es un privilegio de aquellos que tienen visiones o alocuciones; tampoco es un premio por los servicios prestados. Cristo ha ofrecido a todos la luz de la fe. A pesar de ello, la experiencia muestra que algunas personas perciben la vida trinitaria de Dios por medio de un contacto espiritual. Esta percepción se lleva a cabo en la fe, pero en comparación con la fe desnuda en la que hay que perseverar en tinieblas, la persona tiene la impresión de que la visión de la vida eterna

---

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 38-39.

<sup>14</sup> E. STEIN, *Endliches und Ewiges Sein*, pp. 407-408.

comienza ya en la tierra. A menudo tienen acceso a esta experiencia aquellos que están destinados a grandes tareas. Pero también los pecadores y los no creyentes pueden encontrarse con Dios de este modo.

La oración interior y silenciosa no es para Edith Stein «piedad subjetiva» en comparación con la liturgia objetiva de la Iglesia, sino aliento e impulso del Espíritu Santo. «Toda verdadera oración es oración de la Iglesia. A través de ella, en la Iglesia ocurre algo y es la Iglesia misma quien reza ahí, pues el Espíritu Santo que vive en ella es el que ora por nosotros en cada alma individual con "gemidos inenarrables". Esta es, en efecto, la auténtica oración: "Pues nadie puede decir que Jesús es el Señor si no es en el Espíritu Santo (1 Co 12,3)" ¿Qué es la oración de la Iglesia sino la ofrenda a Dios y la respuesta divina, plena y duradera unión, que es la más alta elevación del corazón alcanzable por nosotros, el grado más alto de oración...? Las almas que lo han alcanzado son verdaderamente el corazón de la Iglesia: vive en ellas el amor sacerdotal de Jesús. Ocultas con Cristo en Dios, no pueden sino irradiar a otros corazones el amor divino del que están llenas y colaborar así a consumir la unidad de todos en Dios, que era y es el gran deseo de Jesús»<sup>15</sup>. Si falta esa unión interior con Cristo, todo servicio de la palabra corre el riesgo de ser pura palabrería.

Para la oración es menester una correcta

---

<sup>15</sup> E. STEIN, *Das Gebet der Kirche*, en *Wege zur inneren Stille* pp. 40-41.

orientación. A través de su actividad como mujer profesional, Edith Stein tuvo contacto con numerosas personas que requerían su ayuda espiritual. Acompañaba a los conversos y prosiguió también en el Carmelo esta actividad de palabra y por carta. Tenía una profunda concepción de lo que suponía prestar ayuda al prójimo. A una persona que le demandaba consejo le escribió: «Si acaso he podido parecerle dura e inflexible porque no he condescendido a sus deseos, no ha sido, créame, por frialdad o falta de cariño, sino porque estoy firmemente convencida de que le haría daño si obrara de otra manera. Sólo soy un instrumento del Señor y quisiera llevar a El a quien acude a mí. Cuando veo que no se trata de eso, sino que prevalece el interés por mi persona, ya no puedo actuar como instrumento y tengo que pedirle al Señor que ayude por otros medios. El nunca depende de uno»<sup>16</sup>.

El director espiritual sólo puede dirigir la voluntad del que busca hacia la meta y despejar los obstáculos del camino. «Pero la santidad es una característica del alma que tiene que nacer de lo más íntimo de una profundidad a la que no tienen acceso ni los impulsos exteriores ni el empeño de la voluntad»<sup>17</sup>. Las ayudas humanas no están con frecuencia en situación de actuar inmediatamente. «La última forma de su actividad es como la de los sacramentos. Las almas santas son vasos de la gracia, y actúan meramente por contacto, santificando y transformando»<sup>18</sup>.

---

<sup>16</sup> E. STEIN, *Briefe I*, carta 76, p. 77.

<sup>17</sup> E. STEIN, *Eine Meisterin der Erziehungsarbeit*, p. 129.

<sup>18</sup> *Ibid.*

En su artículo *Sancta Discretio* (1938), Edith Stein resumía las que ella juzgaba condiciones fundamentales de una fructífera dirección espiritual: modestia, discreción, mesura. Ella veía la «discretio perspicua» de los benedictinos como elemento esencial de los dones del Espíritu Santo. Sólo el experto en vida interior puede juzgar imparcialmente en la dirección espiritual. «La *sancta discretio*, por lo tanto, se diferencia radicalmente de la perspicacia humana. Aquella no distingue a través de un pensamiento que procede gradualmente, como la investigación humana... Distingue igual que el ojo ve ante él sin esfuerzo los contornos precisos de las cosas»<sup>19</sup>. Según el cardenal Newman, el caballero y el santo se parecen sorprendentemente. Pero cuando llega una prueba difícil, todo el arte de aquél se hace añicos, pues no puede penetrar en la profundidad de quien se le ha confiado. Edith Stein completa: «Los pensamientos del corazón, lo más íntimo del alma, le quedan ocultos. En ellos penetra sólo el Espíritu que todo lo examina, incluso las profundidades de la divinidad. La auténtica discreción es sobrenatural. Sólo se halla donde reina el Espíritu Santo, donde un alma con una entrega indivisa y una docilidad sin trabas escucha la suave voz del Dulce Huésped y está atenta a sus insinuaciones»<sup>20</sup>.

Edith Stein reflejó en una poesía el gozo de su experiencia espiritual:

«¿Quién eres Tú, dulce luz que me colma  
y de mi corazón la oscuridad alumbra?  
Tú me guías como mano materna  
y si Tú me abandonarás  
no sabría ya dar un paso más.  
Tú eres el espacio  
que abarca mi ser y lo cobija.  
Apartada de Ti, me hundiría en el abismo  
de la nada, del que Tú al ser me alzas.  
Tú, más cercano a mí que yo misma  
y más íntimo que mi propia intimidad,  
y siempre inaprehensible e incomprensible,  
escapando a todo nombre.  
¡Espíritu Santo, Amor eterno!»<sup>21</sup>.

<sup>19</sup> E. STEIN, *Sancta Discretio*, en *Wege zur inneren Stille*, p. 53.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 51.

<sup>21</sup> EDITH STEIN, *Gedichte und Gebete aus dem Nachlass*, ed. a cargo de W. Herbstrith, Verlag G. Kaffke, Munich, 1981, p. 23-24.

## XV. Huida a Holanda

En 1938 la situación política alemana se oscurecía cada vez más. Los más perspicaces se daban cuenta de que Hitler se encaminaba a una guerra mundial. Buscaba criminales de guerra que obligaran a Alemania a una guerra ofensiva, y la suerte cayó sobre los indefensos judíos. Edith Stein no perdió la esperanza. Como la reina Ester en el Antiguo Testamento pidió gracia para su pueblo ante el rey Asuero, también ella sintió la llamada interior a hacer algo por su pueblo. El cómo de esta acción estaba aún oculto. En una carta a la M. Petra escribió: «Confío en que el Señor haya aceptado mi vida por todos. Siempre tengo que volver a la figura de la reina Ester, que fue tomada de su pueblo para interceder por él ante el rey. Yo soy una Ester muy pobre e impotente, pero el Rey que me ha elegido es infinitamente grande y misericor-

dioso»<sup>1</sup>. A otra religiosa le decía: «Yo pienso que en cualquier caso es un camino seguro despojarse de todo para hacerse un vaso vacío para la gracia de Dios. "Aparta tu corazón de todas las cosas, busca a Dios y lo hallarás" (Teresa de Avila)»<sup>2</sup>.

Y de nuevo a una religiosa: «Desde luego que es difícil vivir fuera del convento y sin el Santísimo. Pero Dios, la Santísima Trinidad está con nosotros. Si supiésemos construirnos en el interior una celda cerrada y retirarnos a ella tanto como pudiésemos, en ningún lugar del mundo nos faltaría de nada. Así es como tienen que ayudarse los sacerdotes y religiosos en las prisiones. Para los que lo saben entender, se convierte en un tiempo de gracia»<sup>3</sup>. Edith Stein se hacía a la idea de tener que vivir algún día fuera del convento.

El asalto de las SS la noche del 8 al 9 de Noviembre de 1938, abrió los ojos a muchos. Un velo de muerte caía sobre las calles de Alemania la mañana del 9 de Noviembre. A los ciudadanos judíos se les obligó a abandonar sus casas por la noche, y sus negocios fueron destruidos y expropiados. Las sinagogas ardieron. Nadie se atrevió a elevar protestas abiertamente. Habrían sido brutalmente sofocadas al momento. El ciudadano ario no estaba mucho más seguro de su vida que el judío.

«Cuando llegaron al Carmelo de Colonia estas noticias, Edith Stein se quedó como helada de dolor»<sup>4</sup>. No juzgaba a los asesinos, pero retrocedía

<sup>1</sup> E. STEIN, *Briefe* II, carta 281, p. 121.

<sup>2</sup> *Ibid.*, carta 227, p. 116.

<sup>3</sup> *Ibid.*, carta 278, p. 118.

<sup>4</sup> POSSELT, p. 211.

espantada ante el abismo de pecado y de angustia que se abría entre amigos y enemigos. Por su carácter, le correspondía transformar esta experiencia en un sacrificio de expiación. En Diciembre escribió a la M. Petra: «Tengo que decirle que mi nombre de religión lo traje ya conmigo cuando llegué de postulante a la casa. Y conseguí justo lo que pedí. Bajo la cruz he comprendido el destino del pueblo de Dios, que ya entonces comenzó a preanunciarse. Pensé que aquellos que comprendiesen lo que es la cruz de Cristo deberían tomarla en nombre de todos. Cierto que hoy por hoy sé mejor lo que significa haberse desposado con el Señor bajo el signo de la cruz. Claro que no se llegará nunca a comprenderlo, porque Cristo es un misterio»<sup>5</sup>. Los hermanos de Edith Stein procuraron emigrar a América. No era sencillo, porque tenían que ser reclamados desde allí. Sólo Elsa y Erna Stein lograron partir con sus familias. Arno estaba ya en América, pero Paul y Frieda Stein no pudieron llegar a pesar de todos los esfuerzos. Tampoco el destino de Rosa estaba a salvo por el momento. Como Palestina paralizó la emigración, la priora solicitó al carmelo de Echt (Holanda) que acogiese a Edith Stein.

La despedida de Colonia no fue fácil. Una connovia cuenta: «Los acontecimientos políticos se agudizaban cada vez más. Edith Stein creía ser un peligro para el convento con su presencia. Los sucesos del 9 de Noviembre forzaron una actuación sin demora. Su hasta entonces radiante corazón

estaba marcado ahora por una profunda pena. Sólo Dios sabe lo que sufrió en este tiempo por su pueblo, por los suyos, por su hogar conventual. Valientemente, sin una palabra de queja o de protesta, arrojó su sufrimiento. El 31 de Diciembre de 1938 abandonó nuestro convento. La despedida fue muy dura por ambas partes. Yo le tenía un gran cariño, y no podía imaginarme una vida sin ella. Las últimas fiestas de Navidad se vieron empañadas por su inminente marcha. Pronto llegó la hora de partir. Nos habíamos juntado para ello en la recreación. Fue abrazando una a una a todas las hermanas. Cuando me abrazó a mí, no pude ya contener las lágrimas. No pronuncié otra palabra que su nombre. Cuando vio mi congoja, también ella perdió por un momento la serenidad y suspiró en voz alta. Pero se recuperó en seguida y se despidió de nosotras»<sup>6</sup>.

En la oscuridad de la noche de fin de año, un amigo del carmelo, el Dr. Paul Sterath, llevó con el coche a Edith Stein a través de la frontera holandesa. «No necesito decirle cuán dolorosa fue la despedida de mi querida familia del convento de Lindenthal, especialmente de mis buenas madres»<sup>7</sup>. Así escribía Edith Stein poco después de su llegada a Echt. En una carta a la Baroness Bodman, una amiga de los tiempos de Espira, podemos leer: «La noche de fin de año llegué aquí. En el carmelo de Colonia fue para todas una decisión muy dura el tenernos que separar. Pero tenía la firme convicción

<sup>5</sup> E. STEIN, *Briefe II*, carta 287, p. 124.

<sup>6</sup> Informe de la Hna. Teresia Margareta Drügemöller OCD, Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.

<sup>7</sup> E. STEIN, *Briefe II*, carta 290, p. 127.

de que era la voluntad de Dios, y de que así se evitaría lo peor... Aquí me recibieron con el mayor cariño. Mis buenas madres y hermanas han ofrecido todo para conseguirme lo antes posible permiso de entrada, y con sus oraciones me han allanado el camino»<sup>8</sup>.

El Carmelo de Echt era fundación del de Colonia, pues se abrió en 1875 tras la expulsión de las hermanas durante la *Kulturkampf*. Con su acostumbrada servicialidad, Edith Stein se adaptó a su nuevo ambiente y respondió agradecida al cariño de sus hermanas. Sus cartas irradian una paz indestructible. «Aquí otra vez todo es nuevo. Ayúdeme a rezar, se lo ruego, para que pueda pagar el gran amor con que todas me han acogido y pueda ser útil en la casa... Quien da la cruz, sabe también hacer dulce y suave la carga»<sup>9</sup>. Naturalmente Edith Stein no era tampoco una ayuda práctica en Echt y las hermanas tenían que reírse, a veces, de la filósofa. Pero apreciaban el tesón con que llevaba a cabo las tareas que se le encomendaban. «Aquí he aprendido ya muchas cosas buenas, y lo agradezco de corazón. Ciertamente es voluntad de Dios, que me ha conducido hasta aquí y es el más seguro puerto de paz»<sup>10</sup>. En otra carta de finales de 1939 se dice: «Mi sentimiento principal desde que estoy aquí es de agradecimiento. Gracias porque puedo estar aquí y porque la casa es como es. Con ello siempre tengo presente que aquí no tenemos morada fija. No deseo otra cosa sino que se haga en mí y por mí la

<sup>8</sup> *Ibid.*, carta 293, p. 129.

<sup>9</sup> *Ibid.*, carta 290, p. 127.

<sup>10</sup> *Ibid.*, carta 294, p. 131.

voluntad de Dios. El sabe cuánto tiempo me tendrá aquí y lo que pasará después, así que no necesito preocuparme por nada. Pero es preciso orar mucho para permanecer fiel en cada situación. Sobre todo por los que tienen que soportar cosas peores que yo y no tienen el asidero de lo eterno. Por eso estoy agradecida de corazón a todos los que me ayudan»<sup>11</sup>. En medio del sufrimiento, sin contacto con muchos de sus amigos, y temiendo constantemente por su familia, sus palabras estaban llenas de fuerza y seguridad. Esa fortaleza de alma no era obra suya. Era fruto de su descanso en Dios. Necesitada de consuelo, lo daba a otros, agradecida por cada don. En sus últimas cartas se repiten constantemente motivos como: hacer todo para causar alegría; dejarse guiar por Dios sin resistencia; llenar el corazón vacío y despojado, de amor puro a Dios y al prójimo.

Del año 1939 conservamos tres oraciones de ofrecimiento redactadas por ella: por el pueblo judío, por el cese de las luchas entre los pueblos y por la santificación de la familia carmelitana. Edith Stein no sólo quería llamarse «de la Cruz»; quería también parecerse a su Señor crucificado. Una hermana de Echt observó que cuando una persona de la talla de Edith Stein se ofrece a Dios, Dios acepta su ofrenda.

El domingo de Pasión, poco antes del estallido de la II Guerra Mundial, la hermana Otilia, priora de Edith Stein, recibió una nota cuyo contenido rezaba: «Querida Madre, permítame Su Reverencia

<sup>11</sup> *Ibid.*, carta, 300 pp. 136-137.



ofrecerme al Corazón de Jesús como sacrificio propiciatorio por una paz verdadera: para que pueda acabarse el dominio del anticristo sin necesidad de una nueva guerra mundial, si fuera posible, y establecerse un nuevo orden. Quisiera hacerlo ya hoy, pues llega la última hora. Sé que no soy nada, pero Jesús lo quiere y no dudo que ha de llamar a otros muchos a ello en estos días»<sup>12</sup>. Edith Stein se sentía solidaria con muchas personas destinadas al sacrificio que imploraban la misericordia de Dios. Su huida a Echt no fue un alejamiento de la realidad. Marchó conscientemente a la obra de salvación de Cristo (cf. Col 1,24). Ella intuía que su vida ya sólo disponía de un breve plazo.

El 9 de Junio de 1939 redactó su testamento, que concluyó con estas palabras: «Acepto ya desde ahora con gozo la muerte que Dios me ha asignado, en obediencia total a su santa voluntad. Pido al Señor quiera aceptar mi vida y mi muerte para gloria y alabanza tuyas, por todas las necesidades... de la Santa Madre Iglesia, especialmente por el sostenimiento, santificación y perfección de nuestra santa orden, de los carmelos de Colonia y de Echt... para que el Señor sea recibido por los suyos y su Reino sea glorificado, por la salvación de Alemania y la paz del mundo, y finalmente, por los allegados, vivos y difuntos, que Dios me ha dado: para que ninguno de ellos se pierda»<sup>13</sup>. Edith Stein presentó con tranquilidad sus últimos deseos a sus superiores.

En una alocución redactada para la priora leemos: «Unida a El, eres omnipresente como El. No puedes ayudar aquí o allá, como el médico o el sacerdote. En la fuerza de la cruz puedes estar en todos los frentes, en todos los lugares donde hay dolor. Tu amor compasivo, el amor del corazón divino que por todas partes derrama su preciosa sangre, aliviando, sanando, salvando, te lleva a todas partes. Desde su cruz, el crucificado te mira preguntándote, examinándote: "¿Quieres sellar de nuevo con todas sus consecuencias tu pacto con el Crucificado? ¿Qué responderás?"»<sup>14</sup>. Edith Stein vivía su vida religiosa como un sufrir con todos aquellos que morían víctimas de la fuerza y del odio. El signo de la cruz se convirtió para ella en luz que iluminaba todo lo difícil.

En 1940 Edith Stein experimentó el gozo de poder saludar a su hermana Rosa en Echt. Tras difíciles peripecias, Rosa Stein logró huir a Holanda a través de Bélgica. Al menos las dos hermanas estaban ahora unidas, mientras los otros se dispersaban por el mundo. Rosa Stein servía en el Carmelo de Echt como portera. Pronto se ganó la confianza del convento y de la población. Pero la situación de las dos hermanas seguía siendo insegura. Tras tres años de estancia, Edith Stein tenía derecho a incorporarse al nuevo Carmelo. Pero las superiores no podían decidirse a ello a causa de las inciertas circunstancias. Por las mismas razones no pareció aconsejable incorporar a Edith

<sup>12</sup> *Ibid.*, carta 296. p. 133.

<sup>13</sup> Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.

<sup>14</sup> E. STEIN, *Ave Crux, Spes Unica*, Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.

Stein como hermana legada en la orden. Para Edith Stein aquello fue muy difícil. Una carta a la priora de Colonia da testimonio de aquella experiencia: «Querida madre: si V.R. ha leído la carta del P. Hirschmann SJ, sabrá V.R. lo que él opina. En el asunto de mi estabilidad no quisiera hacer ya absolutamente nada. Lo pongo en sus manos y dejo a V.R. si quiere dirigirse a las hermanas, al P. Provincial o al Sr. Obispo para una resolución. Yo me conformo con todo. Una "Scientia Crucis" sólo puede lograrse cuando una llega a experimentar del todo la cruz. De ello estaba convencida desde el primer momento y he pedido de corazón: ¿Ave Crux, Spes Unica! De V.R. hija agradecida»<sup>15</sup>.

De Alemania y Luxemburgo llegaban noticias inquietantes. Los nazis disolvían un Carmelo tras otro. Edith Stein se preparó para lo peor. Lo que antes había escrito se convirtió en una amenazadora realidad: «Nosotras nos hemos obligado a la clausura, pero Dios no se ha obligado a dejarnos siempre entre los muros de la clausura... Nos es lícito pedir que nos evite esa experiencia, pero sólo añadiendo con convicción y de corazón: No se haga mi voluntad, sino la tuya»<sup>16</sup>.

Sus poesías de aquella época hablan de la experiencia del consuelo divino, pero también de profundo sufrimiento:

«Bendice el valor humillado del oprimido por el dolor,

<sup>15</sup> E. STEIN, *Briefe* II, carta 330, p. 167.

<sup>16</sup> POSSELT, p. 168.

la difícil soledad de las almas profundas, el inquieto ser de los hombres y el sufrimiento que ni a un alma gemela se puede confiar»<sup>17</sup>.

«En el huerto de los olivos,  
cubierto de sangriento sudor,  
con el Padre lucha en ardiente gemido:  
es él quien la victoria logró.  
Ahí se decide el destino del mundo»<sup>18</sup>.

Sus hermanas comprobaban cómo Edith Stein, bastante antes de la hora de levantarse, a las cuatro y media, estaba de rodillas con los brazos extendidos ante la ventana abierta de su celda, dirigiendo la mirada en dirección al sagrario.

En 1940 los alemanes ocuparon Holanda. Con ello los perseguidores de los judíos entraban en el nuevo hogar de Edith Stein. El intercambio epistolar con Alemania disminuyó. Los órganos de vigilancia de la Gestapo entraron en Holanda junto con las tropas. A pesar de todos sus tormentos, Edith Stein se sabía anclada en la eternidad. En 1941 escribía a una compañera de noviciado de Colonia: «Me alegraría mucho si pudiésemos hablar alguna vez de todo esto. Pero no es ciertamente casualidad el que nos hayan quitado esta posibilidad. Así que podemos estar agradecidas por nuestra unión en el Reino que no tiene fronteras ni límites, ni separaciones ni distancias. Desde que tenemos de nuevo una postulante, pienso mucho en nuestros primeros

<sup>17</sup> E. STEIN, *Gedichte und Gebete aus dem Nachlass*, p. 21.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 17.

tiempos en la orden, y en las maravillosas inspiraciones que el camino hacia el Carmelo sugería cada vez. Quizá la historia de las almas en el Carmelo aún es más maravillosa. Viven profundamente escondidas en el corazón de Dios. Y lo que a veces creemos entender de la nuestra propia es, sin embargo, sólo un pálido reflejo de lo que seguirá siendo un misterio de Dios hasta el día en que todo se revele. Mi mayor alegría es la esperanza de la futura claridad. La fe en la historia oculta tiene que fortalecernos siempre que lo que alcanzamos a ver exteriormente (en nosotros y en los otros) quisiera hacernos perder el valor»<sup>19</sup>. En estos meses anteriores a su muerte, Edith Stein topó con las palabras de Carlos de Foucauld: «¿Qué paz es ésta, pues, que no es la que da el mundo? Es la paz... que es más fuerte que el sufrimiento; no la paz sin guerra, sino la paz a pesar de la guerra, en la guerra, más allá de la guerra; pues la paz del alma vive totalmente en el cielo por medio del amor, y disfruta así la paz celestial a pesar de todo lo que pueda acontecerle a su alrededor y en contra de ella»<sup>20</sup>. Edith Stein no se abandonó a sentimiento de desesperación alguno. Las hermanas de Echt informan que en medio de sus angustias permanecía serena y alegre; no desasosegaba a nadie en el convento.

La hermana Antonia, elegida priora en 1940, no quería dejar sin aprovechar las dotes de Edith Stein. Después de asumir la clase de latín para las

<sup>19</sup> E. STEIN, *Briefe* II, carta 320, p. 157.

<sup>20</sup> MICHEL CARROUGES, *Charles de Foucauld. Forscher und Beter*, Herder, Friburgo, 1957, p. 338.

postulantes y la introducción a la vida carmelitana para Rosa Stein, Edith tuvo que escribir un libro sobre la obra de San Juan de la Cruz con ocasión del cuarto centenario de su nacimiento. Quedó liberada en la medida de lo posible de toda tarea doméstica. A una dominica le escribió: «Está bien que me haga preguntas. Sólo pienso cuando me asignan tarea. Si no el cerebro normalmente reposa tranquilo. Pero me alegro de que se ponga en marcha y de que aún pueda ser útil a alguien»<sup>21</sup>. El trabajo sobre San Juan de la Cruz fue un gran gozo para Edith Stein. «Precisamente ahora estoy recogiendo material para un nuevo trabajo, pues nuestra querida madre quiere que me ocupe de nuevo con trabajos de investigación, en cuanto nuestras condiciones de vida y las actuales circunstancias lo permiten. Yo doy gracias por poder hacer algo nuevo antes de que se me oxide totalmente el cerebro»<sup>22</sup>.

Edith Stein tenía que procurar el material para la meditación. Escogió la primera obra de Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo*. «Fue también mi tema de meditación en los ejercicios para la toma de hábito —escribía a una hermana—. Cada año adelanto un escalón en las obras de nuestro padre San Juan de la Cruz; no quiero decir con ello que vaya a la par en la vida; estoy siempre al pie del monte»<sup>23</sup>. Como Ignacio de Antioquía escribía a la comunidad romana: «Ahora estoy en los comienzos de mi juventud»<sup>24</sup>, así Edith Stein al final de su vida

<sup>21</sup> E. STEIN, *Briefe* II, carta 311, p. 146.

<sup>22</sup> *Ibid.*, carta 316 p. 153.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 153.

<sup>24</sup> IGNACIO de ANTIOQUIA, *Briefe*, Herder, Friburgo 1942, p. 35.

se seguía sintiendo como una novata. «A causa del trabajo que tengo pendiente vivo casi continuamente pensando en el santo Padre Juan de la Cruz. Es una gracia enorme. ¿Puedo pedirle a V.R. una oración para que pueda preparar algo decente en su centenario?»<sup>25</sup>.

Edith Stein estaba especialmente impresionada por una representación de la cruz dibujada por San Juan. La cita en dos cartas y la reprodujo. «He tratado de copiar a V.R. el dibujito realizado por S. Juan, después de la aparición del Crucificado en el convento de la Encarnación, sobre un papel de unos 5 cm. La reproducción del P. Bruno es muy exacta, y yo no soy ninguna artista, pero lo he hecho con gran respeto y cariño, y pienso que V.R. podrá hacerse con ello una idea»<sup>26</sup>.

La imagen de San Juan muestra un fino dibujo a tinta. La gruesa cruz contrasta con el delicado cuerpo de Cristo. El cuerpo cuelga desde arriba, sin tocar apenas el madero de la cruz. Los miembros dislocados están sujetos por toscos clavos. Las rodillas flexionadas, los pies apoyados en una peana, como cogiendo impulso para volar. La triste figura, descoyuntada hasta el extremo, respira sin embargo la fuerza de la resurrección. El rostro de Cristo está más allá del dolor. Violentamente caído sobre el pecho, sonríe, paciente y victorioso. El hombre que cuelga de aquel madero está en ademán de dejarlo. Más que colgar parece balancearse iniciando el vuelo a un nuevo mundo.

<sup>25</sup> E. STEIN, *Briefe* II, carta 328, p. 165.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 165.

Bajo el signo de la cruz Edith Stein se encontró por primera vez con el mensaje de Cristo en la muerte de un amigo. Bajo el signo de la cruz renunció, tras su conversión, a una renombrada carrera filosófica. Bendecida con el signo de la cruz, quiso, en holocausto voluntario, tomar parte como carmelita en los sufrimientos y el oprobio de su pueblo. Toda su vida se había orientado misteriosamente hacia este momento.

De América llegaron buenas noticias. Erna Biberstein se había adaptado con su familia a la nueva forma de vida y los niños hacían progresos en el colegio. Pero la situación en Alemania empeoraba. A finales de 1941, a los hermanos de Edith Stein en Breslau se les impusieron medidas violentas. Poco después escribía: «También mis hermanos necesitan muchas oraciones. Mi hermana, la que aún estaba en Breslau, ha sido trasladada al

campo, la han metido en un cuchitril con otras once señoras y la han obligado a trabajar ocho horas. La han destinado a la sastrería. Mi hermano mayor y su mujer viven a la espera de medidas semejantes. Todos los intentos por parte de los que están en América de llevarlos allí, han sido inútiles hasta la fecha. Me cuentan los hechos sin quejarse»<sup>1</sup>.

En Enero de 1941 Edith Stein vio claro que no podría permanecer mucho más tiempo en Holanda sin poner en peligro el convento. Los nazis procedían a una erradicación planificada de los judíos. Los enclaves de las SS se extendían como una red mortal sobre cada uno de los países. Un gigantesco aparato burocrático registraba a las personas encarceladas en campos de trabajo levantados a toda prisa. Desde allí partían los trenes hacia el Este para eliminar las «inútiles» vidas de los no-arios.

El aparato burocrático estaba tan hábilmente disimulado, que muchos judíos no podían sospechar lo que tenían ante ellos. Mientras en el Este se construían crematorios y cámaras de gas, Edith Stein y su hermana Rosa recibían, como muchos otros, diversas citaciones. Las SS las llamaban a Maastricht, o bien el Consejo Judío de Amsterdam quería alguna información. Durante horas tenían que dar información sobre ellas. Se les obligaba a hablar a tres metros de distancia con los empleados de las SS y a llevar en los vestidos una estrella de David amarilla.

Los holandeses trataron a los judíos con exquisita

---

<sup>1</sup> E. STEIN, *Briefe* II, carta 328, p. 16.

cortesía; algunos incluso llevaban la estrella de David por solidaridad. Pero las órdenes y los encarcelamientos de las fuerzas de ocupación proseguían. Edith Stein se afanaba por lograr un visado para Suiza. Esperaba que en el Carmelo de Le Pâquier la aceptaran. Quería dejar Holanda de forma legal. Las conversaciones con Suiza tuvieron éxito, pero el Carmelo de Le Pâquier, a causa de sus limitadas condiciones de vivienda, sólo podía acoger a una hermana. Para Rosa Stein habría que buscar otro alojamiento. Esto lo retrasó todo. Edith Stein no quería partir para Suiza sin su hermana. Humanamente hablando habría significado su salvación. En una carta que salió para Colonia en Junio se lee: «Desde hace meses llevo en el corazón una hojita con la cita de Mateo 10,23. Estamos en tratos con Le Pâquier, pero estoy tan inmersa en nuestro padre Juan, que todo lo demás me da igual»<sup>2</sup>. Edith Stein aprovechaba cada minuto libre hasta extenuarse a fin de concluir su obra *La ciencia de la cruz*.

En Junio de 1942 la situación se agravó. La deportación de judíos aumentó. Las conversaciones con Le Pâquier se demoraban. En Suiza no se tenía idea del inminente peligro. El Carmelo de Colonia apoyaba las gestiones del de Echt para salvar a Edith y a su hermana en Suiza. El pueblo holandés estaba irritado. Para acudir en ayuda de sus hermanas y hermanos, los obispos y la jerarquía de la Iglesia dirigieron un telegrama al Comisario del Reich Seyss-Inquart: «Las comunidades de la Iglesia

---

<sup>2</sup> POSSELT, p. 178.

de Holanda, profundamente conmovidas por las medidas contra los judíos en los Países Bajos, por las cuales quedan excluidos de participar en la vida normal, han recibido noticia con consternación de las nuevas disposiciones por las cuales hombres, mujeres, niños y familias enteras han de ser conducidos a zona alemana. El sufrimiento que con ello se acarreará a tantos miles de personas, la conciencia de que estas disposiciones se oponen a los sentimientos éticos más profundos del pueblo holandés, y sobre todo la oposición de dichas disposiciones a lo que Dios ha señalado como exigencia de justicia y misericordia, nos obliga a las comunidades de la Iglesia a dirigir a Vd. el ruego apremiante de no llevar a cabo tales órdenes. La consideración de que tales medidas apartarán a muchos de la participación en la vida de la Iglesia Católica, nos impone además un ruego encarecido en favor de los judíos cristianos»<sup>3</sup>. El gobierno respondió a este ruego garantizando que los judíos cristianos seguirían sin ser importunados. Edith Stein fue inmediatamente avisada por el obispo y el carmelito de Echt respiró aliviado.

La calma no duró mucho y las deportaciones de los judíos no cristianos continuaron. Las comunidades cristianas no podían callar. Redactaron una pastoral colectiva en la que se incluyó el contenido del telegrama. Seyss-Inquart, que tuvo acceso a la pastoral a última hora, mandó suprimir el telegrama. Algunas Iglesias aceptaron, pero el obispo de

<sup>3</sup> Telegrama de las comunidades de la Iglesia holandesa al Comisario del Reich Seyss-Inquart, 1942, en: Jacob Schlafke, *Edith Stein, Dokumente zu ihrem Leben und Sterben*, Colonia, 1980, p. 33.

Utrecht hizo saber a las fuerzas de ocupación que no tenían derecho alguno a inmiscuirse en los asuntos de la Iglesia. El 26 de Julio se leyó en toda Holanda la carta pastoral ante los fieles. En ella se decía:

«Queridos fieles... En aquellos días, cuando Jesús se acercó a Jerusalén y vio ante sí la ciudad lloró sobre ella y dijo: "¡Ay, si por lo menos quisieras ver en este día para qué te sirve la paz! Pero ahora está oculto para tus ojos..." Queridos fieles, vayamos en primer lugar a nosotros mismos con un sentimiento profundo de humildad y arrepentimiento. Pues ¿no somos también nosotros culpables de las catástrofes que nos afligen? ¿Hemos buscado siempre ante todo el Reino de Dios y la justicia? ¿Hemos cumplido siempre los deberes de justicia y de amor al prójimo para con nuestros convecinos? ... Si nos miramos a nosotros mismos, tenemos que reconocer que todos hemos pecado... Supliquemos a Dios... para que conceda pronto al mundo una paz justa. Para que se digne confortar al pueblo de Israel, que en estos días atraviesa tan amargas pruebas, y conducirlo a la verdadera salvación en Jesucristo»<sup>4</sup>. Estas palabras vivas, realistas, eran expresión de la preocupación de los obispos y dignatarios de la Iglesia holandesa. A pesar de las temidas consecuencias, dieron testimonio del seguimiento de Cristo en medio de una atmósfera de odio y de temor. Tras la lectura, la población quedó conmocionada. ¿Qué harían los enemigos? El 28 de

<sup>4</sup> Carta pastoral de los obispos holandeses, 20 de Julio de 1942, cf. POSSELT, p. 181-182.

Julio llegó la terrible noticia de que los hermanos de Edith Stein que vivían en Breslau, la familia de su hermano Paul y su hermana Frieda, habían sido conducidos a Theresienstadt. Edith Stein y su hermana Rosa se disponían cada día a sufrir el mismo destino. Una semana después de la protesta de los obispos tuvo lugar la temida represalia. De un golpe todos los judíos católicos y los miembros judíos de los conventos holandeses fueron detenidos. Como los agentes nazis no se atrevían con la jerarquía de la Iglesia, descargaron su odio con toda violencia sobre los judíos católicos. Fueron las víctimas masacradas en la ruta de la muerte hacia el Este. En el Carmelo de Echt nadie sospechaba nada todavía. Los últimos días fueron tranquilos. El 29 de Julio Edith Stein escribió en una carta a Alemania: «Aún no sabemos si conseguiremos el permiso para salir. En cualquier caso, va para largo. No me apenaría si no llegase. No es ninguna tontería tener que dejar por segunda vez a una familia conventual a la que una quiere. Pero lo acepto como Dios disponga»<sup>5</sup>.

El 2 de Agosto era domingo. Edith Stein lo pasó en oración y revisando el manuscrito aún inacabado sobre San Juan de la Cruz. Este acaba con las siguientes palabras: «Cuando el santo pasó a la otra vida desapercibido, el hermano Diego lo tomó entre sus brazos y vio un resplandor alrededor del lecho... "Nuestro padre se ha marchado al cielo con esta luz", dijo a los presentes. Cuando amortajaba

<sup>5</sup> E. STEIN, *Briefe II*, carta 339, p. 175.

el cuerpo junto con el P. Francisco y el hermano Mateo, salió de él un dulce aroma»<sup>6</sup>.

A las cinco de la tarde llamaron a la priora al locutorio. La estaban esperando dos oficiales de las SS, quienes le preguntaron por Edith Stein. La M. Antonia pensó que se trataba del esperado permiso de salida para Suiza, y envió a Edith Stein a las SS. Estos la dijeron que debía abandonar la casa con ellos en un plazo de cinco minutos. Las hermanas estaban consternadas. La M. Antonia intentó en vano negociar. Edith Stein pidió a las hermanas su oración. Estas le ayudaron a empaquetar lo más necesario. Edith Stein estaba como ausente. Rogó a las hermanas que se dirigieran al consulado Suizo y se acordaran del permiso de viaje.

Rosa Stein aguardaba en la puerta de la clausura. Las dos hermanas se despidieron con tristeza de la comunidad. Entretanto la calle se había llenado de personas. La gente estaba indignada por este nuevo acto de fuerza. Rosa Stein era muy querida para la población y estaba ahora desolada ante una súbita partida sin destino conocido. Una conocida vio cómo Edith Stein la tomó de la mano y le dijo: «¡Ven, marchemos por nuestro pueblo!»<sup>7</sup>. Edith Stein sabía que la última etapa de su camino había comenzado. En la esquina las recogió el vehículo de asalto y desaparecieron a toda velocidad de la vista de sus amigos.

<sup>6</sup> EDITH STEIN *Kreuzeswissenschaft. Eine Studie über Joannes a Cruce*, Edith Steins Werke, t. I, Nauwelaerts-Louvain/Herder-Friburgo, 21954, p. 279 (trad. esp. La ciencia de la Cruz. Versión por los PP. Carmelitas del Carmelo de Begoña, ed. Dinor San Sebastián, 1959).

<sup>7</sup> Proceso de beatificación y canonización de Colonia.

Por las noticias de los escasos supervivientes sabemos cómo se desarrollaron los últimos días de las dos condenadas a muerte. Desde Echt, en rápido viaje, marcharon a la Comandancia del lugar en Roermond. Desde allí al campo de clasificación de Amersfoort, donde llegaron en mitad de la noche. Si el trato de las SS había sido amable hasta entonces, ahora empujaban a los judíos a los barracones con golpes y porrazos. En Amersfoort se vio claro que la detención de los judíos era un acto de venganza por la pastoral de los obispos. A los judíos evangélicos y los medio judíos se les dejó en libertad; alrededor de otros mil permanecieron detenidos con los judíos católicos. El 3 de Agosto fue un día desesperadamente largo. La aflicción en el campamento, especialmente entre las mujeres, era grande. Un testigo, el Dr. Lenig, informa de que Edith Stein se ocupaba valientemente de las mujeres<sup>8</sup>. Otro superviviente, Peter Loesen, que reconoció a Edith Stein por su parecido familiar, escribe: «Pero lo que aún tengo grabado en la memoria es la despreocupación y la serenidad con que ella y las otras monjas y frailes se abandonaban a su suerte. En ellos no se notaba que apenas unas horas antes habían sido sorprendidos por la policía... Tenían incluso niños consigo. Su actitud se distinguía mucho de la de los otros reclusos en el campo, quienes estaban totalmente aterrorizados»<sup>9</sup>.

Entre los trescientos católicos había aproximadamente quince religiosos, entre ellos los cinco

hermanos Löb: dos padres un hermano y dos hermanas, todos trapenses. Edith Stein se encontró también con sus amigas huidas de Alemania, la Dra. Ruth Kantorowicz de Venlo y Alice Reis, que trabajaba con las hermanas del Buen Pastor de Almelo. En medio de la angustia recibieron este reencuentro con gratitud. El grupo de religiosos se juntaba para el rezo del breviario y del rosario, y se apiñaba en torno a Edith Stein, «pues era indudable —afirma un testigo— que de su carácter tranquilo brotaba una fuerte influencia»<sup>10</sup>.

La noche del 3 al 4 de Agosto se procedió al traslado de los prisioneros, unas 1.200 personas con las ventanillas del tren cerradas. El tren se detuvo a mediodía en Hooghalen. Los judíos habían sido detenidos en el norte del país para esperar en el campo de Westerbork su siguiente destino. «Comenzó entonces una de las cosas más penosas que puede sucederle a una persona en su vida: el registro. Durante horas, el grupo iba de una mesa a otra; se cumplimentaban interminables listas y papeles... cuando por fin todos habían sido conducidos a los barracones asignados para ellos, los hombres se vieron separados de las mujeres, sin la más mínima posibilidad de contacto mutuo. Lo que aquello significó, bien puede imaginarse... Desde el viernes de la evacuación, el contacto no se volvió a restablecer»<sup>11</sup>.

Las personas destinadas a morir tuvieron que someterse a las absurdas trabas del registrador y

<sup>8</sup> POSSELT, p. 201.

<sup>9</sup> Archivo Edith Stein, Carmelo de Colonia.

<sup>10</sup> POSSELT, p. 211.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 213.



fueron fotografiadas con el número de recluso en la mano. Faltaba de todo lo necesario y la separación de las familias tuvo terribles consecuencias. La madre del dominico P. Bromberg completa su informe con estas palabras: «La gran diferencia entre Edith Stein y las otras hermanas consistía en su silencio. Mi impresión personal es que ella estaba interiormente consternada, pero no tenía miedo. No puedo expresarlo mejor; daba la impresión de soportar una carga de sufrimiento tan grande, que incluso cuando sonreía parecía dar pena. Casi nunca hablaba, sólo miraba a su hermana Rosa con indecible tristeza. Ahora que escribo esto me viene al pensamiento que ella preveía lo que le esperaba a ella y a otras personas. Además, era la única que ya había huído de Alemania y lo sabía mejor que otros, por ejemplo los hermanos Löb, que aún pensaban en misiones. Mi impresión era, repito, que pensaba en el sufrimiento que veía venir; no en el suyo —en eso estaba tranquila—, sino en el sufrimiento que aguardaba a los otros. Su figura aún me impresiona cuando la recuerdo sentada en el barracón: una Piedad sin Cristo»<sup>12</sup>.

Muchas mujeres y madres se habían vuelto apáticas con la separación de sus parejas. Edith Stein tomó a su cargo los niños abandonados, especialmente los hambrientos. Desplegaba tal actividad en lavarlos y limpiarlos que todos se asombraban. El Sr. Marcan, de Colonia, relata: «Entre los prisioneros Edith Stein llamaba la

---

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 214: Informe de Julius Marcan.

atención por su gran tranquilidad y su entereza. Los lamentos y la excitación entre los recién detenidos eran indescriptibles. Edith Stein iba como un ángel entre las mujeres consolando, ayudando, tranquilizando. Muchas madres, casi al borde de la locura, se habían despreocupado durante días de sus niños, sumidas apáticamente en una profunda desolación. Edith Stein tomó en seguida a su cargo a los pequeños, lavándolos y peinándolos, y se ocupaba de alimentarlos y cuidarlos»<sup>13</sup>.

Durante tres días el Carmelo de Echt temió por el destino de las hermanas deportadas. El 5 de Agosto, por mediación del Consejo Judío de Venlo y de Echt, llegaron sendos telegramas. Tenían el mismo texto y pedían para Edith Stein y Ruth Kantorowicz mantas, medicamentos y cosas por el estilo. Las hermanas de Echt se sintieron aliviadas. Cada una quería ofrecer algún detalle a las prisioneras y comenzó una auténtica competición de cariño. Dos hombres se ofrecieron a llevar los paquetes a Westerbork.

Mientras que la mañana del 6 de Agosto los dos hombres de Echt emprendían el arriesgado viaje, para los judíos se iniciaba su última jornada en el campamento. Los prisioneros supieron que a la mañana siguiente serían transportados hacia el Este. Se les permitió escribir cartas. Las últimas líneas de Edith Stein consisten en dos hojitas de un calendario. En ellas, con grandes letras, aparecen sus peticiones para Rosa Stein. Se trataba de ropa de abrigo y algunos útiles. El tono es objetivo, casi

---

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 192.

alegre. En la firma se dice: «1000 gracias. Saludos a todas, de V.R. hija agradecida»<sup>14</sup>. Le había añadido una hojita en la que aún figuraba la petición al consulado suizo del permiso de viaje.

Aunque estaba establecido ya desde hacía tiempo que nadie se libraría de aquella deportación, algunas personas tuvieron que soportar la terrible tensión entre la esperanza y la desesperación. Entre ellas la hermana Judith, del convento de Bilthoven, y Edith Stein. La hermana Judith formaba parte de la comunidad judía portuguesa y gracias a ello fue puesta en libertad. La petición del consulado suizo no sirvió para Edith. La hermana Judith, que fue asesinada dos años más tarde, contaba: «Por las mañanas, hacia las once, tenía que ir de nuevo al comandante. Había mucha gente esperando en un cuartito hasta que les tocaba el turno. Teníamos que enterarnos de nuestra salida en el local contiguo uno detrás de otro, pues todas esas personas habían recibido un aplazamiento. Cada vez que alguien regresaba se veían rostros consternados. Aquí se desarrollaban las escenas más penosas. Un leve murmullo se esparcía entre los que esperaban; era como un pánico: "Todas las peticiones de libertad han sido revocadas"... Vi también a la carmelita alemana. Su petición también había sido denegada. Estaba pálida, pero sosegada y consolaba a sus compañeras de sufrimiento»<sup>15</sup>.

El jueves a mediodía Edith Stein supo que toda

---

<sup>14</sup> E. STEIN, *Briefe* I, carta 342, p. 178.

<sup>15</sup> POSSELT, p. 210.

perspectiva de regreso era inútil. La incertidumbre había pasado. Recorrería el camino de la cruz junto con sus compañeros judíos de prisión. Los hombres de Echt la encontraron en actitud serena y tranquila. Gracias al tráfico de vagonetas de arena y de los buenos sentimientos de la policía holandesa, lograron una autorización para entrar en el campo. En su informe decían: «Tras algunos momentos de tensión, se levantó la alta cerca de espino, y vimos a lo lejos el hábito marrón y el velo negro de Edith Stein, que estaba acompañada por su hermana Rosa... el encuentro fue alegre y triste al mismo tiempo. Nos estrechamos la mano y, al principio, no salían las palabras de pura alegría por ver a gente de Echt. Pero en seguida se rompió el hielo y les entregamos todo lo que el convento nos había dado»<sup>16</sup>. Edith Stein les habló de la bondad del Consejo Judío, especialmente con los católicos. Estaba contenta de que hubiera algunos sacerdotes entre los prisioneros y de que las religiosas fueran un consuelo para las personas apenadas. «Contaba todo esto tranquila y serena... Mientras nos lo contaba nosotros estábamos fumando un par de cigarrillos. Para aliviar un poco la tensión, le ofrecimos en broma un pitillo a la hermana Benedicta. Ella también se rió y nos contó que antes, cuando era estudiante, también fumaba y bailaba... Había una gozosa alegría en su tranquilidad. En sus ojos resplandecía el brillo misterioso de una santa carmelita. Su fe profunda creaba una atmósfera de vida divina a su alrededor. Varias veces repitió

---

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 188.

que la Reverenda madre no tenía que preocuparse por ella ni por su hermana Rosa... En el campo se les había informado de que los detenidos serían trasladados a Silesia, su tierra natal, aquella noche o la siguiente. Los deportados tendrían que trabajar en las minas de Silesia... Pero fuesen a donde fuesen, y trabajasen donde trabajasen, dijo que para ella la oración ocupaba el primer lugar. Quería ofrecer su sufrimiento por la conversión de los no creyentes, por sus perseguidores y por todos los que habían abandonado a Dios de corazón»<sup>17</sup>.

Los emisarios de Venlo completaron así este informe: «Después que la patrulla de las SS anunció con un silbato que los detenidos tenían que volver a sus barracones, la Srta. Ruth (Kantorowicz) llamó a la carmelita y nos presentó brevemente. Para mí era sorprendente lo tranquila y recogida que estaba aquella hermana. Cuando le manifesté que lo sentía mucho, aquella valiente monja dijo: "Venga lo que venga, estoy dispuesta a todo". Con un fuerte apretón de manos me bendijo a mí y a los míos. Cuando le expresé mis mejores deseos, dijo que no necesitábamos preocuparnos por ellas, que estaban en manos de Dios. Entonces nos despedimos de todos los demás, con lo cual se me hizo un nudo en la garganta. Volvieron con decisión a sus barracones. Todos se volvieron aún para saludar, pero Edith Stein se marchó recogida»<sup>18</sup>.

El informe del funcionario holandés Sr. Wielek confirma estos testimonios sobre la serena actitud

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 189.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 191.

de Edith Stein. Este escribió en 1952 en el diario *De Tijd*: «Aquella monja, que en seguida me llamó la atención, y a la que —a pesar de los penosos "episodios" de los que fui testigo— no he podido nunca olvidar, aquella mujer con su sonrisa no fingida, que le salía como un cálido resplandor, es la que seguramente canonizará el Vaticano... En aquel lugar maldito de Westerbork vivió unos días, habló y rezó... como una santa. Porque lo era. Esa era la imagen de aquella mujer adulta que trabajaba tan juvenilmente, tan entera, tan auténtica y tan sincera. En una conversación dijo: "El mundo está hecho de opuestos... pero al final no quedará nada de esos contrastes. Sólo quedará el gran amor. ¿Cómo iba a ser si no?" Hablaba con tal seguridad y humildad que cautivaba a sus oyentes. Una conversación con ella... era un viaje a otro mundo. En aquellos minutos, Westerbork ya no existía... "No sabía que los hombres pudieran ser así", dijo en una ocasión... "Y tampoco que mis hermanos y hermanas tuvieran que sufrir tanto. Pido a todas horas por ellos. ¿Oye Dios mi oración? Sus lamentos seguro que los oye"... Cuando ya no había duda alguna de que las trasladarían junto con los otros bautizados en un par de horas, le pregunté a quién quería que se lo hiciese saber, y si acaso podría ayudarle, o si quería que uno de los gendarmes de confianza llamara a Utrecht. Se rió de nuevo. "No, no haga nada, por favor, no haga nada". ¿Por qué una excepción para ella en aquel grupo? ¿No era lo justo que no tuviesen ventajas por el hecho de estar bautizadas? Si no podía compartir la suerte de los otros, su vida estaba aniquilada. "¡Así que nada!"...

Y se fue rezando al vagón con su hermana Rosa. Vi su sonrisa y la inquebrantable firmeza... que la acompañaron a Auschwitz»<sup>19</sup>.

La noche del jueves al viernes los prisioneros fueron despertados bruscamente. Se leyeron largas listas con los nombres de los que debían prepararse para el traslado. Excepto seis, todos se hallaban en ellas. La mañana del 7 de Agosto, a la salida del sol, interminables colas de hombres, mujeres y niños atravesaban el campo. Miembros de las SS sustituyeron a la policía. Su ruda voz de mando acompañó las filas fuera del campo. Los hábitos de los religiosos apenas se destacaban de los otros vestidos. Los que se quedaron, saludaron durante largo tiempo al paso del tren<sup>20</sup>.

Todas las pesquisas sobre el paradero de Edith Stein después de su traslado de Westerbork tuvieron escaso éxito. *El Osservatore Romano* publicó en 1947 un pequeño informe sobre Edith Stein y su detención pero con datos inexactos. «En Marzo de 1947 el profesor Dr. Max Budde comunicó que su amigo el Dr. Lenig había estado internado en el mismo campo de Amersfoort en la misma época y había sido puesto en libertad porque, como dirigente del movimiento de resistencia al III Reich, había recibido ayuda del exterior»<sup>1</sup>. Lenig escribió en Abril de 1947 a Colonia: «Los datos de la lista de las víctimas son, según cálculos humanos, exactos. Los transportes de las víctimas pasaron seguramente por Schifferstadt. Gracias a otros transportes sabemos que aquellos infelices pudieron ser vistos

<sup>19</sup> Informe del Sr. Wielek, en *De Tijd*, 1952.

<sup>20</sup> POSSELT, p. 214-215.

<sup>1</sup> POSSELT, p. 200.

en las estaciones por conocidos casualmente presentes. Consecuentemente, la posibilidad de que la finada fuera vista o, quizá incluso, escuchada, en modo alguno debe descartarse. La muerte de su hermana debe considerarse cierta. Consta con seguridad que halló la muerte en Auschwitz y que no fue asesinada en los Países Bajos»<sup>2</sup>.

Lenig alude aquí a un suceso del que en el proceso de beatificación y de canonización de Colonia se dio el siguiente informe: «La última noticia fiable de un encuentro con Edith Stein la relata el entonces empleado como jefe de estación de Schifferstadt, Sr. Valentin Fouquet. Este se hallaba el 7 de Agosto de 1942 en el andén cuando hizo su entrada el expreso procedente de Saarbrücken, al que se le había enganchado un vagón cerrado con prisioneros. Desde aquel vagón se dirigió a él una señora vestida de oscuro y le preguntó si conocía a la familia del Decano, el Sr. Schwind. Este respondió que sí, y que el Sr. Decano había sido compañero suyo del colegio. Dicha señora le rogó entonces saludara de su parte al Sr. Decano y a la familia Schwind; era Edith Stein y se hallaba en viaje hacia el Este»<sup>3</sup>.

La Sra. Anna Heckmann, discípula de Edith Stein en los años 30-31, y más tarde maestra, completó en 1982 el relato de Fouquet. Decía en su informe: «Mi amiga Else Eckrich tenía amistad con la familia Schwind. La Sra. Eckrich bajaba del tren el 7 de Agosto de 1942 con su amiga Maria Berkel,

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 200-201.

<sup>3</sup> Proceso de beatificación y canonización de Colonia, p. 23.

nacida Schwind, en la estación de Schifferstadt. El jefe de estación, Sr. Fouquet, se dirigió a ellas y dijo: "Justo ahora sale el tren en el que está Edith Stein con destino hacia el Este". Fouquet les dijo que Edith Stein le había encargado saludar a la familia Schwind en la Ludwigstrasse»<sup>4</sup>.

El servicio de información de la Cruz Roja Holandesa dio a conocer que el destino del transporte que partió de Westerbork la madrugada del 7 de Agosto de 1942 era Auschwitz. El Boletín Oficial Holandés publicó el 16 de Febrero de 1950 los nombres de todos los judíos que fueron deportados de Holanda el 7 de Agosto. En la lista 34 figura: «N. 44074, Edith Teresia Hedwig Stein, nac. 12/oct/1891, en Breslau, de Echt, muerta 9/ag/1942». Como constaba notarialmente que nadie de aquel tren había quedado con vida, se declaró como día de la muerte de la víctima el 9 de Agosto.

En 1964 el Servicio de Investigación Criminal del Land de Baviera informó: «A requerimiento del ministerio fiscal de Munich II, en el que se ha recibido el caso N. registro AR VI 206/64, el Servicio de Investigación Criminal Bávaro se permite comunicar a Vd. el siguiente informe final sobre la suerte de las hermanas Stein: La oficina del servicio de la Jefatura de Policía de Seguridad y del SD para las regiones ocupadas holandesas, comenzó el 15 de Julio de 1942 a deportar a la población judía residente en Holanda en dos convoyes semanales a

<sup>4</sup> Informe de Anna Heckmann, Archivo Edith Stein, Carmelo de Tubinga.

Auschwitz y otros campos de concentración. Sobre la oposición por parte de la Iglesia, el representante de la Oficina de Asuntos Exteriores ante el Comisario del Reich para la zona de ocupación holandesa, el enviado especial Sr. Bene, informa el 31/7/1942 en los términos siguientes a la Oficina de Asuntos Exteriores de Berlín: "... También las Iglesias holandesas de todas las confesiones se habían sentido inducidas a emprender acciones ante el Sr. Comisario del Reich. Por parte del Sr. Comisario del Reich se adoptó la decisión de que las Iglesias podrían, a lo sumo, interceder en favor de los judíos pertenecientes a las Iglesias cristianas. Existía la intención de excluir de la deportación a los mencionados judíos, bajo condición de que las Iglesias no se sintieran movidas a emprender acciones a favor de los restantes judíos. Las Iglesias protestantes no se han opuesto a este proceder, ni han celebrado oraciones, protestas, etc. en sus templos. La Iglesia católica, por el contrario, ha tratado el último domingo en sus templos sobre las deportaciones de judíos. Aparentemente la decisión adoptada por el Sr. Comisario del Reich no fue dada a conocer en todas partes con suficiente antelación. Adjunto envío un extracto del informe secreto de la Jefatura de policía de seguridad y del SD del día de hoy al Sr. Comisario del Reich sobre los incidentes en las iglesias el pasado domingo (26 de Julio de 1942), y ruego tratar dicho informe con el máximo secreto"»<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> TERESIA MARGARETA DRÜGEMÖLLER, *Briefauslese 1917-1942*,

Entretanto se había decidido ya sobre el destino de los judíos bautizados en la Iglesia católica. Existe en relación a ello una nota del jefe de la Policía de Seguridad y del SD (BdS) para la zona de ocupación holandesa en La Haya, Dr. Wilhelm Harster, del 30/7/1942, que reproducimos en extracto:

«Asunto: Evacuación de los judíos católicos bautizados.

El 27/7 tuvo lugar ante el Comisario del Reich una conversación en la que tomaron parte: el Comisario del Reich, jefe de Sección de las SS Rauter, el Comisario General Wimmer, jefe del BdS. El Comisario del Reich ha dado las siguientes órdenes:

1. Que el BdS compruebe lo antes posible en qué iglesias evangélicas se leyó el comunicado de la Cancillería con el Telegrama del Comisario del Reich.
2. Puesto que los obispos católicos se han mezclado en el asunto —sin tener parte en él—, a partir de ahora todos los judíos católicos serán detenidos esta misma semana. No se atenderán intervenciones en favor suyo. El Comisario General Schmidt, en un mítin del Partido en Limburg, hará pública la respuesta a los obispos...
3. A propuesta mía, deberá tomarse en consideración la estatalización de algunas de las instituciones caritativas de la Iglesia. Por parte del Comisario

Herder, Freiburg, 1967, p. 141 ss. (Trad. esp.: *Selección epistolar 1917-1942*, de S. Guerra y F. Brändle, EDE, Madrid, 1976); y ЯАКОВ SCHLAFKE, *Edith Stein*, Colonia, 1980, pp. 9ss.

General Schmidt se aludió en este punto al Gran Hospital Católico de Groningen.

Fdo. Dr. Harster ( Jefe de la Policía de Seguridad y del SD)»<sup>6</sup>.

En 1964 se tomó declaración a tres supervivientes: Maurice Schellekes, Josef van Rijk e Isaías Veffler. No pudieron dar información sobre Edith Stein. Pero sus relatos corroboran los procedimientos inhumanos empleados en la liquidación de hombres, mujeres y niños, descritos ya en numerosos libros y publicaciones. Con motivo del cuadragésimo aniversario de la muerte de Edith Stein, apareció en el *Kölner Rundschau* un informe de Johannes Wieners. Aun cuando éste no puede probar, al cabo de 40 años, que la señora que le habló desde un vagón de mercancías fuera Edith Stein, su relato ofrece un testimonio fidedigno de las condiciones en las que eran destinadas a la muerte personas inocentes en la época hitleriana. Wieners escribe:

«Como conductor de la furgoneta de correos de Colonia-Deutz, me destinaron el 15 de Junio de 1942 a una oficina de correos de campaña, compuesta por 18 hombres, tres de ellos oficiales. Allí recibimos seis semanas de instrucción militar, y constituimos una oficina de Correos de Campaña ZBV (*Zur besonderen Verwendung*, de utilización especial). Me dieron un gran omnibus preparado como puesto de correos rodante. Nos alojaron en vagones en dirección a Rusia con el VI Ejército. Así estábamos el 7 de Agosto en la estación de

maniobras de Breslau. Habían desenganchado nuestra locomotora para repostar agua. Entró entonces por la vía contigua un tren de mercancías y se paró junto a nosotros. Poco después un centinela abrió la puerta corrediza. Vimos entonces personas hacinadas, tiradas apáticamente sobre el suelo del vagón. Nos quedamos impresionados del hedor que venía del vagón. Entonces se asomó a la puerta abierta una mujer con hábito de monja. Como le debí parecer compasivo, me dijo: "Es terrible, ni siquiera tenemos recipientes donde hacer nuestras necesidades". La miré inquisitivamente, y dijo vacilando: "Ahora vamos hacia la muerte". Me impresionó mucho aquello. Entonces le pregunté muy serio: "¿Lo saben también los que van con Vd.?" Y con voz entrecortada contestó: "Es mejor que no lo sepan". Algunos de mis camaradas empezaron a insultarme, diciendo que cómo podía tratar con una judía. Pero otro camarada había escuchado conmigo la conversación y se puso de mi parte. Pensamos si podíamos ofrecer algo a aquella pobre gente. La mujer había oído cómo los camaradas me habían censurado. Le pregunté: "¿Podemos darle algo de beber o comer?" Respondió: "No, gracias, no aceptamos nada". En el vagón podía leerse que venía de Holanda. Engancharon de nuevo nuestra locomotora y seguimos hacia Polonia. Cuando volví del cautiverio en 1948 leí un folleto sobre Edith Stein. En su foto reconocí entonces a la hermana del 7 de Agosto de 1942. Como día de su muerte dieron el 9 de Agosto»<sup>7</sup>.

<sup>7</sup> JOHANNES WIENERS, *Meine Begegnung mit Edith Stein*, en *Kölnische Rundschau*, 9 Agosto 1982.

<sup>6</sup> DRÜGEMÖLLER, p. 143.

El P. Hirschmann SJ, que conoció de cerca a Edith Stein durante los años anteriores a su muerte, hablaba de sus recuerdos sobre ella en el 86 Katholikentag en Berlín. El tema de su conferencia rezaba: «Por sus heridas hemos sido salvados». El tema del día era «El amor vence al miedo, a la culpa y al sufrimiento». El P. Hirschmann perfiló la figura de Edith Stein como un signo de este amor vencedor. «Entre su bautizo y su entrada en el Carmelo se extendió sobre Alemania la sombra creciente del odio hacia los judíos, que le cerró las puertas de la docencia en la Universidad y de una intensa actividad científica. Pero le abrió al mismo tiempo las puertas al trabajo católico de la mujer y al amor a la cruz de la orden carmelitana. En el espíritu de la teología de la cruz de su gran hermano en religión, San Juan de la Cruz, supo unir intensamente la cruz de su pertenencia al pueblo judío, que le asignó la Historia, con la cruz de Jesucristo. Tuvo que contar con que, como judía, a pesar de su bautismo cristiano y de sus votos religiosos, habría de compartir el sufrimiento de su pueblo. Se obligó con Dios a no hacer de su bautismo un asidero para mejorar su situación con respecto al último o a la última de su pueblo perseguido. Edith Stein era no sólo una judía unida en amor a su pueblo; fue al mismo tiempo una alemana unida al pueblo alemán. Y como tal se preguntaba —con frecuencia me lo decía— “¿Quién expía por lo que se hace al pueblo judío en nombre del pueblo alemán?” Ella sufría porque cristianos bautizados como Hitler o Himmler cargaran sobre sí tan espantosa culpa para con el pueblo judío.

“¿Quién convierte esta terrible culpa en victoria para los dos pueblos?” Aquellos que no dejan nacer nuevo odio en las heridas que el odio provoca, sino que, aun siendo víctimas de ese odio, cargan con el sufrimiento de los que odian y de los que son odiados. Nunca olvidaré las conversaciones con esta verdadera testigo y filósofa cristiana cuando hablaba de ello: el odio nunca puede tener en el mundo la última palabra. Tiene que ser posible salir al paso del odio de tal manera que rezando, intercediendo, expiando por él, el cargar con ese odio se convierta en última gracia para sus autores. Mediante su oración por los que le crucificaron y traspasaron su costado, las heridas de Jesús se convirtieron en un signo de aquel amor que se mostró verdaderamente “más fuerte”. Nos ha quedado una aterradora revelación de hasta dónde es capaz de llegar la falta de amor en el hombre: Auschwitz. Pero nos ha quedado también una revelación que supera infinitamente a la anterior: el amor aferrado a la cruz y las heridas es mucho más fuerte: por el amor que en la cruz de Cristo abarca a la humanidad en sus heridas os amo, y puedo dar testimonio de que el odio no es más fuerte que el amor»<sup>8</sup>.

Sirvan las palabras que Edith Stein pronunció en su discurso sobre Isabel de Turingia, en Viena, en 1931, para hacernos conscientes de que en nuestros tiempos no sólo debemos celebrar jubileos y

---

<sup>8</sup> JOHANNES HIRSCHMANN SJ, *Sr. Teresia Benedicta v. Hl. Kreuz*, en: Hirschberg, *Monatsschrift des Bundes Neudeutschland*, año 34, 1981, pp. 125-126.



memoriales, sino dejarnos impregnar por la forma de ser y de actuar de los "homenajeados": «¿Por qué nuestra época es tan amiga de celebraciones conmemorativas, casi diríamos "adicta" a ellas? ¿Acaso por la gravosa carga de los problemas, que despierta el deseo de sustraerse una y otra vez por un instante a la atmósfera gris y sofocante del presente y calentarse al sol de mejores tiempos? Semejante evasión del presente sería una infructuosa manera de celebrar una conmemoración; pero debemos admitir que un deseo más profundo y saludable, aun cuando no claramente consciente de sí mismo, dirige su mirada al pasado. Una generación empobrecida en el espíritu y sedienta de él se vuelve doquiera que el espíritu fluye en plenitud para beber de él. Y éste sí es un saludable ejercicio. Porque el espíritu está vivo y no muerto. Dondequiera que ha actuado configurando la vida de los hombres y las imágenes de manos humanas, no deja tras de sí únicamente monumentos muertos sino que conduce a una existencia misteriosa, como un rescoldo oculto y bien protegido que se aviva, resplandece y arde, tan pronto como una ráfaga vivificadora lo recorre»<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> E. STEIN, *Die Frau in Ehe und Beruf. Bildungsfragen heute*, Biblioteca Herder, t. 129, Friburgo, 1963, p. 106.

## Bibliografía

### 1. Obras de Edith Stein

#### 1.1. Escritos publicados en el curso de su vida

*Zum Problem der Einfühlung* (Dissertation), Halle 1917, Reprint: con una introducción de Johannes Baptist Lotz, München (Kaffke) 1980.

*Über das Wesen der Bewegung*, en: Adolf Reinach, *Gesammelte Schriften*, Halle (Niemeyer) 1921, 406-461.

*Psychische Kausalität*, en: *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung* vol. V, 1922, 2-116.<sup>1</sup>

*Individuum und Gemeinschaft*, en: *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung* vol. V, 1922, 116-283.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Reimpresión: *Beiträge zur philosophischen Begründung der Psychologie und der Geisteswissenschaften*, Tübingen (Niemeyer) 2. edición 1970, 2-116.

<sup>2</sup> *Ibid.*, 116-183.

*Eine Untersuchung über den Staat*, en: Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung vol. VII, 1925, 1-123.<sup>3</sup>

*John H. Kardinal Newman. Briefe und Tagebücher 1801-1845*. Traducción de Edith Stein, ed. por Erich Przywara, München (Theatinerverlag) 1928.

*Husserls Phänomenologie und die Philosophie des heiligen Thomas von Aquino*, en: Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung, Ergänzungsband 1929 (Husserl-Festschrift), 315-338.<sup>4</sup>

*Die theoretischen Grundlagen der sozialen Bildungsarbeit*, en: Zeit und Schule 27, 1930, 81-85 y 90-93; 159-162 y 167.

*Grundlagen der Frauenbildung*, en: Stimmen der Zeit 120, 1931, 414-424.

*Das Ethos der Frauenberufe*, Augsburg (Haas & Grabherr) 1931.

*Der Intellekt und die Intellektuellen*, en: Das heilige Feuer, 18, 1931, 193-198 y 267-272.

*Elisabeth von Thüringen*, en: Das Neue Reich 13, 1931, 779-781 (Nr. 37, 13 Junio) y 801-802 (Nr. 38, 20 Junio).

*Des heiligen Thomas von Aquino Untersuchungen über die Wahrheit*, vols. 1-2. Con una introducción de Mons. Grabmann y un vocabulario de términos latino-alemanes. Breslau (Otto Borgmeyer) 1932.

*Beruf des Mannes und der Frau nach Natur-und*

*Gnadenordnung*, en: Die christliche Frau, 30, 1932, 5-20.

*La Phénoménologie*, en: Journées d'Etudes de la Société Thomiste, Paris (Edition du Cerf), 1932, 101-109.

*Das Gebet der Kirche*, en: Ich lebe und ihr lebet, Paderborn (Bonifatius-Druckerei) 1937, 69-84.

*Theresia von Jesus*, Konstanz (Canisiusverlag) 1934.

*Margareta Redi*, Würzburg (Ritaverlag) 1934.

*Eine Meisterin der Erziehungs- und Bildungsarbeit: Teresia von Jesus*, en: Katholische Frauenbildung im Deutschen Volk 48, 1935, 114-133.

*Eine deutsche Frau und grosse Karmelitin: Mutter Franziska von den unendlichen Verdiensten Jesu Christi OCD*, (Katharina Esser) 1804-1866, en: Die in deinem Hause wohnen, ed. por Eugen Lense (Benziger), Einsiedeln/Köln 1938, 147-163.

## 1.2. Edición de las Obras Completas

El archivo carmelitano Edith Stein de Bruselas, bajo la dirección del P. Romaeus Leuven OCD y la Dra. Lucie Gelber, ha publicado hasta la fecha 10 tomos del legado de Edith Stein. Los tomos I-VII aparecieron en Nauwelaerts-Lovaina/Herder-Friburgo; los tomos VIII-X en de Maas & Waler-Druten/Herder-Friburgo.

*Edith Steins Werke*, ed. por L. Gelber y Romaeus Leuven:

Tomo I: *Kreuzeswissenschaft. Studie über Joannes a Cruce*, 1950. <sup>3</sup>1985.

<sup>3</sup> *Ibid.*, 285-407.

<sup>4</sup> Reimpresión: *Festschrift Edmund Husserl*, Tübingen (Niemeyer) 2. 1974, 315-338.

Tomo II: *Endliches und Ewiges Sein. Versuch eines Aufstiegs zum Sinn des Seins*, 1950. <sup>3</sup>1986.

Tomo III: *Des Hl. Thomas von Aquino Untersuchungen über die Wahrheit*. I. Teil: Quaestio 1-13, 1952.

Tomo IV: *Des Hl. Thomas von Aquino Untersuchungen über die Wahrheit*. II. Teil: Quaestio 14-29, 1959.

Tomo V: *Die Frau. Ihre Aufgabe nach Natur und Gnade*, 1959.

Tomo VI: *Welt und Person. Beitrag zum christlichen Wahrheitsstreben*, 1962.

Tomo VII: *Aus dem Leben einer jüdischen Familie. Das Leben Edith Steins: Kindheit und Jugend*. 1985. Edición completa.

Tomo VIII: *Selbstbildnis in Briefen*, 1. Teil: 1916-1934, 1976.

Tomo IX: *Selbstbildnis in Briefen*, 2. Teil: 1934-1942, 1977.

Tomo X: ROMAEUS LEUVEN, *Heil im Unheil. Das Leben Edith Steins: Reise und Vollendung*, 1983.

ROMAEUS LEUVEN, *Edith Stein. Mijn Weg naar de Waarheid*, 1980. Este libro apareció sin numerar dentro de la edición de las obras completas entre los tomos IX y X.

1.3. Publicaciones del legado, reimpresiones y ediciones facsímiles fuera de las obras completas

Estas obras han aparecido en las siguientes editoriales:

- a) = Schnell und Steiner München
- b) = Herder Freiburg i. Br.
- c) = Glock und Lutz Nürnberg

- d) = Niemeyer Tübingen
- e) = G. Kaffke Aschaffenburg
- f) = Kanisius-Verlag Konstanz

- a) *Frauenbildung und Frauenberufe*, München <sup>1</sup>1956.
- b) *Die Frau in Ehe und Beruf. Bildungsfragen heute* (Herder vol. 129), Freiburg <sup>2</sup>1963.
- c) *Mein erstes Göttinger Semester*. Con un epílogo y una cronología (Nürnberger Liebhaberausgaben Bd. 35), Nürnberg 1979.
- d) *Beiträge zur philosophischen Begründung der Psychologie und der Geisteswissenschaften* (Psychische Kausalität; Individuum und Gemeinschaft; Eine Untersuchung über den Staat), Tübingen <sup>2</sup>1970.
- d) *Husserls Phänomenologie und die Philosophie des hl. Thomas von Aquino*, en: Festschrift Edmund Husserl. Zum 70. Geburtstag gewidmet, Tübingen <sup>2</sup>1974, 315-338.
- e) *Wege der Gotteserkenntnis. Dionysius der Areopagit und seine symbolische Theologie*. Con una introducción de Waltraud Herbstrith y Veronika E. Schmitt, München 1979.
- e) *Zum Problem der Einföhlung* (Dissertation); Reprint München 1980.
- e) *Wege zur inneren Stille. Gesammelte Schriften*. Con una introducción de Waltraud Herbstrith, Aschaffenburg 1987 (Weihnachtsgeheimnis-Das Gebet der Kirche -Wege zur inneren Stille- Sancta Discretio-Der Intellekt und die Intellektuellen-Teresa von Avila-Elisabeth von Tübingen-Geschichte und Geist des Karmels).

- e) *Gedichte und Gebete aus dem Nachlass*. Introducción de Waltraud Herbstrith (Schriftenreihe zur Meditation Nr. 13), München <sup>3</sup>1985.
- f) *Teresia von Avila*, Konstanz <sup>4</sup>1965.

#### 1.4. Antologías de Textos

- Briefe an Hedwig Conrad-Martius*, München (Kösel) 1960.
- Worte und Briefe*. Ed. por Waltraud Herbstrith (Sr. Teresia a Madre Dei OCD), München (Ars Sacra, Otto Müller) 1965.
- Briefauslese 1917-1942*. Con un suplemento documental sobre su muerte ed. por el Kloster der Karmelitinnen Maria vom Frieden Köln (Teresia Margareta Drügemöller OCD), Freiburg (Herder) 1967.
- Vom Endlichen zum Ewigen. Gedanken für jeden Tag*, ed. por Maria Amata Neyer OCD, Kevelaer (Butzon u. Bercker) <sup>5</sup>1983.
- In der Kraft des Kreuzes*, ed. por Waltraud Herbstrith OCD, Freiburg (Herder) <sup>3</sup>1987.
- Gedichte und Gebete aus dem Nachlass*, ed. por Waltraud Herbstrith OCD (Schriftenreihe zur Meditation Nr. 13), München (Kaffke) <sup>2</sup>1981.

#### 1.5. Obras inéditas

*Archivum Carmelitanum Edith Stein, Brüssel:*  
*Einführung in die Philosophie*  
*Aufbau der menschlichen Person*  
*Theologische Anthropologie*  
*Akt und Potenz*

*Das mystische Sühneleiden des hl. Johannes vom Kreuz*  
*Letztes Heft aus Köln*  
*Die Hochzeit des Lammes*  
*Ave Crux-Spes unica*  
*Ein ausgewähltes Gefäß der göttlichen Weisheit: Sr. Marie Aimée de Jesus.*

#### 1.6. Traducciones

##### 1.6.1. En Inglés

- The Science of the Cross*, transl. by Hilda Graef, (Ed. Regnery) Chicago 1960.
- On the Problem of Empathy*, transl. by Waltraud Stein with a foreword by Erwin Strauss, (Ed. M. Nijhoff) The Hague 1964.
- Ways to know God*, translated by M. Rudolf Allers, in: *The Thomist*, July 1946.

##### 1.6.2. En Francés

- La Science de la Croix*, trad. par Etienne de S. Marie OCD, (Edit. B. Nauwelaerts) París 1957.
- Etre finit et Etre éternel*. trad. par F. Vailet et G. Casella, (Edit. B. Nauwelaerts) París 1967.
- Le mystère de Noel*, trad. par L. et E. Zwiauer, (Ed. l'Orante) París 1955.
- La prière de l'Eglise*, trd. par L. et E. Zwiauer, (Ed. de l'Orante) París 1955.
- La femme et sa destinée*, trad. par Marie-Laure Rouveyre, (Ed. Amiot-Dumont) 1956.

### 1.6.3. En Italiano

*Scienza Crucis, Studio su S. Giovanni della Croce*, trad. da Edoardo di S. Teresa OCD, (Editrice Ancora) Milano 1960.

*La scelta di Dio: Lettere 1917-1942*, (Città nuova) Roma 1973.

*Il misterio di Natale*, (Ed. Corsia) Milano 1955.

*Formazione e vocazione della donna*, (Ed. Corsia) Milano 1957.

*Via della conoscenza di Dio*, con introducción y notas de C. Bettinelli, Padua 1983.

### 1.6.4. En Español

*La Ciencia de la Cruz*, versión por los PP. Carmelitas del Carmelo de Begoña, (Ed. Dinor S.L.) San Sebastian 1959.

*Selección epistolar 1917-1942*, Ed. por S. Guerra und F. Brändle, (Logos 19) Madrid 1976.

### 1.6.5. En Holandés

*De wetenschap van het Kruis*, vert door Romaeus Leuven OCD, (Uitg. Desclée de Brouwer) Brugge 1958.

*De Vrouw*, vert. door Romaeus Leuven OCD, (Uitg. Desclée de Brouwer) Brugge 1961.

*Mijn jeugd*, vert. door Romaeus Leuven OCD, (Uitg. Desclée de Brouwer) Brugge 1967.

*Het Kerstmysterie*, (Utig P. Brand, Oasenserie) Bussum 1958.

### 1.6.6. En Croata

*Znanost Kriza*, (Krscanska Sadasnjost i Hrvatski Karmelićani i Karmelićanke) Zagreb 1983.

### 1.6.7. En Polaco

*Z Wlasnej Glebi. Listy*, z niemieckiego przelozyła S. Immakulata J. Adamska OCD, (Wydawnictwo OO. Karmelitów Bosych) Kraków 1979.

*Z Wlasnej Glebi. Wybór pism Duchownych. Pisma różne*, z niemieckiego przelozyła S. Immakulata J. Adamska OCD, (Wydawnictwo OO. Karmelitów Bosych) Kraków 1978.

*Pisma Tom I. Edyta Stein, s. Teresa Benedykta od Krzyza OCD. Autobiografia*, (Wydawnictwo OO. Karmelitów Bosych) Kraków 1982.

*Pisma Tom II. Edyta Stein, s. Teresa Benedykta od Krzyza OCD, Listy 1916-1942*, (Wydawnictwo OO. Karmelitów Bosych) Kraków 1982.

*Światłość w ciemności. Wybór pism duchownych, Tom I Autobiografia*, z niemieckiego przelozyła S. Immakulata J. Adamska OCD, (Wydawnictwo OO. Karmelitów Bosych) Kraków 1977.

*Światłość w ciemności. Wybór pism duchownych, Tom II, Wiedza Krzyza-Twierdza duchowa*, z niemieckiego przelozyła S. Immakulata J. Adamska OCD, (Wydawnictwo OO. Karmelitów Bosych) Kraków 1977.

## 2. Bibliografía secundaria sobre Edith Stein

### 2.1. Libros publicados

#### 2.1.1. Sobre la persona y la vida de E.S.

- BIENIAS, MARIA, *Begegnung mit Edith Stein*, Leipzig 1963
- BÖHM, WILHELMINE, *Im Schatten von Golgotha—Edith Stein*, Reihe Theologie und Leben 56, Freising 1980.
- DRÜGEMÖLLER, TERESIA MARGARETA OCD, *Edith Stein—Eine Heilige*, München /Köln 1953.
- ECKERT, WILLEHAD PAUL OP, *Edith Stein—Der Opfergang einer Grossen Jüdin und Deutschen*, Schriftenreihe der Kölnischen Gesellschaft für Christlich-Jüdische Zusammenarbeit, Heft 3, Juni 1959.
- GRAEF, HILDA, *Zeugnis des vernichteten Lebens*, Freiburg 1979 (5. edición de: *Leben unter dem Kreuz*).
- HERBSTRIETH, WALTRAUD (Sr. Teresia a Matre Dei OCD), *Edith Stein—Auf der Suche nach Gott*, Kevelaer <sup>2</sup> 1965.
- Edith Stein*, Reihe Theologie und Leben 12, Freising 1972.
- HERBSTRIETH, WALTRAUD/LINKE, EBERHARD, *Verwandlung durch Meditation—Edith Stein*, Frankfurt/M. 1976 (con fotos).
- Edith Stein—Zeichen der Versöhnung*, Mit einem Geleitwort von Bischof Georg Moser, München 1979.
- Beten mit Edith Stein*, Schriftenreihe zur Meditation Nr. 1, München <sup>3</sup>1983.

- Das wahre Gesicht Edith Steins*, Aschaffenburg <sup>6</sup>1987.
- Edith Stein—Bilder des Lebens* (con fotos), München <sup>2</sup>1982.
- Edith Stein—Neues Lebensbild*, Herder Taschenbuch Bd. 1035, Freiburg 1983.
- HUNING ALOIS, *Edith Stein und Peter Wust. Von der Philosophie zum Glaubenszeugnis*, München 1969.
- KAWA ELISABETH, *Edith Stein. Die vom Kreuz Gesegnete*, Berlín 1953.
- KEMPNER, ROBERT M.W., *Edith Stein und Anne Frank. Zwei von Hunderttausend*, Herderbücherei Bd. 308, Freiburg 1968.
- Kölner Selig- und Heiligsprechungsprozess der Dienerin Gottes Sr. Teresia Benedicta a Cruce—Edith Stein*. Ed. por Sr. Teresia Renata Posselt OCD und Sr. Teresia Margareta Drügemöller OCD, Köln 1962.
- LÜTHOLD, IDA, *Edith Stein. Ein Leben für die Wahrheit*, München 1960.
- DE MIRIBEL, ELISABETH, *Edith Stein*, Paris 1954.
- PAULUS, MARTHA, *Edith Stein. Aus Leben und Werk*, München /Zürich 1960.
- POHL, M. BAPTISTA OCD, *Edith Stein*. Kaldenkirchen 1962.
- POSSELT, TERESIA RENATA OCD, *Edith Stein, eine grosse Frau unseres Jahrhunderts*, Herderbücherei Bd. 3, Freiburg <sup>9</sup>1963.
- SCHANZ, JOHANNES, *Edith Stein heute*, Würzburg 1971.
- SCHLAFKE, JAKOB, *Edith Stein. Dokumente zu ihrem Leben und Sterben*, Köln 1980.

UNVERZAGT, KARL, *Edith Stein—Wort und Bild*, ed. por Paul Mons, Ramstein 1981 (con fotos).

### 2.1.2. Sobre la obra filosófica de E. S.

BAJSIC, ALOISIUS, *Der Begriff einer christlichen Philosophie bei Edith Stein*, Bozen 1961 (Tes. doct.).

HÖFLINGER, ANTON, *Das Universalienproblem in Edith Stein Werk Endliches und Ewiges Sein*, Freiburg/Schweiz 1968.

HOFMANN, ANNA, *Edith Steins philosophischer Zugang zu Gott in ihrem Werk: Endliches und Ewiges Sein*, Würzburg 1977.

PLASZCZYNSKI, IRENEUSZ, *Motivation der Glaubensentscheidung bei Edith Stein*, Vallendar 1982/83 (Tesina).

RUF, J., *Das Abbild der Dreifaltigkeit in der Schöpfung in Edith Steins Buch: Endliches und Ewiges Sein*, Augsburg 1974 (tes. doct.).

SALMEN, JOSEF SVD, *Das Personverständnis bei Edith Stein*, Roma. 1978 (Tes. doct.).

### 2.2. Artículos de Revistas y obras colectivas

#### 2.2.1. Sobre la persona y vida de E. S.

*Bald Seligsprechung Edith Steins?*, en: prisma der frau, Zeitschrift für kath. Frauen, 63, 1980. 53.

BIENIAS, MARIA, *Das Lebensopfer der schlesischen Konvertitin Edith Stein im Karmel und in Auschwitz*, en: Schlesisches Priesterjahrbuch, Bd. III, 1961, 69-101.

BUCHMÜLLER, MARIA, *Edith Stein. Weg und Sendung*, en: Erbe und Auftrag, Benediktinische Monastsschrift, 38, 1962, 41-52.

ECKERT, WILLEHAD PAUL OP, *Edith Steins Veröhnungsoffer*, en: Kontakt, Freundesgabe der deutschen Dominikaner der Teutonia, Köln, Heft 8, 1981, 33-35.

EICHMANN-LEUTENEGGER, BEATRICE, *Eine weniger bekannte Edith Stein*, en: Orientierung, Zürich, 45, 1981, 176-178.

*Edith Stein-Leuchtschrift und Sternverdunkelung*, en: Neue Zürcher Zeitung, Okt. 1981, 68.

*Komm wir gehen für unser Volk*, en: Weltbild, hrsg. Im Auftrag de dt. Bischöfe, Nr.23, Nov. 1981, 36-38.

*Edith Stein zum Gedächtnis*, en: Herder-Korrespondenz, 6, 1951, 532-534.

FEULING, DANIEL OSB, *Edith Stein*, en: Die Frau in Ehe und Beruf, Bildungsfragen heute (Herderbücherei Bd. 129), Freiburg 1963, 162-165.

FRINGS, JOSEF KARDINAL, *Selig-und Heiligsprechungsprozess. Edith Stein*, en: Schlesisches Priesterjahrbuch, 1964, 162-164.

FROMMHERZ, UTA, *Edith Stein. Jüdin, Philosophin, Karmelitin*, en: Reformatio, Zeitschrift für ev. Kultur und Politik, Zürich, 18, 1969, 76-90.

GELBER, LUCIE, *Edith Stein. Theresia Benedicta a Cruce*, en: Tijdschrift voor Philosophie, Louvain, 30, 1950, 129-149.

GERSTNER, HERMANN, *Das heilige Siebengestirn. Edith Stein*, München 1974.

GORDAN, PAULUS OSB, *Edith Stein zum Gedächtnis*, en: Erbe und Auftrag, 38, 1962, 97-100.

GROHMANN, JOHANNES, *Um des Judentums willen gestorben. Der Lebensweg der Philosophin und Karmelitin Edith Stein*, en: Freiheit und Recht, Zentralorgan der Widerstandskämpfer und Verfolgtenverbände, 9, 1963, 16-20.

HARTMANN, NORBERT, *Edith Stein*, en: Geist und Geistesgaben, ed. por Anton Rotzetter (Seminar für Spiritualität 2), Zürich 1980, 201-224.

HAUKE, M. JOHANNA OCD, *Hic et nunc. Edith Stein—Symbol der Zukunft*, en: Ordensnachrichten, Wien 20, 1981, 238-257.

HERBSTTRITH, WALTRAUD OCD, *Edith Stein. Ein Mensch unserer Zeit*, en: Christliche Innerlichkeit, Wien 1962, 56-67.

*Edith Stein. Zum 30. Jahrestag ihrer Einkleidung*, en: Geist und Leben, 37, 1964, 64-67.

*Das Urbild wahren Frauentums*, en: Rosenkranz, hrsg. v. der Provinz der Pallottiner, Limburg 71, 1964, 318.

*Gott ruft uns nicht, damit wir schlafen. Zum 80. Geburtstag Edith Steins*, en: Christ in der Gegenwart, 23, 1971, 325-326.

*Edith Stein und ihre Beziehung zum benediktinischen Mönchtum*, en: Regula Benedicti Studia, ed. por Bernd Jaspert y Eugène Manning, Bd. 3/4, Hildesheim 1974/75, 101-112.

*Edith Stein. Ihr Beitrag zu Frieden und Versöhnung*, en: Die christliche Frau, Köln, 64, 1975, 144-154.

*Edith Stein*, en: Grosse Deutsche aus Schlesien, ed. por Herbert Hupka, München 1975, 312-320.

*Edith Stein*, en: Zeitgeschichte in Lebensbildern, ed. por R. Morsey, Bd. II, Aus dem Deutschen Katholizismus des 20. Jahrh., Mainz 1975, 25-36.

*Mit Christus am Kreuz gestorben—35. Todestag Edith Steins*, en: KNA-Katholische Korrespondenz, Bonn, 30, 1977, 2-3.

*Edith Steins Weg als ökumenisches Zeugnis*, en: Christ in der Gegenwart, 29, 1977, 261-262.

*Edith Stein—Was ist Wahrheit?*, en: Leben das sich lohnt, Trilogie: Teresa von Avila -Therese von Lisieux-Edith Stein, Frankfurt/M. 1977, 303-446.

*Weg in die Tiefe—Edith Stein*, en: Dasein für andere. Geistliche Berufung heute, Frankfurt/M. 1977, 76-85.

*Edith Stein. Meilensteine ihres Lebens*, en: Heute, Zeitschrift Vinzentinischer Gemeinschaften, Fulda 11, 1979, 32-35.

*Wie erfahre ich Gott—Neugründung des Edith-Stein-Karmel*, en: Christ in der Gegenwart, 31, 1979, 76.

*Recht, Wirklichkeit, Sein. Zur Rolle der Frau in Welt und Kirche. Gedanken von Edith Stein*, en: Christ in der Gegenwart, 32, 1980, 221-222.

*Edith Stein und das Judentum*, en: Christ in der Gegenwart, 32, 1980, 357-358.

*Die erlösende Kraft des Kreuzes—Edith Stein*, en: Gelebte Nachfolge. Wortgottesdienste, ed. por Bischöfl. Ordinariat, Rottenburg 1980, 27-30.

*Edith Stein*, en: Verweilenvor Gott, Freiburg 1980, 93-106.

*Edith Stein—Die Wahrheit suchen, Gott finden und die Menschen*, en: Deutsche Glaubenszeugen. Zum Besuch des Papstes, ed. por Emil Spath, Freiburg 1980, 94-100.

*Das Zeugnis Edith Steins*, en: Von Gottes Barm-



- herzigkeit und der Gerechtigkeit der Menschen II, ed. por Reinhold-Schneider-Stiftung Hamburg, Heft 16, 1981, 13-16.
- Edith Stein—eine Frauengestalt für unsere Zeit*, en: Gemeinde aktuell. Gemeindezeitung der Kath. Kirchengemeinde St. Johannes in Leonberg, Nr. 5, Nov. 1981.
- Zum 40. Todestag Edith Steins*, en: Treffpunkt, Kontaktblatt des teresianischen Karmels in Deutschland, 12, 1982, 135-138.
- Glaube in der Bewährung, Edith Stein*, en: Kehrt um und glaubt-erneuert die Welt. 87. Dt. Katholikentag, Düsseldorf 1982. Die Vortragsreihen: Fragen zur Zeitgeschichte nach 1945-Gestalten des Glaubens-Zeugen des Glaubens, Paderborn 1982, 43-52.
- HILBERLING, BRIGITTE, *Edith Stein*, en: Hochland, 42, 1949, 91-94.
- HILLIG, FRANZ, *Edith Stein*, en: Stimmen der Zeit, 145, 1949/50, 33-38.
- HIRSCHMANN, JOHANNES SJ, *Schwester Teresia Benedicta vom Hl. Kreuz*, en: Hirschberg, 34, 1981, 124-126.
- JAEGERSCHMID, ADELGUNDIS OSB, *Edith Stein, ein Lebensbild*, en: Intern. Kathol. Zeitschrift Communio, 10. 1981, 465-478.
- KARMELE TÜBINGEN, Tübingen, in: Karmel in Deutschland. Information-Reflexion, hrsg. v. Ulrich Dobhan OCD und Veronika E. Eschmitt OCD, München 1981, 105-107.
- LAUER, NIKOLAUS, *Lebendige Liebesflamme. Edith Stein zum Zeugnis*, en: Pilgerkalender 1972, 23-39.

- LEBER, ANNECORE, *Edith Stein*, en: Das Gewissen steht auf, Bd. 2: Das Gewissen entscheidet. Lebensbilder aus dem deutschen Widerstand, Berlin-Frankfurt/M. 1957.
- LEUVEN, ROMAEUS OCD, *Edith Stein*, en: Ephemerides Carmeliticæ, Teresianum Roma, 19, 1968, 237-281.
- LIEBRECHT, HANS, *Eine grosse Schlesierin unserer Zeit. Zum 60. Geburtstag Edith Steins*, en: Christ unterwegs, München, 5, 1951, Nr. 10, 3-8 u. Nr. 11, 5-10.
- NEYER, MARIA AMATA OCD, *Edith Stein. Eine Heilige für unsere Zeit*; Artikel in Fortsetzungen, en: Christliche Innerlichkeit, Zeitschrift für Gebet und gelebtes Christentum, Wien, 7/6, 1972, 15-24; 8/1, 1972, 6-19; 8/5, 1973, 38-53; *Edith Stein als Kontemplative*: 9/1, 1973, 47-54; 9/6, 1974, 44-53.
- Edith Stein—eine ökumenische Gestalt*, en: Jetzt, Wien, 6. 1973, 18-19.
- Edith Stein—die Schlesierin*, en: Heimatbrief der Katholiken des Erzbistums Breslau, 3, 1976, 8.
- Die Philosophin und die Kinder*, en: Christliche Innerlichkeit, Wien, 14/6, 1979, 273-284.
- Edith Stein und ihre Begegnung mit einzelnen Priesterpersönlichkeiten*, en: Pax-Korrespondenz Köln, 2, 1982, 2-6.
- Edith Stein und die Liturgie*; Artikel in Fortsetzungen, en: Christliche Innerlichkeit, Wien, 18/2, 1983, 74-82.
- NIEBLER, ELSE, *Edith Stein. Ein Leben im Zeichen der Versöhnung*, en: aktuelle informationen, hrsg. v. d. Abteilung für Öffentlichkeitsarbeit im

- Bischöflichen Ordinariat Mainz, Nr.24, 1982.
- NIGG, WALTER, *Edith Stein spricht: Dies ist die Wahrheit*, en: Vom beispielhaften Leben, Olten/Freiburg <sup>2</sup>1976, 225-243.
- NOTA, JAN H. SJ., *Schwester Benedicta vom Kreuz—Edith Stein*. Philosophin, Karmelitin, Märtyrin. Manuskript der Vorträge im Kathol. Bildungswerk Bonn, hrsg. v. Kathol. Bildungswerk Bonn 1967.
- Edith Stein und der Entwurf für eine Enzyklika gegen Rassismus und Antisemitismus*, en: Freiburger Rundbriefe, Beiträge zur christlich-jüdischen Begegnung, 26, 1974, 35-41. Así como en: Internationale Kathol. Zeitschrift Communio, 5, 1976, 154-166.
- POSSSELT, TERESIA RENATA OCD, *Edith Stein*, en: Gesetz und Geheimnis, Köln 1959, 162-166.
- PRZYWARA, ERICH SJ, *Edith Stein. Zu ihrem 10. Todestag*, en: E. PRZYWARA, *In und Gegen*, Nürnberg 1955, 61-67; así como en: *Die Besinnung*, 7, 1952, 238-242.
- Die Frage Edith Stein*, en: E. PRZYWARA, *In und Gegen*, Nürnberg 1955, 67-73.
- REPGES, WALTER, *Vor 40 Jahren starb Edith Stein*, en: *Renovatio* 38, 1982, 178-184.
- ROSSI, G., *Menschen begegnen Christus. Aus dem Leben moderner Karmeliten*, Luzern <sup>2</sup>1952, 131-147.
- ROZUMEK ANGELA, *Edith Stein. Zum Gedächtnis ihres Todes vor 25 Jahren*, en: Freiburger Rundbriefe 14, 1967, 63-68.
- SCHERER, ALICE, *Edith Stein*, en: *Frauen im Umbruch der Zeit*, Reihe Theologie und Leben 37, Freising 1976, 79-87.
- SCHMIDBAUER, ROBERT, *Edith Stein*, en: *Zeugen der Wahrheit*, ed. por Waltraud Herbstrieth OCD, München 1980, 131-136.
- SCHMITT, VERONIKA ELISABETH OCD, *Gebet als Lebensprozess. Teresa von Avila-Edith Stein*, München 1982, 71-112.
- SCHNEIDER, REINHOLD, *Die Sendung der Edith Stein*, en: *Christ in der Gegenwart*, I, 1949. Aquí citado según: *Von Gottes Barmherzigkeit und der Gerechtigkeit der Menschen II*, Reinhold-Schneider-Stiftung Hamburg, Heft 16, 1981, 9-12.
- SCHOLZ, SUSANNE, *Edith Stein. Festreden zur Schuleinweihung*, en: *Unser Bocholt*, Heft 4, 1957, 19-23.
- SCHÖMIG, RICHARD, *Edith Stein, Gestalt und Werk*, en: *Katholische Bildung*, 81, 1980, 385-403.
- WUST, PETER, *Edith Stein*, en: P. Wust, *Briefe an Freunde*, ed. por Wilhelm Vernekohl, Münster 1955, 93-99.

### 2.2.2. Sobre la obra filosófica de E. S.

- BRUNNER, AUGUST, *Edith Steins geistige Gestalt*, en: *Stimmen der Zeit* 178, 1966, 300-303.
- DEMPPF, ALOIS, *Endliches und Ewiges Sein*, en: *Philosophisches Jahrbuch* 62, 1953, 201-204.
- INGARDEN, ROMAN, *Über die philosophischen Forschungen Edith Steins*, en: *Znak*, Krakau, 23, 1971, 389-409; así como en: *Freiburger Zeitschrift*

- für Philosophie und Theologie 26, 1979, 456-480.
- JAEGERSCHMID, ADELGUNDIS OSB, *Gespräche mit Edmund Husserl 1931-1936*, en: Stimmen der Zeit 199, 1981, 48-58.
- Die letzten Jahre Edmund Husserls 1936-1938*, en: Stimmen der Zeit 199, 1981, 129-138.
- HERBSTTRITH, WALTRAUD OCD, *Edith Stein*, en: Grosse Gestalten christlicher Spiritualität, ed. por J. Sudbrack und J. Walsh, Würzburg 1969, 385-404.
- Edith Stein und Thomas von Aquin. Zum 700. Todestag des hl. Thomas von Aquin*, en: Wort und Antwort 15, 1974, 181-186.
- Weg und Zeugnis der Karmelitin Edith Stein (1891-1942)*, en: Archiv für schlesische Kirchengeschichte Bd. 41, ed. por Joachim Köhler, Hildesheim 1983, 97-121.
- V. HIPPEL, E., *Edith Stein, Untersuchungen über den Staat* en: Die Kirche in der Welt 9, 1957, 53-58.
- ROMBACH, HEINRICH, *Edith Stein—Christliche Philosophie unserer Zeit*, en: Anzeiger für die katholische Geistlichkeit 59, 1950, 80-81.
- SLADCEZEK, FRANZ M., *Das Verhältnis der Intentionalität zum Gegenstande im Anschluss an Edith Stein als Voraussetzung der Erfassung der objektiven Wahrheit*, en: Philosophisches Jahrbuch 80, 1973, 320-338.

## 2.2.3. Recensiones

*Sobre Ser finito, ser eterno.*

CORETH, E., en: Zeitschrift für Katholische Theologie, Wien, 75, 1953, 110-112.

## 2.2.4. Emisiones de Radio y T.V.

*Edith Stein—Stationen eines ungewöhnlichen Lebens.* Film von Karlhans Reuss und Ulrich Dobschütz 1982, Süddeutscher Rundfunk Stuttgart, Abteilung Fernsehen.

BIOLEK, JOSEF, *Endliches und Ewiges Sein. Leben und Werk der Edith Stein*, Manuskript einer Sendung des Südwestfunks Baden-Baden vom 20. 1. 1980, Redaktion: Jürgen Hoeren.

KETTELER, PAUL, *Sehnsucht nach der Wahrheit—Ein Lebensbild über Edith Stein.* Sendung im Deutschlandfunk vom 10. 7. 1982, Manuskript des Deutschlandfunks.

HERBSTTRITH, WALTRAUD, *Edith Stein, Zum 40. Todestag Edith Steins am 9. 8. 1982.* Sendung im Süddeutschen Rundfunk Stuttgart vom 8. 8. 1982.

DANA HORAKOVA, *Tod Nummer 44074. Edith Stein 1891-1942.* Manuskript eines Hörspiels des Bayerischen Rundfunks München vom 1. 11. 1982. Redaktion: Angela Sussdorff.

## 2.3. Publicaciones extranjeras

### 2.3.1. En Inglés

BRAYBROOKE, NEVILLE, *Edith Stein und Simone Weil*, en: Hibbert Journal, Quartalzeitschrift für Religion, Philosophie und Theologie, London, Tomos 64, 65, 66; Nr. 253, 75-80.

*The called and the chosen: a comparative study of Edith Stein and Simone Weil*, en: Religion and Life. New York, 28, 1958/59, 98-103.

COLLIN, JAMES, *Edith Stein*, en: The Advance of Phenomenology Thought, New York, 17, 1942, n. 67.

HANLEY, BONIFACE OFM, *The Slaughter of an Innocent*, en: The Antonian, ed. por The Franciscans, Paterson, New Jersey 1979.

HERBSTRIETH, WALTRAUD OCD, *The Way of the Cross—Edith Stein*, (Das wahre Gesicht Edith Steins), ed. por Lee Marill, Frankfurt/M. 1974.

*From Atheism to Sanctity—Edith Stein*, en: Carmel, Zeitschrift der Unbeschuhten Karmeliten, Dublin 1976, 8-9.

ÖSTERREICHER, JOHN M., *Edith Stein*, en: Walls are crumbling. Seven jewish philosophers discover Christ: Bergson, Husserl, Renio, Picard, Scheler, Candslay, E. Stein, London 1953, 288-329.

### Recensiones

Sobre *Ser finito, ser eterno*.

ALLERS, R., en: *The New Scholasticism*, Was-

ington, 26, 1952, 480-485. En: *The New Scholasticism*, Washington, 32, 1958, 132-133.

KAUFMANN, F., en: *Philosophy and phenomenological Research*, Buffalo, 12, 1952, 572-577.

KLUBERTANZ, G.P., en: *The modern Schoolman*, St. Louis/Missouri, 39, 1961/62, 420.

Sobre *La Ciencia de la Cruz*

KLUBERTANZ, G.P., en: *The modern Schoolman*, St. Louis/Missouri, 28, 1951, 308.

Sobre *La Mujer*

Sr. MARIE CATERINE, en: *The New Scholasticism*, Washington, 37, 1963, 94-97.

### 2.3.2. En Francés

Antología: *La puissance de la Croix*, ed. por Waltraud Herbstrieth OCD und Martin Battmann, París 1982.

BARUKINAMWO, MATTHIEU, *Edith Stein. Pour une ontologie dynamique, ouverte à la transcendance totale*, Verlag P. Lang Frankfurt/M. 1982 (European University Studies).

BORDEAUX, HENRI, *La vie pathétique d'Edith Stein*, Méditations, París 1955.

DUBOIS, MARCEL J., *L'itineraire philosophique et esprituel d'Edith Stein*, en Révue Thomiste, Toulouse, 73, 1973, 181-216.

GUILEAD, REUBEN, *De la Phénoménologie à la science de la croix. L'itineraire d'Edith Stein*,

Editions Nauwelaerts, Louvain und B. Nauwelaerts, Paris 1974.

DE FABRÈGUES, JEAN, *La Conversion d'Edith Stein, Patronne de l'Existentialisme*, Paris 1963.

LA FONT, DOM GUISLAIN, *Edith Stein ou le mystique et son peuple*, en: *Témoignages*, Paris (Saint-Léger-Vauban), 52, 1955, 412-421.

*Edith Stein*, en: *Les Etudes philosophiques*, ed. por G. Berger, Paris con artículos de: André A. Dévaux, Pulus Lenz-Médoc und Erich Przywara), 1956, Nr. 3, 405.472.

## Recensión

Sobre *Ser finito, ser eterno*.

HERING, J., in: *Revue d'Histoire de l'Eglise de France*, Paris, 32, 1952, 157-159.

## 2.3.3. En Italiano

ALVAREZ, TOMAS OCD, *Una filosofa ebreo-tedesca: Edith Stein*, en: *Fuoco da Avila; Il «Castello interiore» di S. Teresa compie 400 anni: 1577-1977*, Nr. 7/8, 1977 de «Il Messaggero del S. Bambino Gesù di Praga», Arenzo, S. 34.

BORTONE, EMILIO SJ, *Suor Teresa Benedetta della Croce— Edith Stein*, Postulazione Generale OCD, Roma 1976.

D'A, ATANAGORA OCD, *La chiesa in un membro vivo d'Israele. Edith Stein*, en: *Ephemerides Carmeliticae*, Roma, 17, 1966, 441-476.

DI MUZIO, LUIGI CARLO OCD, *Edith Stein. La*

*verità e il calvario*, en: «Il Messaggero del S. Bambino Gesù di Praga »in Collaborazione con la Postulazione Generale dei Padri Carmelitani Scalzi, Arenzano, Nr. 4, 1980.

GALOFARO, JOLE, *Dalla cattedra al Lager— Edith Stein*, Postulazione Generale OCD, Roma 1959.  
*Gli Sritti della Serva di Dio Edith Stein*, Studio Ufficiale dei due Teologi censori della S. Congregazione per le Cause dei Sancti, Postulazione Generale OCD, Roma 1977.

MANGIAGALLI, MAURIZIO, *Gli Intelletuali e la Guida della società politica in un saggio di Edith Stein*, en: *Valori-Diritti-Norme*, ed. por Josef Motal, Salzburger Hochschulwochen, Milano 1978.

TOMAS, SIMEONE OCD, *Edith Stein: Nota bibliografica*, en: *Rivista di vita spirituale*, Roma, 28, 1974, 359-370.

## 2.3.4. En Español

BROCKHUSEN, GERDA, *Espiritualidad en Alemania: Corrientes modernas— Edith Stein*, Madrid 1968.

HERBSTRITH, WALTRAUD OCD, *Trágico destino de una mujer fuerte— Edith Stein*, en: *Mujeres del siglo XX*, Madrid 1978, 27-50.

*Trágico destino de una mujer fuerte. Edith Stein 1891-1981*, en: *Revista de Espiritualidad*, Madrid, 148, 1978, 365-388.

SAINZ LOPEZ, CELIA, *Edith Stein*, Bilbao 1965.

### 2.3.5. En Holandés

*Als een brandende toorts— Documentaire Getuigenissen over Dr. Edith Stein en medeslachtoffers*, ed. por amigos de Edith Stein, Echt 1967.

#### Recensión

Sobre *Ser finito, ser eterno*.

NOTA, JAN H., en: *Katholiek Culturell Tijdschrift*, Amsterdam, 6, 1952/53, 183-184.  
en: *Tijdschrift vor Filosofie*, Leuven, 23, 1961, 343-344.

### 2.3.6. En Polaco

ADAMSKA, S. IMMAKULATA J. OCD, *Prawda o Milosci, Edyta Stein*, (Wydawnictwo Apostolatwa Modlitwy) Kraków 1973. (Biografía de Edith Stein)  
*O nocy któras prowadziła*, Kraków 1973.

*Obras importantes en la investigación sobre Edith Stein publicadas desde 1983*

BEJAS, ANDRES E. O.P., *Edith Stein. Von der Phänomenologie zur Mystik. Eine Biografie der Gnade*, Frankfurt/M. 1987.  
(Ed.), *Edith Stein: Im verschlossenen Garten der Seele*, Freiburg 1987.  
EICHMANN-LEUTENEGGER, BEATRICE, *Edith Stein— Menorah und Christuskreuz. Jüdische und christ-*

*liche EinflusSbereiche als Stadien einer inneren Biografie*, en: *Judaica*, Basel 1984, Heft 3, pp. 187-189.

GARCIA ROJO, EZEQUIEL, *Edith Stein o el gozo de la Cruz*, en: *Revista de espiritualidad*, N. 167, Madrid 1983, 219-242.

*Presupuestos para una filosofía de la persona en Edith Stein*, en: *Ephemerides Carmeliticae* 35, Roma 1984, S. 359-384.

HARTMANN, NORBERT OFM, *Edith Stein. Am Kreuz vermählt*, Reihe: Klassiker der Meditation, Köln 1984.

HERBSTTRITH, WALTRAUD OCD, *Edith Stein. A Biography*, translated by Father Bernard Bonowitz OCSO, San Francisco 1985.

(Ed.), *Edith Stein — eine grosse Glaubenszeugin. Leben — Philosophie — Neue Dokumente*, Annweiler 1986.

*Edith Stein — Gestalt des Widerstandes im Nationalsozialismus*, en: *Glaube als Widerstandskraft*. E. Stein, A. Delp, D. Bonhoeffer, Frankfurt/M. 1986, 70-91.

*Edith Stein — eine Gestalt des geistigen Widerstands*, en: *Gottes Freunde— unsere Freunde. Erfahrungen mit Heiligen*, Freiburg 1986, pp. 91-103.

*Glauben heute. Edith Stein — gelebte Theologie des Kreuzes*, SWF Baden-Baden, Abteilung Kirchenfunk, Baden-Baden 1986.

*Edith Stein — Suche nach Wahrheit*, Kevelaer 1987.

(Ed.) *Edith Stein. Wege zur inneren Stille*, Aschaffenburg 1987.

- (Ed.) *Edith Stein — In der Kraft des Kreuzes* (Textauswahl), Freiburg 1987.
- KRUSENO HO, WOLFRAM, *Wallfahrt auf den Spuren von Edith Stein*. Bildband. Iserlohn 1987.
- KOEPKE, CORNELIA, *Edith Stein (1891-1942). Philosophin und Ordensfrau*, Freiburg/Schw. 1985.
- MANSHAUSEN, UDO THEODOR, *Die Biographie der Edith Stein. Beispiel einer Mystagogie*, Europäische Hochschulschriften, Reihe 23. Theologie Bd. 233, Frankfurt/M. 1984.
- NEYER, M. AMATA OCD, *Edith Stein*. Bildband, Würzburg 1987.
- NOTA, JOHN H. SJ, *In His Image. Edith Stein (1891-1942). Carmelite Nun — Martyr of Auschwitz*, en: Canadian Catholic Review, 1986 (Juni), pp. 208-210, 212.
- REIFENRATH, BRUNO H., *Erziehung im Lichte des Ewigen. Die Pädagogik E. Steins*, Frankfurt/M. 1985.
- SCHILLER, EDELTRAUD, *Edith Stein (1891-1942)*, en: Imhof, Paul (ed.), *Frauen des Glaubens*, Würzburg 1985, S. 239-252.
- SCHMIDBAUER, ROBERT OCD, *Die christologische Offenheit der Philosophie Edith Steins*, en: Praesentia Christi, FS Johannes Betz zum 70. Geburtstag, hrsg. von Lothar Lies, Düsseldorf 1984, pp. 467-473.
- STEIN, EDITH, *Life in a jewish family 1891-1916. An Autobiography*. Translation by Josephine Koepfel OCD. Washington 1986.
- L'empatia (zum Problem der Einfühlung)*, Editione italiana, a cura di Michele Nicoletti, Presentazione

di Achille Ardigo, Milano 1986.

WETTER, FRIEDRICH, *Edith Stein — zur Wahrheit berufen — vom Kreuz gesegnet*. Ein Lebensbild, hrsg. vom Pressereferat der Erzdiözese München und Freising, München 1984.

# Indice

	<u>Págs.</u>
Prólogo a la sexta edición .....	7
Prólogo a la quinta edición .....	8
Presentación .....	11
Introducción a la cuarta edición, 1980 .....	20
I. Infancia y pérdida de la fe .....	24
II. De la Psicología a la Filosofía .....	40
III. ¿Qué es la verdad? .....	54
IV. Asistente de Husserl .....	64
V. Bautismo .....	74
VI. Profesora en Espira .....	88
VII. Encuentro con Tomás de Aquino ..	95
VIII. La fuerza de la oración .....	102
IX. Conferencias sobre la mujer traba- jadora .....	111
X. Profesora en Münster .....	120

	<u>Págs.</u>
XI. Persecución de los judíos .....	132
XII. En el Carmelo de Colonia .....	142
XIII. La Filosofía de Edith Stein: la pregunta por el ser y la construcción de la persona .....	162
XIV. Vida con Dios .....	175
XV. Huida a Holanda .....	186
XVI. Ultimos testimonios .....	199
XVII. Epílogo .....	215
Bibliografía .....	225